

Trabajo doméstico y mujer rural:
...ésta vida mía

Trabajo doméstico y mujer rural: ...ésta vida mía

Andrea Bonilla Galindo
Código 489135

Trabajo de tesis para optar al título de Maestra en Estudios de Género, Área Mujer y
Desarrollo

Luz Gabriela Arango
Directora

Universidad Nacional de Colombia
Facultad de Ciencias Humanas
Escuela de Estudios de Género, Área Mujer y Desarrollo
Bogotá D.C. 2010

“Muy cierto, dijo Sophie, aunque Schlegel también tiene sus contradicciones, acuérdate del capítulo que leímos hace un rato, ¿a ver?, creo que es este, hubo algo, espera, que me chocó bastante, y no me refiero a las tonterías de la mujer como el más puro de los seres y esas cosas, eso ya ni lo menciono, ah, aquí: ‘Cuánto más elevado es alguien, más semejante se vuelve a una planta, la más moral y hermosa de todas las formas de la naturaleza’, eso. Más bien se trata de todo lo contrario, ¿no?, de cuestionar las raíces, de oponernos a la supuesta naturaleza de las cosas, a veces por ejemplo, una mujer necesita desobedecer a la naturaleza para crecer.”

Conversación entre Sophie y Hans
El viajero del siglo, Andrés Neuman (2009: 377)

A Anaís, Liborio, Mauricio, Diana, Luís y las niñas,
y a las mujeres de la vereda Santa Bárbara,
por abrirme las puertas de sus vidas e historias

A Luz Gabriela Arango, por su guía y paciencia

A Vivian, Ana María, Nidia, Nayibe, Luz Dary,
Amanda y Alexandra, por las experiencias
vivas que alimentaron mis inquietudes
y este documento

A mi familia

A Francisco, por siempre estar ahí

Contenido

Introducción:	4
La ruralidad y los estudios sobre mujer rural	4
Presentación	16
CAPÍTULO I	22
Género, economía del cuidado y trabajo doméstico	22
1.1 <i>Género</i>	22
1.2 <i>Economía Feminista y configuración de una Economía del Cuidado</i>	27
1.3 <i>El trabajo doméstico como contexto de vida de las mujeres</i>	34
CAPÍTULO II	45
Fue posible así... aquí.....	45
2.1 De cómo se hizo esto.....	45
2.2 Vereda Santa Bárbara en Ciudad Bolívar: Tan Cerca, Tan Lejos... ..	51
CAPÍTULO III	63
Cocinar, limpiar, arreglar, soñar: actividades realizadas por las mujeres y sus tiempos	63
3.1 División del trabajo al interior de las familias de la vereda Santa Bárbara.....	66
3.2 Clasificación de las actividades y tiempos de las mujeres.....	84
CAPÍTULO IV	98
De niña a esposa y madre... Se modelan los Proyectos de Vida de las mujeres rurales de Santa Bárbara	98
Conclusiones.....	120
Bibliografía	124

Introducción: La ruralidad y los estudios sobre mujer rural

El espacio solo adquiere sentido como medio para la experiencia humana, en el que tienen lugar las relaciones sociales. Así, se configuran los medios rural y urbano, como espacios de localización de la vida de mujeres y hombres, en todas sus dimensiones, y en su relación con la naturaleza y los recursos contenidos en ella. Visto así, el espacio – como territorio- es también una construcción social, que no ha escapado al hábito humano de establecer dicotomías, de definir y valorar desde ellas... también lo urbano y lo rural se contraponen –dependiendo especialmente de la posición de quien se refiere a dicho espacio-, complejizándose su distinción a medida que nuevos procesos –por ejemplo del crecimiento económico- se van estableciendo en uno y otro.

El ámbito rural también ha sido definido o caracterizado, valorado, desde posturas contrapuestas: una, la más *tradicional*, que tiende a la valoración negativa, y que lo coloca como sinónimo de pobreza, retraso, hábitat primitivo, con malas carreteras, sin acceso a tecnologías, carencia de recursos, casas destartaladas y niños sucios –habla de quienes le habitan permanentemente-; otra, de valoración positiva, que describe un medio amigable, diseñado para la recreación y la contemplación fuera de la artificialidad urbana, con un valor ambiental y ambientalista fortalecido recientemente, que considera la capacidad de ofrecer equilibrio territorial y ecológico, un paisaje abierto, natural y de calidad, fuente de recursos naturales limpios y puros como agua y aire, productor de todo tipo bienes agropecuarios y forestales, colchón para amortiguar los efectos de la contaminación de los centros urbanos... Esta valoración *positiva* del medio rural corresponde más a la visión que sobre él se ha generado en los habitantes urbanos, y que tiende a condicionar la acción de quienes le habitan de manera permanente y tradicional, y derivan su sustento de él.

Para las ciencias sociales, el medio rural ha adquirido un nuevo talante a partir los planteamientos propuestos por una corriente llamada Nueva Ruralidad, que busca

definirlo de manera integral al contemplar una multiplicidad de elementos que permiten que lo rural supere lo agrario: entidad socioeconómica, espacio geográfico, compuesto por un territorio, una población, un conjunto de asentamientos y de instituciones públicas y privadas, orientado para su desarrollo en una visión de lo regional y en la sostenibilidad económica, social, cultural, política y de recursos naturales, e incluye como tema de importante relevancia el empoderamiento de las comunidades. De allí, que se planteen para el medio rural unas nuevas funciones que de alguna forma han contribuido a la construcción de aquella visión positiva a la que nos referíamos en el párrafo anterior (aunque ésta sea visiblemente simplista), al referir temas como el equilibrio territorial, ecológico y productivo (de recursos y servicios ambientales, de alimentos orgánicos, de productos no alimentarios), y como espacio para la realización de actividades de recreación y esparcimiento al aire libre (Farah y Pérez, 2004:140).

Ramos (Citado por Farah y Pérez, 1998:265) describe cuatro componentes que son referenciados como punto de partida por la Nueva Ruralidad:

- a) Territorio: fuente de recursos naturales y materias primas, receptor de residuos y soporte de actividades económicas como la agropecuaria, y el turismo rural (ecoturismo, agroturismo)
- b) Población: con un modelo cultural, cuyas actividades de producción son también actividades de consumo y de relación social
- c) Asentamientos: pueden comprender pequeños caseríos, pueblos, centros nucleados o ubicación de infraestructura de habitación, principalmente, de manera dispersa
- d) Presencia –o ausencia- de instituciones públicas y privadas, que se encargan de generar ciertas dinámicas y posibilitar el relacionamiento de los ámbitos rural y urbano

Estos cuatro componentes se articulan entre sí para configurar una ruralidad que solo es posible en su relación con lo urbano, porque ambos dependen mutuamente para

existir, para adquirir forma, para sobrevivir, y que configura la vida de quienes les habitan.

Ahora bien, estos habitantes se relacionan de distintas maneras con su territorio, entendido este en distintos niveles, por ejemplo: un territorio local, la vereda, al interior del cual tienen lugar las relaciones sociales más amplias y a la que de alguna manera se extrapolan las condiciones particulares de cada familia, para conformar el cuadro característico de la zona; un territorio puntual, el predio, en el cual habita la familia y en el que tiene lugar generalmente una actividad económica de la que se deriva su sustento.

Para el caso de los habitantes de la vereda Santa Bárbara de la localidad de Ciudad Bolívar, la economía campesina, como economía de subsistencia, es la que tiende a caracterizar la zona. Dicha economía campesina ha sido definida básicamente como una economía de subsistencia, como "... un sistema socioeconómico y cultural de producción-consumo fundado en el trabajo familiar, articulado de múltiples maneras al sistema socioeconómico y a los mercados, operando dentro de un modo de vida rural (...) siendo el contacto directo con la naturaleza un elemento distintivo de la cultura rural" (Machado, et al, 1993:10-11). Sus funciones han sido, por una parte, obtener bienes consumibles directamente por la familia, y a partir de la generación de excedentes por producción agropecuaria, artesanal o prestación de servicios, complementar el consumo familiar; y por otra parte, generar excedentes baratos de alimentos para los habitantes urbanos. De allí que, si bien el modelo de la economía campesina resulta anterior a la implementación del sistema capitalista, se ha sostenido en el tiempo gracias a que contribuye con los procesos de la acumulación de recursos – objetivo principal de dicho sistema-, pagando el precio con bajas en el nivel y calidad de vida de los pobladores rurales (Machado, et al, 1993: 21), de la misma forma que lo ha hecho el trabajo doméstico no remunerado realizado por las mujeres al interior de los hogares.

Tradicionalmente estas economías se han desarrollado a partir de tres elementos principalmente:

- a) Tierra: incluye elementos como calidad de los suelos, características geomorfológicas, acceso a agua y otros recursos, además de la tenencia sobre la tierra (propiedad) que permite comprender la dinámica de uso y de usufructo de los recursos productivos. Estas economías campesinas se han caracterizado por la tenencia de pequeños complejos de tierra, la mayoría de las veces con menor calidad y condiciones más complejas para su explotación ligadas a su ubicación geográfica, que para el caso de la vereda Santa Bárbara se refiere actualmente a las restricciones en uso que se han ido instaurando desde el gobierno distrital, por su ubicación en un territorio considerado como estratégico en el tema agua para la ciudad de Bogotá.
- b) Trabajo: en las economías de subsistencia la fuerza de trabajo familiar no constituye principalmente una mercancía, pues se destina a la unidad de producción-consumo; y aunque en algunas circunstancias la familia lleve a participar parte de su fuerza de trabajo en el mercado laboral estacionario, no lo hace de forma generalizada en las relaciones de producción capitalista. No obstante, actualmente el reconocimiento del jornal por actividades como la preparación de alimentos para trabajadores y el pago directo de este servicio a las mujeres, puede significar un cambio en la concepción del trabajo realizado por los integrantes de la familia, ligado, claro está, al ámbito del llamado trabajo productivo de la actividad económica principal (la preparación de los alimentos se hace para los trabajadores que trabajan en los cultivos).
- c) Capital: para Chayanov, el capital en este tipo de economías corresponde a la suma de valores que la familia excluye de su consumo personal para asignar a fines productivos; no es el capital quien define

aquí la actividad económica, sino el tamaño de la familia y la búsqueda del equilibrio entre satisfacción de necesidades y trabajo (Referenciado por Machado y Torres, 1987:248).

Estas llamadas economías de subsistencia han mostrado una fuerte tendencia a la modernización en cuanto acceso y uso de recursos tecnológicos y vinculación con los mercados, que implica pensar no solo en mayor producción agropecuaria y artesanal para la venta, sino el enfrentamiento con las empresas agropecuarias que van imponiéndose en las diferentes regiones, la migración hacia las ciudades, el incremento en los niveles de proletarización de la población rural, y con los usos del suelo programados por las unidades administrativas territoriales que las contienen pero las desconocen, entre otros.

Rosenzweig afirmaba, ya desde la segunda mitad de la década de los ochenta, que estas economías han ido "...perdiendo terreno, han ido disolviéndose a medida que los procesos de desarrollo, los procesos de integración de economías ya en fase industrial han implicando la transformación de la producción del campo totalmente en una producción mercantil, es decir, la transformación total de la actividad en el campo en una actividad orientada hacia el mercado y que se realiza por empresas" (Rosenzweig, 1987:3). Esto implicaría una transformación de este modelo de economías de subsistencia, que además verían afectados los procesos de integración -o aislamiento- con respecto a los centros urbanos, sus economías y ofertas de servicios.

Uno de los elementos característicos más importantes de estas economías es la dependencia de la familia¹ para su funcionamiento, claro está, en su forma más

¹ El concepto Familia es absolutamente dinámico: para estudiosas del tema como Magdalena León y Yolanda Puyana, entre tantas otras, los trabajos sobre familia de los últimos años han estimulado diversas discusiones sobre su relación con el género, la consideración de variadas tipologías familiares, metodologías para su estudio y explicación, entre otros temas; a la vez que han aportado elementos nuevos para la lectura de realidades familiares, concepciones ideológicas en torno a las cuales éstas giran, de diferentes posiciones éticas frente a las mismas, y su ligadura con las cuestiones emotivas que la componen y dinamizan como el amor, el matrimonio, la idea de hogar, el divorcio, la crianza de los hijos y la sexualidad, entre otros temas.

tradicional: compuesta por esposo (jefe de hogar-trabajador-productor), esposa-madre e hijos dependientes, unidos por el amor y el cariño. Este modelo tan funcional surgió como respuesta a las necesidades que surgieron durante la construcción y consolidación de la sociedad occidental industrial, es conocido como *familia nuclear*, configurándose como estático y normativo, especialmente en lo que se refiere a la asignación de roles por sexo y edad, base del reconocimiento social. Pero la conceptualización de *familia* es el resultado de una construcción social, y por lo tanto es dinámica, aun cuando mantenga su función fundamental: perpetuar los miembros de la sociedad, transmitir la cultura y las posiciones sociales entre las generaciones (León, 1995: 172). Al interior de ella se ha realizado una separación de roles determinados sexualmente por los cuales se asignaron funciones procreativas a los cónyuges: a los hombres les correspondieron los roles instrumentales (principalmente, trabajo remunerado) y a las mujeres los roles expresivos (crianza y educación de los hijos) (León, 1995:173-175). Este *tipo ideal* de familia se adoptó en la cultura colombiana desde los tiempos de la colonia a través de estructurantes culturales como la iglesia católica.

No obstante, este *tipo ideal* de familia es solo uno entre la diversidad de formas y composiciones presentes en el mundo real. Barret y McIntosh plantean que "...las instituciones que sociólogos y antropólogos occidentales han designado con el nombre de familia alrededor del mundo carece de esencia identificable. Por tanto, sólo existen tipos particulares de ordenamientos domésticos y de sistemas de parentesco que, desde el punto de vista de la convivencia, podrían llamarse familias" (Puyana, 2007:6), y bajo el mismo argumento Cicerchia propone el uso del término *formas familiares* para referirse a una organización que se construye como sujeto histórico complejo y que actúa como receptor de cambios y determinaciones sociales (Referido por Puyana, 2007:6).

Esta diversidad de *formas familiares* propuestas para el análisis del caso colombiano y que refleja las discusiones realizadas sobre el tema en las décadas de los años 1980 y

1990, hace referencia a dos cuestiones relacionadas específicamente con el nivel de asimilación que del modelo tradicional de familia (nuclear) logre tener la familia referenciada, y que a la vez funciona como parámetro para calificarla, para valorarla:

- a) Por una parte, al desarrollo interno de las relaciones de género, es decir, a niveles de apropiación y vivencia de los principios patriarcales: la tendencia tradicional, que hace referencia a la conservación de tradiciones patriarcales fundamentadas en la naturalización de la relación madre-hogar-oficios domésticos y padre-trabajador-proveedor (más presente en las comunidades rurales y sectores populares urbanos); la tendencia en transición, que permite ver la presencia de pequeños-lentos cambios culturales respecto al papel de padres y madres y en la división sexual de los roles; y la tendencia en ruptura, en donde se evidencian mayores cambios culturales manifiestos en el desarrollo conjunto de los oficios domésticos y de la asimilación de la proveeduría como una responsabilidad compartida (Puyana, 2007:14-15).
- b) Y, por el otro, a la presencia-ausencia de las figuras paterna y materna que se supone encarnan los modelos de género imperantes según su propio contexto, por lo que se contemplan las *formas familiares* funcional, disfuncional, disfuncional con jefatura femenina, etc.

Ambos descriptores suponen la conformación del núcleo familiar por una figura masculina paterna, una figura femenina materna, y los/as hijos/as. De allí parte el psicoanálisis, por ejemplo, para explicar, por presencia-ausencia de éstas figuras las patologías de la vida familiar, haciendo imperante la existencia de referentes contruidos a partir de la diferenciación sexual, la asignación de roles a partir de dicha diferenciación, la construcción de las nociones de feminidad y masculinidad, presunción de que la existencia humana debe estar necesariamente inscrita en dicho proceso de

diferenciación que sólo sería posible si desde la infancia se cuenta con los dos referentes sexuados y sexualizados: femenino y masculino².

Dichos principios generales del *tipo ideal* (como diría Weber) de forma familiar, constituyen una de las bases para la construcción de la cultura rural, que se respalda en este diseño para sostener su economía campesina, pues la familia funciona como estrategia para la sobrevivencia, para hacer frente a las dinámicas exteriores que la amenazan: la división sexual del trabajo liga a los hombres con la producción para el mercado y a las mujeres con las actividades de cuidado y tareas domésticas, aunque los límites de estas trascienden fácilmente las fronteras de la vivienda, colonizando huertas caseras, corrales de animales pequeños y montes en donde se encuentran las conexiones a fuentes de agua y leña, e incluso los lotes donde los hombres trabajan; así, hombres y mujeres dependen recíprocamente del otro para su sobrevivencia, aun cuando dicha reciprocidad tienda a presentarse para las mujeres como asimétrica (Sanpedro, 1996:61).

No obstante, la realidad de las mujeres rurales colombianas nos muestra que el espacio en el que ellas se ubican no corresponde de manera exclusiva al ámbito doméstico y sus actividades relacionadas, sino que por el contrario ellas participan de manera activa en las actividades productivas de las que las formas familiares devenga su sustento: ejecutan todo tipo de actividades requeridas para el sostenimiento y la reproducción - trabajo doméstico, de cuidado, remunerado, generación de otros ingresos. Esta invisibilización de las dimensiones reales de la participación femenina en las actividades productivas consideradas como principales y en los ingresos totales familiares encuentra su origen en la necesidad masculina de sostener el derecho a tomar las decisiones tanto sobre la unidad productiva como sobre el destino de los integrantes de la forma familiar, mientras que las actividades económicas realizadas por las mujeres son *puestas y asumidas* como complementarias aun en los casos en que representan

² Así se sostiene la idea de que las formas familiares solo pueden ser compuestas por parejas heterosexuales, por ejemplo. Entonces, inclusive al procurar contemplar la diversidad de formas familiares, otras diversidades se escapan a los estudiosos del tema de familia.

efectivamente el principal ingreso(Casós,1990:36): “La domesticidad no sólo adjudica tareas específicas a las mujeres, sino también a los hombres, que se encuentran obligados a conformar la norma de trabajadores ideales. En este sentido, así como la mayor inserción de las mujeres en el empleo no modificó las expectativas respecto a sus responsabilidades domésticas, tampoco disminuyó las expectativas de que los hombres sean los proveedores del hogar” (Rodríguez, 2005:8).

Estudios sobre mujer rural en Colombia

En la década de los años 1970 el interés sobre la mujer rural colombiana tomó forma en las producciones de autoras como Magdalena León y Virginia Gutiérrez, quienes evidenciaron la necesidad de profundizar en los estudios sobre el medio rural colombiano a la vez que revelaron la importancia de evidenciar las diferencias que los contextos regionales aportan para moldear las realidades de quienes las habitan: las formas diferenciadas en las que se organizan las familias, en las que participan las mujeres en las actividades productivas locales y al interior del predio, su participación en el empleo generado por ciertos renglones de la economía nacional que se encontraban en pleno furor como la producción de café, algodón, tabaco, arroz y sorgo, siempre como materias primas. Los estudios realizaron juiciosos procesos de caracterización de la vida rural, de las familias y la división sexual del trabajo practicada al interior, la relación de actividades asumidas de manera diferenciada por mujeres y hombres, entre otros, permitieron evidenciar incluso la existencia de una estratificación de las actividades domésticas: los hombres pueden llegar a apoyar actividades domésticas como la preparación de alimentos y el cuidado de los hijos, pero nunca asumen actividades como lavado y planchado de ropa³. Ya desde entonces los estudios sobre mujer rural estuvieron direccionados a generar bases conceptuales y propuestas metodológicas para la introducción de la perspectiva de género en la elaboración de las políticas públicas dirigidas al sector rural, intencionalidad que se mantiene vigente hoy.

³ LEÓN, Magdalena. 1977. Investigación sobre el trabajo de la mujer en el sector rural. Informe de campo sobre la región del Espinal. ACEP. Bogotá.

Durante la década de los 1980 la tendencia a realizar estudios que partieran de la diferenciación regional se vio fortalecida⁴, mientras que el interés temático buscó profundizar el conocimiento sobre la participación laboral de la mujer rural en las actividades productivas, a la vez que se iniciaron los debates sobre los aportes que ellas realizan a la economía a través del trabajo doméstico no remunerado, lo cual permitió retomar las discusiones sobre los conceptos de trabajo, trabajo doméstico y desempleo. Autoras como Elssy Bonilla realizaron propuestas de regionalización de las mujeres como proceso de contextualización, e introdujeron claramente la propuesta de generar espacios de apoyo a las mujeres rurales por parte de otros grupos de mujeres que por su posición social o nivel de organización y gestión pudieran llegar a movilizar los intereses de éstas⁵, e incluso se procuró la apertura de espacios para la integración de organizaciones de mujeres de distintas zonas del país que les permitiera trasladar sus luchas del contexto local al regional y nacional⁶. Quizás por esta misma línea, el tema género pareció introducirse entre los intereses de instituciones estatales encargadas de actuar sobre el sector rural, estimulando la generación de propuestas de carácter político por parte de feministas intelectuales para la proyección de las políticas públicas. Durante esta década se introdujo el tema del acceso a la propiedad sobre la tierra por parte de las mujeres en Colombia, evidenciando la existencia de fallas jurídicas y aplicación de la norma que permitiera a las mujeres hacer ejercicio real de su derecho a tener y controlar propiedades⁷.

Para los años de 1990, el interés por los temas de participación de las mujeres rurales en las actividades productivas y el empleo rural, y lineamientos para la proyección de

⁴ FLÓREZ, Carmen, et. all. 1983. El papel de la mujer campesina en el desarrollo rural. CEDE Universidad de los Andes. Bogotá.

ORDÓÑEZ, Myriam. 1983. Análisis de la situación de la mujer campesina, características demográficas de la población rural. Investigación realizada por solicitud del Ministerio de Agricultura. Bogotá. Entre otros.

⁵ BONILLA, Elssy. 1985. La mujer rural colombiana en la década del '70. CEPAL. Bogotá.

⁶ LEÓN, Magdalena. 1983. Seminarios sobre la mujer y su participación en el desarrollo con funcionarios de instituciones del sector rural, del proyecto: Acciones para transformar el status de la mujer. Informe final. ACEP. Bogotá. Informe mimeo.

⁷ LEÓN, Magdalena, et. all. 1987. "Acceso de la mujer a la tierra en América latina. Panorama general y estudios de caso de Honduras y Colombia." En Mujeres campesinas en América Latina. FAO. Chile. Pp 3-80.

políticas públicas para el sector rural con la introducción de consideraciones de género, se mantuvo e incluso puede decirse que su producción tendió a cualificarse. Se enfatizó sobre la necesidad de generar espacios de capacitación para que las mujeres rurales pudieran liderar sus propios procesos organizativos, para la gestión y ejecución de proyectos productivos⁸, y de espacios de lucha y reivindicación de derechos. Los documentos escritos sobre los procesos organizativos de las mujeres rurales evidenciaron las dificultades que se generan cuando se encuentran las distintas luchas: las mujeres rurales debían luchar por el respeto a sus derechos como mujeres, pero a la vez compartían con los hombres los apuros de resolver temas que respondían más a problemáticas estructurales como la generación de estrategias y programas de apoyo económico para el sector rural en general, o las situaciones de violencia armada y desplazamiento a las que debían enfrentarse. Esta situación terminó volviéndose problemática, pues en aras de fortalecer los movimientos campesinos las mujeres terminaban engrosando las filas de organizaciones comandadas por hombres para quienes las luchas de género representaban una pérdida de tiempo y perspectiva⁹.

Durante ésta década se introdujo el tema de la violencia política en la vida de las mujeres rurales¹⁰: ya fuera desde su participación como mujeres armadas vinculadas a grupos al margen de la ley (en procesos de adhesión y vida en las armas, y de reinserción a la vida civil), como parte de las estadísticas de muertes en este contexto, o como mujeres desplazadas víctimas del trauma por hechos violentos, por la pérdida de bienes de subsistencia, y por desarraigo social y emocional.

⁸ VARGAS, Rosa Margarita. 1994. "Mujer rural en Colombia: situación, avances y proyecciones." Documento presentado en el Seminario taller sobre participación de la mujer en el desarrollo rural y la descentralización. Caracas. GUTIÉRREZ, Myriam; ZAPP, Jorge. 1995. *Mujer Semilla Alimento. Participación de la mujer en el sistema agroalimentario en Colombia*. UNIFEM. Bogotá. Entre otros.

⁹ RESTREPO, Cecilia. 1990. *La Asociación Nacional de Mujeres Campesinas e Indígenas de Colombia ANMUCIC*. FAO. Bogotá. VILLAREAL, Norma. 1998. *Sectores campesinos, mujeres rurales y estado. Informe final de investigación*. Bogotá. Entre otros.

¹⁰ MEERTENS, Donny. 1995. "Las mujeres y la violencia: conflictos rurales y sus efectos diferenciados por género" En: *La Paz: miradas de esperanza*. Pontificia Universidad Javeriana. Seccional Cali.

Actualmente se continúa registrando una producción baja de estudios sobre las mujeres rurales y las problemáticas que les afectan, siendo los más reiterativos aquellos que tratan temas con la violencia política y la victimización de las mujeres en contextos de guerra, cartillas y materiales de capacitación sobre gestión de proyectos e información sobre derechos de las mujeres. En menores proporciones es posible encontrar documentos sobre participación de las mujeres en empleo rural, migraciones, y organización social y liderazgo.

Presentación

"... hay en la noche un grito y se escucha lejano, cuentan es la voz del silencio, en este armario hay un gato encerrado porque una mujer defendió su derecho. De la montaña se escucha la voz de un rayo, es el relámpago claro de la verdad, en esta vida santa en que nadie perdona nada, pero sí una mujer pelea por su dignidad"

Dignificada, Lila Downs
Álbum Una sangre

Ha sido un proceso difícil este de concentrarme en escribir este documento. He pasado de los debates internos sobre la necesidad y urgencia de hacerlo, a mis inquietudes y vacilaciones sobre su utilidad (o más bien, ¿cómo hacerlo útil?). No soy una mujer rural, al contrario, soy netamente una mujer citadina que, además, ha contado con los recursos culturales, económicos y políticos (por qué no) básicos (y algo más) para estudiar en la universidad, perfilarme como profesional, estudiar un postgrado, ampliar mis fronteras día a día, soñar con caminos utópicos amplios, iluminados, accesibles, en fin, para modelar y seguir *mi* camino, elegido (por lo menos inicialmente) de manera libre.

Desde la cotidianidad de esos recursos, no lograba sospechar de lo limitados (o inexistentes) que los mismos se presentan para otras mujeres. Con el tiempo, y en el ejercicio de mi *profesión*, he tenido la oportunidad de viajar, de conocer otros lugares y aproximarme a otras cosmovisiones, pero sobre todo de generar cierta intimidad con mujeres de esos *otros lugares*, y desde allí he logrado ir comprendiendo lo que implica para las mujeres serlo, y cómo ese *ser* es también modelado con -y a través de- la integridad del paisaje, los medios de conexión y comunicación, con los discursos que se mueven con el viento desde las parroquias, iglesias, plazas, escuelas, comedores familiares, calles y trochas veredales, permeándonos a mujeres y hombres, y procurando modelarnos el *ser* desde un *deber ser* cultural, contextual y temporal.

Llegar a la vereda Santa Bárbara a través de mis dos amigas, y sus familias, ha dado a mis interrogantes colores diferentes. Sin la prudencia (o el pudor) que imparte cierta distancia entre quienes actúan como objetos-sujetos de estudio y quienes lo hacen (hacemos) como investigadores, y más bien envalentonadas por la cercanía de la amistad, hurgamos conjuntamente en nuestras vidas, preguntando, averiguando, investigando, comparando, renegando, soñando, riendo y llorando. Desde las reflexiones que en nuestros encuentros surgieron, me atreví a construir este documento, más como una propuesta, como un insumo, para la reflexión, para *mi reflexión, nuestra reflexión*, sobre la influencia que los modelos de mujer dictaminados, los roles asignados y las condiciones familiares, las esperanzas puestas y las circunstancias de la vida rural (en este caso, irónicamente inmediata a Bogotá), han ejercido sobre la vida de las mujeres, a partir de la experiencia más abierta de 7 mujeres.

Si bien habría sido muy estimulante poder contar con la historia de un mayor número de mujeres, han sido precisamente los modelos de mujer vigentes en Santa Bárbara, las condiciones familiares y las reglas que rigen la cotidianidad de las relaciones sociales en la zona, las que se presentaron como un obstáculo para acceder a ellas, las que negaron la oportunidad de acercamiento a más experiencias personales... Igualmente, es imposible negar que el trote veloz de la vida en el que nos procuramos vías de subsistencia, termina por agotarnos y nos aleja de aquellos a quienes, por ejemplo, por el mal estado de las vías de comunicación y los deficientes sistemas de transporte, nos es imposible tener un acceso casi inmediato, un acceso accesible... y yo no he sido la excepción. Sin ser excusa, es circunstancia.

Todos estos elementos han nutrido mis interrogantes, aquellos que dieron origen a esta investigación, que han dado contenido a este documento, y que inicialmente –y en términos generales- se encuentran contenidos en ésta pregunta:

¿Cómo intervienen la división sexual del trabajo, las normas e identidades de género en las familias y el curso de vida, en la configuración y transformación de los proyectos de vida de las mujeres rurales?

Pregunta que busca respuesta al interior de la vida cotidiana de 7 mujeres de la vereda Santa Bárbara, localidad de Ciudad Bolívar, zona rural de Bogotá D.C., para quienes conjugar los elementos de modelos tradicionales que enmarcan la femineidad de la mujer rural, las exigencias culturales en las distintas etapas del ciclo vital, el estado civil y la maternidad, y la relativa cercanía con la urbe, han perfilado de manera particular sus proyectos de vida al enfrentarlas al debate entre mínimo dos temas relacionados con los modelos de vida y del ser mujer:

- a) Vida rural vs Vida urbana: bajo el supuesto de que la vida urbana significa en todos los casos un mayor prestigio y bienestar social que la rural, las familias han ido procurando a sus hijos e hijas medios que les permitan vincularse a las dinámicas urbanas y desligarse de las rurales a través de la formación para el trabajo, como principal medio. Sin embargo, esta aspiración casi nunca logra materializarse mientras que somete a quienes le han apostado a la inserción en la vida urbana a unas condiciones de vida poco favorables, y en la mayoría de los casos les ha obligado a regresar a la zona rural.
- b) Mujer rural vs Mujer urbana: elementos tradicionales de los modelos de mujer rural entran en conflicto con aquellos que se consideran como característicos de las mujeres urbanas, materializados en opuestos como dependencia/independencia, trabajo doméstico/trabajo no doméstico, ingreso complementario/ingreso principal, sin formación/formada, entre otros. Siguiendo esta línea, las mujeres que habitan la vereda Santa Bárbara estarían incluyendo en el inventario de recursos a los que se supone que acceden, temas como la formación técnica y profesional (impensable en otras zonas del país) y la

vinculación laboral, asequibles en primera instancia gracias a la aparente cercanía con la Bogotá urbana; sin embargo, una de las principales rupturas se presenta al revisar el tema de movilidad, caracterizado por la limitada prestación del servicio de transporte público y el mal estado de las vías de acceso, entre otros.

¿Es posible afirmar que la vida de los habitantes de Santa Bárbara tiende a urbanizarse, estimulando la transformación de la vida de las mujeres con el fin de permitirles responder a los nuevos requerimientos de la vida urbana en adopción? Y, teniendo en cuenta que éste es un proceso que lleva generaciones desarrollándose, ¿es posible visibilizar en los proyectos de vida de las mujeres de distintas generaciones contenidos mayores, o por lo menos diferenciados, de elementos urbanizadores?

Para ello, fue necesario identificar, registrar y analizar, desde las construcciones y vivencias de las distintas generaciones de mujeres, los siguientes aspectos:

1. Las actividades que se inscriben como trabajo doméstico y la participación en él, según sexo/género y edad de los/las integrantes de la familia, a partir de la distribución de actividades en la jornada de cada integrante de la familia.
2. La transformación de los roles de las mujeres de la vereda en las distintas etapas del ciclo vital y su relación con la construcción de sus proyectos de vida.
3. La intervención de elementos tensionantes entre lo urbano y lo rural en la construcción de los parámetros de la división sexual del trabajo local, en la construcción de las identidades de género y en la ocupación de lugares específicos dentro de la familia por parte de cada uno de sus integrantes.

Los resultados de este proceso se presentan en este documento de la siguiente manera:

La primera parte contiene la información insumo, teórica, metodológica y de contexto, para el análisis:

El Capítulo 1, llamado *Género, economía del cuidado y trabajo doméstico*, contiene el marco teórico, en donde se presentan los antecedentes y principales temas de discusión que han dado forma a los conceptos (fundamentales para este documento) enunciados.

En el Capítulo 2, *Fue posible así...aquí...*, se presenta la metodología trabajada para la realización del trabajo de campo, se describe la vereda Santa Bárbara, localidad de Ciudad Bolívar, sus características físicas y el marco en el que se proyecta actualmente, y que sin duda alguna, afecta, influye, modela, dinamiza, la vida cotidiana de sus habitantes.

En la segunda parte se presenta el estudio de caso:

En el Capítulo 3, *Cocinar, limpiar, arreglar, soñar: actividades realizadas por las mujeres y sus tiempos*, se presenta una relación de roles desempeñados por los integrantes de la familia, a modo de perfiles, y los tiempos que en particular invierten las mujeres en realizar las tareas asignadas para el cumplimiento de su rol. Así se pretendió estimar el peso que estas van adquiriendo sobre la vida de las mujeres.

Con base en lo anterior, se confeccionó el Capítulo 4, *De niña a esposa a madre... Se modelan los Proyectos de Vida de las mujeres rurales de Santa Bárbara*. En él, se busca la relación entre el ejercicio del rol asignado y asumido, y las actividades correspondientes y sus tiempos, con la configuración de la identidad de género de las mujeres, particularmente, y el perfil dinámico, cambiante, adaptado, de sus proyectos de vida.

Finalmente se presentan las Conclusiones, que contienen aquellas precisiones consideradas como más relevantes tras el proceso de análisis, y algunas sugerencias

de estudios posteriores, e incluso acciones, identificadas como necesarias, o pertinentes como mínimo.

En los anexos se presenta material considerado complementario, y aquel cuya ubicación en el documento como tal se consideró... desatinada, por los desvíos en la atención del objetivo principal que efectivamente generaba.

Parte I

CAPÍTULO I

Género, economía del cuidado y trabajo doméstico

1.1 Género

“Créame, señorita, que ningún hombre de bien osaría subestimar la altísima misión que le ha sido destinada a cada madre, sostén de su familia, fuente de amor filial, centro de la armonía y, por qué no mencionarlo, belleza de nuestros hogares, ¡le parecen pocos méritos? (dígamos, contestó ella, que sí hago un esfuerzo me imagino algunos otros), mi ímpetuosa amiga, me temo que continúa usted malinterpretándome. No pretendo afirmar que el hombre sea superior a la mujer, casi lo contrario. Sólo que los hombres poseen cierta facilidad natural en determinados terrenos, igual que las mujeres la poseen sin discusión en muchos otros.”

Conversación entre el profesor Mietter y Sophie G.¹¹

Para Cobo (1995, 55-83), el concepto Género surgió en el siglo XVII, y no a finales del siglo XX como se afirma comúnmente, cuando Poulain de la Barre inició sus debates con los partidarios de la teoría sobre la inferioridad de las mujeres, y terminó de consolidarse durante la ilustración en el siglo XVIII, época en la que los debates se fortalecieron alrededor del tema de los sexos, especialmente los argumentos que refutaban la ya conocida teoría sobre la inferioridad *natural* de las mujeres. En ésta época realizaron sus más importantes aportes D’Alembert, de Lambert, de Méricourt y de Gouges entre otros, e incluso Jean J. Rousseau realizó sus más conocidos planteamientos sobre la *natural* diferencia entre los sexos dando origen a una *natural* separación de los espacios y justificando una asignación de tareas *naturalmente* diferenciada según las características *propias* de mujeres y hombres. El siglo XIX fue testigo de las más duras luchas femeninas por el derecho al sufragio, en medio del ambiente de *misoginia romántica* estimulada por las ideas difundidas por Rousseau; sin embargo, tras el ímpetu presente en dicha temporada, se presentó un silencio que duró casi 50 años y que fue roto por Simone de Beauvoir con el planteamiento más actual del concepto que hoy denominamos Género: “No se nace mujer, se llega a serlo. Ningún destino biológico, psíquico o económico define la figura que reviste en el seno

¹¹ NEUMAN, Andrés. El viajero del siglo. Alfaguara. Colombia. 2009. Pág. 195.

de la sociedad la hembra humana; es el conjunto de la civilización el que elabora ese producto... al que se califica de femenino” (Beauvoir citada por Cobo, 1995: 59), lo que evidencia las primeras puntadas sobre los rasgos más importantes del concepto: su carácter cultural, contextual e histórico. Para las décadas de 1970 y 1980 las luchas de las mujeres lograron superar las reivindicaciones sufragistas y por el derecho a acceder a trabajos considerados como masculinos (especialmente institucionales y públicos), y desde entonces el concepto Género se ha ido enriqueciendo a partir de los aportes de otras lógicas realizadas en el marco de la reflexión feminista, por afrodescendientes, lesbianas feministas, postcolonialistas, multiculturalistas, entre otras (Curiel, 2007).

Así, la transformación y evolución del Género como concepto, nos lleva a referirnos a un conjunto de características, rasgos, distinciones, funciones, atribuidas a mujeres y hombres en las sociedades, a través de las cuales se construyen modelos, se realiza un *reconocimiento* de capacidades y habilidades diferenciales por las cuales se asignan roles, se distribuyen actividades, y se proyectan y construyen vidas... Esta representación de las diferencias entre los sexos, se conceptualiza simbólicamente, se construye y reconstruye en el tiempo y el espacio, al interior de culturas y sociedades específicas, se reproduce en los procesos de socialización (Díaz y Guzmán, 1997:23). Aunque al ser presentadas mediante el ejercicio cotidiano de la práctica, la definición dominante del género y sus identidades no han llegado a ser cuestionadas, sino que más parecen proceder de un sentido común, resultado de un *consenso práctico y dóxico, sobre el sentido de las prácticas*, constructor de esquemas mentales que ya han asimilado las relaciones de poder, como base del orden simbólico, y que originan las formas de violencia simbólica que requiere para mantenerse y reproducirse (Bourdieu, 2003: 49 y 82).

Como propuesta de Joan Scott (1993 y otros), discutida, complementada, replanteada por otros autores, el género se define a través de cuatro elementos:

- a) Símbolos culturales: definen, distribuyen y valoran de manera diferente los atributos femeninos y masculinos y los roles por sexo, diferencias que son ordenadas y jerarquizadas por las sociedades y sus sectores sociales (definición perfilada por Viveros, 2001:40), a partir de las construcciones de los grupos dominantes.
- b) Conceptos normativos: interpretan los significados de género.
- c) Sistemas de parentesco: se refiere a la forma en que las sociedades han organizado básicamente los procesos de reproducción social a través de las formas y modelos de familia que se establecen, configuradas según lazos de parentesco, sean estos consanguíneos, afines o ficticios, además de los cuales deben considerarse también otras relaciones sociales como aquellas de vecindad o camaradería, por ejemplo. Al interior de dichos sistemas se reproducen *naturalizadas* las identidades de género (estas corresponden al cuarto aspecto en la definición de Scott), se asignan roles, se designan actividades, y se sanciona moralmente a los detractores (Sanpedro, 1996: 52). Además, deben considerarse igualmente otras relaciones sociales más allá del parentesco.
- d) E, identidad subjetiva o identidad de género: entendida "...como el proceso a través del cual los individuos aprenden lo que significa ser hombre o mujer, los comportamientos que se le atribuyen y la forma de interpretarse desde dichos parámetros" (Viveros, 2001:40).

Así entonces, el género es siempre una construcción social (Comas, 1995:50-51), por medio de la cual se procura organizar la vida social a través de la configuración de las relaciones sociales -que operan como *restricciones 'paramétricas' a los comportamientos individuales* (aún cuando algunos de ellos no son determinados socialmente) (Hintze referenciada por Ginés, 1996: 88)-, y de la significación de las relaciones de poder – que para el caso del modelo patriarcal predominante se evidencia en la existencia de jerarquías de clase entre los cónyuges, asimetría de los intercambios intradomésticos, subordinación de género de las mujeres, y desigual

acceso y control de recursos materiales o simbólicos que circulan en el hogar (Ginés, 1996: 103)-.

Tanto las relaciones sociales como las relaciones de poder encuentran matices significativos si consideramos el ciclo vital, entendido este como el conjunto de etapas o fases de la vida que si bien son delimitadas por la edad, se encuentran asociadas a procesos biológicos -organizados socialmente- que, de manera similar al género, son mediatizados y resignificados socioculturalmente. Algunas de las clasificaciones empleadas más comúnmente están relacionadas con el proceso de crecimiento, maduración y senescencia (etapas denominadas Infancia, Niñez, Adolescencia, Juventud, Edad Adulta y Tercera Edad), o aquellas que describen el momento en el que el individuo se encuentra en su proceso de formación como recurso humano (Población en edad preescolar y escolar, en edad de trabajar, y en edad de retiro -Población anciana) (Rico de Alonso, 1997:28-29). Lo significativo es que estas clasificaciones juegan a precisar el contenido de los elementos constructivos de las identidades de género, por medio de las exigencias de corresponder a un modelo normativo, la realización de actividades, la definición de actitudes y comportamientos, el modelado de formas de pensar, sentir y relacionarse con el otro.

Las estructuras de dominación construidas a partir del discurso de diferenciación y naturalización de la diferencia entre los géneros, que subordina a las mujeres, “...son *el producto de un trabajo continuado (histórico por tanto) de reproducción* al que contribuyen unos agentes singulares (entre los que están los hombres, con unas armas como la violencia física y la violencia simbólica) y unas instituciones: Familia, Iglesia, Escuela, Estado” (Bourdieu, 2003: 50). Por lo tanto, la supresión de dichas estructuras y su relevo por conceptos como el de equidad, exigen reconocer, renegociar y acercar los espacios, las ópticas y las representaciones que los hombres y las mujeres tenemos de nosotros mismos, y con respecto del otro (Rico de Alonso, 1997:13), de tal suerte que el

ejercicio de la relación se transforme y con ella el de las actividades y funciones a través de las cuales se expresa¹².

De este modo, tenemos que los contenidos generales que perfilan un modelo (matizado al presentarse en la realidad, pues estos corresponden a especificidades sociales, históricas o culturales) de las identidades de género se sintetiza en una dicotomía que contrapone lo *femenino* y lo *masculino*, y que al entrelazarse con desigualdades de clase, raza y etnia genera un abanico de posibilidades aplicados a espacios, tiempos y personas concretas. Así, por ejemplo, en términos generales puede esperarse de las mujeres blancas de clase media, especialmente amas de casa, que las caractericen *virtudes* como delicadeza, vulnerabilidad, sumisión, sacrificio, servicio, amor, que consideren que la maternidad es la oportunidad para conseguir la completud femenina, y que muestren dedicación al cuidado del esposo, los hijos y uno que otro familiar enfermo o inválido; mientras que de los hombres blancos de clase media se espera generalmente que sean la personificación de atributos como fuerza, protección, honor, decisión, capacidad de gestión, con carácter y disciplina, que actúen como proveedores, sociables e independiente, y que otorguen a los demás integrantes de su familia el estatus social.

Lo particular de esta dicotomía generalizada (y de las múltiples dicotomías situadas que pueden generarse según la sociedad, la cultura, el momento histórico) es que tiende a agregar valoración positiva o negativa al sujeto que se apropia de los *atributos*, le *correspondan* estos o no según su *naturaleza* sexual: si las mujeres asumen e interiorizan elementos del conjunto de atributos *femeninos*, y los hombres de los *masculinos*, entonces se ubican de una manera más próxima al rango de aquello que

¹² Esto implica, según Rico de Alonso, la transformación, como puntos álgidos, de: a) La representación cultural de lo femenino: aunque es posible hablar hoy de cambios en roles, estos no han significado la transformación de los supuestos de fragilidad, incapacidad, y vocación para el servicio que han caracterizado históricamente lo femenino, y que tienden a justificar actitudes de protección, bajos pagos y la concentración en la prestación de servicios familiares, comunales y sociales en las mujeres. b) El desarrollo óptimo de potencialidades, “a través de procesos de socialización diferenciados, en especial (aunque no exclusivamente) en los escenarios familiares y escolares. c) El acceso de las mujeres a la representación y al poder en general (toma de decisiones), y al poder político, en particular. d) A la propiedad patrimonial, a la riqueza, al empleo, al salario igual por trabajo de igual valor” (1997:15-16).

se considera *normal*; pero si se alejan de ellos, y se apropian de *atributos* considerados antagónicos, el resultado sería una valoración negativa, la construcción de una identidad individual anormal –que además suele inscribirse en el plano de *otras identidades de género* construidas desde la diversidad de la opción sexual-.

No obstante, estos mismos atributos y modelos de *normalización* no son inculcados en otros grupos sociales (como la población rural) o étnicos (indígenas y afrodescendientes), para cuyas mujeres y hombres -casi por igual- suelen exigirse comportamientos que se consideran masculinos y masculinizadores al interior del grupo de población blanca de clase media al que nos referimos en el párrafo anterior. Hombres y mujeres rurales, indígenas y afrodescendientes, entre otros, suelen considerarse como personas nacidas para el trabajo duro y constante, fuertes físicamente, con capacidad de decisión y gestión, y a la vez obedientes frente a quien detenta el poder y la autoridad. Para dichas mujeres la debilidad y la vulnerabilidad no existirían, y el lugar asignado por el grupo y la clase dominante (blanca, media) suele corresponder principalmente al trabajo doméstico remunerado. Las normas de género deben problematizarse y diferenciarse: no hay una sola, no son estáticas.

1.2 *Economía Feminista y configuración de una Economía del Cuidado*

“¿Por qué vivía ella con aquel marido hecho de tedio y disciplina? Quién sabe. Ella no lo sabía y según sus reflexiones nocturnas ya tampoco tenía mucho caso que lo investigara. Iba a quedarse ahí, con él, porque así lo había prometido en la iglesia, porque tenía devoción por sus hijos, y porque así tenía que ser.

(...) Después de todo, sólo en sueños conocía un sitio mejor que su casa. Y su casa sólo era su casa porque se la prestaba el señor con el que dormía.”

*Aparte sobre la vida de Laura Guzmán*¹³

Por décadas, el pensamiento feminista ha buscado desentrañar los orígenes de la situación de opresión de las mujeres, manifiesto y en constante reproducción a través de un discurso de subordinación histórica que ha insistido en colocarlas y mantenerlas

¹³ MASTRETTA, Ángeles. Mujeres de ojos grandes. Planeta. Bogotá. 2009. Pág. 107.

bajo un manto de dominio masculino. No obstante el carácter multidimensional de ésta problemática, los análisis de las desigualdades entre hombres y mujeres en el campo de la economía, han tendido a centrarse en el estudio de las dinámicas del mercado (Benería, 2003:25).

Lourdes Benería identifica tres etapas temáticas en el desarrollo de dichos análisis: la primera inició en 1918, cuando la feminista inglesa Millicent Fawcett introdujo el tema planteando el problema de la determinación de los salarios bajo condiciones de competencia imperfecta, polémica que tras la segunda guerra mundial procuró ser subsanada con la aplicación del supuesto de competencia perfecta de los modelos neoclásicos (con carácter discriminador); la segunda tuvo lugar en la década de 1930, durante la cual se introdujeron estudios puntuales sobre diferencia salarial entre hombres y mujeres; y fue solo hasta la década de 1960 que se introdujo el tema de la participación de la mujer en la producción doméstica y sus usos del tiempo (Benería, 2003:23-25).

Así, los estudios alrededor del trabajo de cuidado iniciaron en manos de los economistas clásicos, quienes centraron su atención en la relación entre el valor del trabajo y el precio del trabajo, es decir, entre su valor natural y el salario. Asumieron como *natural* el modelo tradicional de familia elaborado a partir de un *orden* jerárquico en el matrimonio y la familia, que coloca al hombre/esposo/padre como autoridad, y que ubica al trabajo doméstico como aportante en el proceso de generación de valor de los bienes consumidos por los trabajadores, bienes estos considerados como la base del precio del trabajo (Rodríguez, 2005:3).

Al remitirnos a los planteamientos de teóricos como Marx y Engels, Rodríguez destaca como “Marx (...) en el desarrollo de su teoría del valor-trabajo reconoció como tal tanto al que resultaba productivo desde el punto de vista capitalista, como al que resultaba productivo desde un punto de vista social. Sin embargo, el énfasis estuvo puesto en el análisis del primero resultando marginal el estudio de las especificidades del segundo.

Engels, sí observó en más detalle el rol de la familia nuclear en el desarrollo capitalista, señalando que el objetivo principal del hogar patriarcal era la reproducción de la propiedad privada. Así, remarcaba que la monogamia surgió de la concentración de suficiente riqueza en las manos de un solo individuo, un hombre, y de la necesidad de legar esa riqueza a sus hijos. Para este propósito se requería la monogamia de la mujer, no del hombre. Para Marx y Engels (y otros autores marxistas) la única forma en que las mujeres podían conseguir igualdad con los hombres era socializando el trabajo doméstico y el cuidado de los niños. El posterior desarrollo de la escuela marginalista invisibilizó por completo este aspecto. Considerando al trabajo exclusivamente como un factor productivo que los individuos intercambian en el mercado, divorció su precio (salario) de cualquier proceso social o histórico. Relacionando el valor económico con la posibilidad y el deseo de intercambio, todo trabajo sin remuneración (o sin mercado) dejó de ser considerado como objeto de análisis” (Rodríguez, 2005:3). (Es una cita muy larga que podrías parafrasear parcialmente, es decir explicar con otros términos)

En la década de 1970, algunas/os economistas retomaron los principios marxistas e implementaron los marcos marxista e institucional como referencias teóricas y políticas alternativas, para estudiar “...la naturaleza del trabajo doméstico y su función dentro del sistema económico como forma de mantener y reproducir la fuerza laboral y de disminuir los costos de mantenimiento y reproducción de las generaciones de trabajadores presentes y futuras” (Benería, 2003:30), y para analizar uno de los temas dejados de lado en su momento por el propio Marx y frente al cual la economía neoclásica se mostró incapaz: los efectos negativos de la división tradicional del trabajo sobre las mujeres. Sin embargo, el debate no logró, según Benería, “...identificar y analizar las relaciones de género implícitas en el trabajo doméstico y no abordó cuestiones más específicas sobre desigualdad de género y reproducción” (2003:30).

Para los economistas clásicos y la escuela marginalista, era claro que la división tradicional del trabajo respondía a un ejercicio totalmente racional de la libre elección, donde de manera individual es posible escoger el vincularse o no al mercado de

empleo, en aras de maximizar los beneficios (bienestar). Por lo tanto, la no vinculación al mercado de empleo por parte de las mujeres, respondería a esa lógica, como la decisión correcta para el equilibrio. Con ello dejaron por fuera del análisis los condicionantes (socioculturales, económicos y políticos) por los que cada persona determina ofrecer o no su fuerza de trabajo en el mercado de empleo (Rodríguez, 2005). Este supuesto de libre elección fue retomado por la economía neoclásica, y con él procuraron responder a los interrogantes que suscitó el aumento significativo de la participación de las mujeres en la fuerza laboral en los años 1950, especialmente por tratarse de un momento en el que los salarios habían aumentado. Se concluyó que esta situación se debió al efecto *sustitución* generado por el coste de oportunidad (modelo de Mincer) de permanencia en el hogar. La profundización en este tema evidenció un mayor interés económico sobre la esfera doméstica.

Al interior de la economía neoclásica, en 1960, surgió la denominada Nueva Escuela Doméstica (New Household Economics), con la cual Gary Becker y otros teóricos del capital humano expresaron su interés por la inclusión del trabajo realizado por las mujeres en la economía tradicional. Esta Nueva Escuela propuso una serie de modelos cuantitativos que pretendían demostrar que la división del trabajo doméstico y familiar sería determinada por dos factores: las diferencias biológicas y las distintas experiencias e inversiones. Según esta escuela, “Las decisiones individuales asumidas en función del supuesto de la maximización de la utilidad explican las asimetrías en la división del trabajo y las desigualdades en la distribución de las tareas domésticas” (Benería, 2003:27). Estos modelos asumieron el carácter predeterminado de los hogares como armoniosos, perspectiva desde la cual “...se considera que el hogar decide como una unidad la participación de sus miembros en el mercado de empleo, y por ende la correspondiente responsabilidad sobre las tareas domésticas. Lo que se busca es entonces maximizar la utilidad conjunta de los miembros del hogar, sujeta a las restricciones de ingresos y tiempo. La división tradicional del trabajo por género dentro del hogar se considera una respuesta económica racional del hogar a la valoración que el mercado hace del tiempo de cada uno de sus miembros, lo que a su

vez se considera que está reflejando la productividad de los individuos en el mercado” (Rodríguez, 2005:3). Este supuesto no contribuyó de ningún modo a la comprensión y el análisis de los conflictos y las relaciones de dominación y subordinación al interior de las familias.

A partir de 1980 algunos enfoques teóricos y prácticas de las feministas lograron converger, inicialmente en EEUU, estimulando el uso de la categoría género como central para el análisis y la formulación de nuevos enfoques teóricos, al ser ésta entendida como una construcción social dinámica cuyo principio plantea que “cualquier información relacionada con las mujeres supone necesariamente información sobre los hombres” (Scott citada por Benería, 2003:34). El uso de esta categoría en la economía feminista, ha permitido importantes contribuciones al estudio del trabajo no remunerado, y dentro de éste, al trabajo doméstico no remunerado, permitiendo evidenciar su aporte *central a la reproducción social y el funcionamiento de la economía* (Rodríguez, 2005:5). Los aportes feministas han desafiado e invalidado muchos supuestos referentes al carácter natural de la división del trabajo, basada en una serie de características estáticas de género, y que justificaban las inequidades existentes al interior y fuera de los hogares (Benería, 2003:41).

Así mismo, han cuestionado referentes teóricos que habían contribuido a la exclusión del trabajo doméstico no remunerado, y otros servicios inmateriales, del análisis económico, perfilando nuevos caminos para la superación de situaciones de invisibilidad y dominación/subordinación al interior de los hogares. Uno de estos puntos importantes ha sido el de la sustitución en la óptica de la económica ortodoxa, del intercambio y la elección por la provisión (Nelson referenciado por Rodríguez, 2003, y Benería, 2003). Una propuesta similar la realiza Power (Referenciada por Rodríguez, 2005:5) cuando sugiere que el término de provisión social (*social provisioning*) sea el punto de partida del análisis económico, pues éste permite resaltar el *análisis de las actividades económicas como procesos sociales interdependientes* al incluir el trabajo

doméstico no remunerado de las mujeres *en relación con las normas sociales que afectan tanto los procesos como sus resultados.*

Igualmente, el análisis feminista ha aportado elementos y discusiones que evidencian “...los sesgos en muchos de los supuestos de los modelos microeconómicos convencionales tales como los supuestos del carácter individualista y androcéntrico que caracterizan las teorías del consumo y uso del tiempo. Buena parte de esta crítica sostiene que dichos modelos se basan en el supuesto de la racionalidad económica en la conducta de los actores económicos, excluyendo así la incidencia de todo elemento afectivo implícito en las decisiones individuales” (Benería, 2003:39). Además, se han analizado el empleo femenino y la situación de desigualdad de oportunidades en el mercado de empleo y sus efectos; y se han realizado aportes importantes al debate sobre la construcción social de la economía, procurando la *deconstrucción de la economía ortodoxa, particularmente su versión neoclásica, y de sus sesgos* (Benería, 2003:36).

Como resultado de estos procesos de discusión, análisis y reforma de los principios económicos vigentes en función de las luchas feministas, se ha acotado el término de *Economía del cuidado*, cuyo centro de interés, según Rodríguez, “...es la relación que existe entre la manera cómo las sociedades organizan el cuidado¹⁴ de sus miembros, y el funcionamiento del sistema económico” (Rodríguez, 2005:2) procurando visibilizar el valor que el cuidado aporta a la economía. Generalmente, el término de economía del cuidado ha sido asociado con el de trabajo de cuidado no remunerado, lo cual implicaría excluir los bienes y servicios de cuidado provistos por el sector público, el sector privado y el tercer sector -ONGs (Rodríguez, 2005:2).

Visto así, tenemos entonces que el cuidado se refiere a todas aquellas actividades con las que se cuida a las personas, que les otorgan las condiciones físicas y simbólicas

¹⁴ “...el cuidado refiere a los bienes y actividades que permiten a las personas alimentarse, educarse, estar sanas y vivir en un hábitat propicio(...) les otorgan los elementos físicos y simbólicos imprescindibles para sobrevivir en sociedad” (Unifem referenciado por Rodríguez, 2005:2)

imprescindibles para sobrevivir en sociedad (Unifem, 2000 en Rodríguez, 2005:2), y abarca "...al cuidado material que implica un trabajo, al cuidado económico que implica un costo y al cuidado psicológico que implica un vínculo afectivo" (Batthyany, 2004 en Rodríguez, 2005:2).

Si bien la reproducción social se lleva a cabo a través del trabajo de cuidado, no siempre se encuentra ligado a la reproducción biológica, como ocurre en las familias sin niños en donde "...hay *mantenimiento* de la fuerza de trabajo pero no *reproducción* a pesar de que en ambos casos sea no remunerado. Lo mismo puede decirse del cuidado de ancianos/as dentro del hogar" (Benería, 2006:11)¹⁵. Entonces, la economía del cuidado se refiere al espacio donde se *reproduce* y se *mantiene* la fuerza de trabajo, centrando su atención sobre aquellas actividades que realizan los miembros del hogar y que tienen como objetivo cuidar de sí mismos o de otros miembros, que eventualmente podrían ser "...delegadas a una tercera persona y que producen bienes o servicios mercantilizables (en el sentido de pasibles del intercambio mercantil)" (Rodríguez, 2005), dejando por fuera entonces aquellas actividades que no son delegables y las que se realizan por cada persona, como comer, mirar televisión, escuchar música, entre otras.

Generalmente, las actividades que componen este campo suelen ser realizadas por las mujeres¹⁶, quienes las han asumido como de asignación natural tras el proceso histórico de división del trabajo que las ha colocado en el ámbito del cuidado, de lo

¹⁵ Igualmente, Benería nos muestra que "... la simultaneidad de distintas actividades con frecuencia dificulta distinguir o separar con claridad el trabajo productivo del reproductivo. Este es el caso de la madre que vende parte de la comida que cocina para el consumo familiar". Inclusive, el trabajo de cuidado puede transferirse al mercado a través de la prestación de servicios en el sector formal - guarderías infantiles, lavanderías, venta de comida en la calle o en restaurantes- y por ello son remunerados, reconocidos socialmente y visibles en las estadísticas y cuentas nacionales, sin que ello signifique que dejan de contribuir al mantenimiento de la fuerza de trabajo y a la reproducción social (2006:10-11).

¹⁶ Para Benería resulta evidente el aumento de hombres desempeñando actividades domésticas, como resultado del incremento en los costos que asumen las familias para poder vincular terceras personas que se encarguen de realizar algunas tareas en el hogar (2006:11).

privado, de lo doméstico, no remunerado, no reconocido¹⁷; mientras que sus principales beneficiarios continúan siendo los hombres (aún cuando actualmente un importante porcentaje de mujeres hacen parte del mundo laboral remunerado), actores del reconocido mundo productivo, público, remunerado.

1.3 El trabajo doméstico como contexto de vida de las mujeres

“... el excelente señor Wilderhaus (...), ha hecho una elección comprensible atendiendo a según qué virtudes de la señorita Gottlieb, virtudes, sí se me permite, indecorosamente eclipsadas por ciertas resistencias y levedades en las que ella ha ido persistiendo durante los últimos años.

No se trata, no empero, de nada que el buen matrimonio, la placidez doméstica y sus maternales quehaceres no puedan corregir.”

Escritos del padre Pigherzog en el Libro sobre el estado de las almas¹⁸

La categoría Trabajo, como la entendemos actualmente, encuentra sus orígenes en el s. XVIII, cuando el proceso industrial llevó a cabo la separación de los espacios público y doméstico, y le adjudicó una connotación distinta a las actividades desarrolladas en el ámbito extradoméstico y aquellas que fueran remuneradas: dio origen a las categorías *productivo* y *reproductivo*¹⁹. El trabajo (remunerado) se configuró entonces como elemento básico en la construcción de la identidad individual, como instrumento de valoración social que da sentido a la vida personal, espacio para la participación social y medio de progreso material ligado a un salario familiar que supuestamente garantizaría la reproducción de la mano de obra (Martín, sin fecha:6-7 el artículo de

¹⁷ El discurso ha sido reforzado hoy, frente a los innegables cambios que en las mujeres se han ido construyendo, a través de la aplicación del adjetivo buena (y hacendosa como sinónimo de responsable, autónoma, una voz de autoridad), en el más estricto sentido moralista, a los sujetos hija, madre, esposa, e incluso mujer (en donde por algún lado se incluye a *todas*), y con la que se chantajea sentimentalmente en la intimidad y se recompensa en público.

¹⁸ NEUMAN, Andrés. El viajero del siglo. Alfaguara. Colombia. 2009. Pág. 94.

¹⁹ El desarrollo conceptual de estas categorías se encuentra ligado al análisis inicial que los economistas clásicos (en el marco de la sociedad industrial) procuraron sobre la capacidad del trabajo, como actividad humana, de generar y reproducir el capital: así, en términos generales, a través de estas categorías se ha procurado distinguir aquellas actividades que -se considera- son capaces de generar mercancías *vendibles* (trabajo productivo), de aquellas que no generan este tipo de mercancías -aunque por ello no dejen de ser absolutamente necesarias- calificándolas históricamente como improductivas (trabajo reproductivo). Esta clasificación se ha empleado para conferir o negar una valoración social y económica de la realización de ciertos trabajos; por ejemplo, aunque las actividades del trabajo doméstico son absolutamente necesarias para la generación de bienestar *del trabajador* y permiten la reproducción de su fuerza de trabajo y su reproducción biológica, el bienestar en sí mismo no es considerado una mercancía *vendible*, por lo que el trabajo que los produce tiende a considerarse como improductivo, y a quienes participan en él como trabajadores improductivos. (Nicholson, 1990).

Martin se puede encontrar en internet); ...y que dejó a las mujeres por afuera de la vida pública, adjudicando poca valoración social a las actividades domésticas y no remuneradas. El trabajo como categoría es un producto social, cuyo concepto es reinventado y renegociado constantemente entre los diferentes actores sociales (Martín, sin fecha:5). Así, las luchas feministas han procurado nuevas definiciones del concepto trabajo, que permitan la inclusión de aquellas actividades que son "...costosas en términos de tiempo y energía, y [que] se realizan como obligaciones (contractuales o sociales)" (UNIFEM citada por Rodríguez, 2005:4); las remuneradas y no remuneradas, realizadas dentro y fuera del hogar, que requieren dedicación de tiempo completo o parcial, que generen ingresos o permitan liberar adultos para generarlos (Knaul citado por Urdinola (2) 1998:4). Visto de una forma más amplia, recoge también el conjunto de "...relaciones sociales, saberes y representaciones que se ponen en contribución para producir y distribuir bienes y servicios y para reproducir el proceso mismo por el que se crean y distribuyen tales bienes y servicios" (Comas, 1995: 33); lo que implica una revolución en la construcción de las identidades individuales (de género, especialmente) y en la valoración social de las actividades realizadas por las mujeres (principalmente, porque la subvaloración del trabajo no aplica únicamente al doméstico no remunerado, sino incluso al remunerado realizado desde otras identidades de género (como población homosexual, bisexual, transexual).

Si bien la división sexual del trabajo es un proceso universal, no puede considerarse como homogenizante, ya que cada sociedad realiza la propia a partir de su forma de leer el mundo. Así, las llamadas sociedades occidentales han tendido a basar la división sexual del trabajo en un supuesto naturalizante que parte de consideraciones biológicas (postulado como verdad histórica) asignando a las mujeres al ámbito doméstico²⁰ y a los hombres al público. Dicho discurso fue sustentando principalmente en una aparente asignación *natural* al espacio doméstico a través de la maternidad, proceso exclusivo

²⁰ Las mujeres trabajadoras del siglo XIX fueron postuladas como un problema social patológico (se llegó a considerar que el trabajo podía generar dificultades en la capacidad procreativa de las mujeres) que requería de una solución urgente: el decreto de la incompatibilidad entre feminidad y trabajo asalariado, y la extensión de las responsabilidades familiares a trabajos de tiempo completo y espacialmente diferenciados (Scott, 1993: 99-100).

de la anatomía de las mujeres. Este argumento remonta sus orígenes al siglo XIX y se llegó a afirmar que el trabajo podría afectar la capacidad reproductiva de las mujeres al pervertir sus órganos reproductores y trastornar el parto; igualmente se aseveró que el empleo las distraía de sus quehaceres domésticos, que los empleos nocturnos las exponían al peligro sexual en el taller, así como los recorridos de desplazamiento hacia y desde el lugar de trabajo, y que trabajar junto con hombres o bajo supervisión masculina entrañaba la posibilidad de corrupción moral (Scott, 1993:123).

En la tradicional dicotomía en la que se acostumbra dividir el mundo y sus contenidos, las mujeres han asumido lo correspondiente a lo femenino como la realización de actividades sin salario, atribuyéndoseles un instinto materno que liga la biología a la familia y al amor, predispuestas a la ternura, la entrega incondicional, la capacidad de sacrificio en pos del bienestar de la familia, encargadas de dar forma al mito de la dulce vida conyugal (León, 1995:173-175). Como fuentes del honor familiar, la maternidad y la domesticidad han sido postuladas como sinónimos de feminidad, y el buen desarrollo de estas tareas se ha considerado *naturalmente constitutivo de las identidades de las mujeres* (Scott, 1993:122). En contraste, los hombres parecen pertenecer naturalmente a la dimensión de las cosas materiales, de las tecnologías, de las actividades remuneradas; a fábricas y oficinas, al dinero (Comas, 1995:26). Ellos se postulan como defensores del honor familiar, proveedores y figuras de autoridad, en todo caso, figuras ausentes del proceso de la reproducción social y cultural que se supone caracteriza parte de las funciones de la unidad familiar, con lo que se le ubica de manera plena en el espacio público (León, 1995:173-175). La domesticidad no sólo adjudica tareas específicas a las mujeres, sino también a los hombres, que se encuentran obligados a seguir la norma de *trabajadores y proveedores ideales*.

Estos procesos han funcionado como factores estructurantes de la división sexual del trabajo, aun cuando las mujeres se encuentren insertas en el trabajo productivo, pues suelen considerar su aporte como complementario (es posible que como estrategia de desestímulo a la vinculación laboral) aun cuando este pueda corresponder en la

realidad al aporte principal del que deriva el sustento de una familia. Inclusive ha contribuido en la estructuración de la división sexual del trabajo para aquellas mujeres que históricamente han participado del trabajo productivo, como las afrodescendientes e indígenas, para quienes la construcción de estereotipos no solo se aplica a roles sexuados, sino que también contienen el elemento racializador que las ha ubicado en las esferas laborales menos valoradas y remuneradas como el servicio doméstico (Collins y Hooks referenciadas por Curiel, 2007).

La naturalización física y moral de los roles asignados por la división sexual del trabajo, responde según Nussbaum (2002:334) a cuatro argumentos -aplicables a cualquier proceso de naturalización-: a) biología: se basa en dotes o tendencias innatas; b) tradición: es la única manera que conocemos, las cosas han sido siempre así; c) necesidad: es la única manera posible, no puede ser diferente; y, d) norma: es lo correcto y apropiado, así debe ser. Estos argumentos desconocen el peso y paso de las costumbres, las leyes y las instituciones en el modelado de las emociones (Nussbaum, 2002:333), y niegan que la división sexual del trabajo es el resultado de la forma en la que se concretan las relaciones sociales existentes, que responde a los diversos criterios de división social para la fragmentación del proceso productivo, y que tiene que ver con la relación de los grupos humanos con las condiciones de existencia, y con las fuerzas productivas (clase de técnicas y medios intelectuales) de que disponen las sociedades (Comas, 1995:34). Una prueba de esto radica en que a pesar de la fuerte incursión de las mujeres en el mundo laboral, ello no ha significado una incursión igual de los hombres en el ámbito doméstico, ni la visibilización de las mujeres como proveedoras principales en los casos en que ambas partes tienen un trabajo remunerado y la mujer recibe un mayor salario. El hombre sigue apareciendo como principal proveedor y la mujer como aportante complementaria, eterna responsable, además, de las labores domésticas y el cuidado de hijos, ancianos y enfermos.

Así, las discusiones sobre la productividad o improductividad de los distintos tipos de trabajo y sus aportes a la economía capitalista, atrajeron la atención de los economistas

sobre el trabajo doméstico. En 1934 Margaret Reid (Citada por Campillo,1998:99) realizó un estudio pionero sobre el tema, en el que define el trabajo doméstico como la relación de aquellas "...actividades no remuneradas que son llevadas a cabo [en el hogar] por y para sus miembros; actividades que podrían ser reemplazadas por bienes de mercado o servicios pagados, si circunstancias tales como ingreso, condiciones del mercado o inclinaciones personales permitieran que el servicio fuera delegado en alguien fuera del grupo del hogar". Este concepto partió del criterio de *tercera persona*, según el cual si una actividad puede ser y es delegada a un/a trabajador/a asalariado/a, la actividad debe ser considerada como económicamente productiva.

Esta tendencia a definir lo económicamente productivo por su capacidad de ser monetizado, se mantuvo hasta la década de 1960. En ese periodo, algunos/as economistas y estudiosos/as de las ciencias sociales, retomaron el tema de trabajo doméstico y la división tradicional del trabajo en los hogares. Surgió así la escuela de la Nueva Economía Doméstica, desde la cual teóricos y teóricas del capital humano, se sumaron a los procesos de incorporación de temas de mujeres en los análisis económicos, de reflexiones acerca de la división del trabajo en el hogar y la toma de decisiones de los miembros de la familia para la incorporación a la fuerza laboral, por medio del análisis de la distribución del tiempo y la aplicación de conceptos neoclásicos a modelos de producción doméstica. Como se reseñó anteriormente, esta escuela se basó en el supuesto del *hogar armonioso*, según el cual las decisiones individuales, para la vinculación al mercado de empleo y de división del trabajo, se realizan de manera *racional* buscando maximizar el logro de utilidades. Desde allí se justificaron las asimetrías en la división del trabajo y las desigualdades en la distribución de las tareas domésticas (Benería, 2003:28). Frente a los planteamientos neoclásicos surgieron críticas especialmente en referencia al desconocimiento de los efectos negativos que la división tradicional del trabajo tiene sobre las mujeres, ya que el quedarse en el hogar influye en los procesos de socialización de género, afianzando la dominación masculina y llevando a la disminución de la autonomía y auto confianza de las mujeres.

Para 1969, Margaret Benston (Carrasco, 1991:166-167) planteó por primera vez el tema del trabajo doméstico como un problema de la economía política, al considerar que la subordinación de la mujer respondería a razones económicas, ya que el trabajo que ésta realiza (el trabajo doméstico) sólo crea valores de uso, y que por lo tanto no puede ser considerado como un trabajo real (no se traduce en dinero), por lo que quienes lo realizan -principalmente las mujeres- "...no pueden esperar *valer*²¹ tanto como los hombres que trabajan por dinero" (Benston citada por Carrasco, 1991:167).

En 1970 Christine Delphy realizó la primera caracterización del trabajo doméstico²² frente al trabajo industrial, criticando los planteamientos de las corrientes marxistas frente al problema de la opresión de la mujer, para quienes dicha opresión se enmarca en la lucha de clases. Así, para Delphy "...en las sociedades modernas existen dos modos de producción, un modo de producción industrial definido por las relaciones de propiedad capitalistas y un modo de producción patriarcal definido por las relaciones de producción familiares" (Carrasco, 1991:169). Dicha caracterización del trabajo doméstico, sería la base para discusiones posteriores.

De igual manera, en 1973 Jhon Harrison incluyó un nuevo elemento: la consideración de la "...existencia de una transferencia de trabajo excedente de la esfera doméstica a la esfera capitalista" (Carrasco, 1991:177), lo que llevaría a presuponer una equivalencia entre "...el trabajo concreto de la producción doméstica y el trabajo abstracto de la producción mercantil" (Carrasco, 1991:177). Un año después, Wally Seccombe retoma el tema de la capacidad productiva del trabajo doméstico, y afirma que éste crea valor por contribuir en la creación de la mercancía fuerza de trabajo. Dalla Costa introdujo al debate del trabajo doméstico, en 1977, el tema de la reproducción de la fuerza de trabajo, definiéndola como "...la función específica de la mujer bajo el capitalismo" (Carrasco, 1991:171). Así mismo, consideró al trabajo doméstico como la

²¹ El énfasis es mío

²² Carácter gratuito y necesario, carecen de valor, no existe diferencia entre los servicios domésticos producidos en el hogar y los bienes que son adquiridos en el mercado para el consumo de la familia (Carrasco, 1991:168)

prestación de un servicio social, puesto que en su marco se realiza la reproducción de la fuerza de trabajo.

A partir de 1985, el trabajo doméstico no remunerado se posicionó como tema de interés en el marco de la III Conferencia Mundial sobre la Mujer realizada en Nairobi. Dicho interés se concentró especialmente en el Proyecto de Contabilización del trabajo de las mujeres, es decir, en la generación de metodologías para la *medición e inclusión del trabajo doméstico* en las estadísticas y cuentas nacionales. Este proyecto ha tenido que enfrentar dos problemáticas principalmente: la primera está relacionada con la definición misma de trabajo (“...actividad económica remunerada vinculada al mercado”) (Benería, 2005:146), que origina la subestimación del trabajo reproductivo; la segunda está relacionada con la definición de Población Económicamente Activa PEA. En 1966 la Comisión de Estadística de las Naciones Unidas definió la PEA como “...todas las personas de ambos sexos que aportan la oferta de trabajo para la producción de bienes y servicios económicos” (Benería, 2005:146), con lo cual pretendió estimar el empleo, el subempleo y el desempleo, pero mantuvo excluido gran parte del trabajo no remunerado ²³.

Para 1990 el tema muestra una mayor relevancia en la producción de ciertas ramas de las ciencias sociales. Así, Amartya Sen (citado por Benería, 2005:46) realiza un análisis sociológico del tema y propone la aplicación de la teoría de los juegos a los procesos domésticos y una visión de la familia como espacio de *conflictos cooperativos*, en donde los conflictos de intereses de género se encuentran presentes en las diferentes clases y características sociales, y donde las posibilidades de cooperación y conflicto entre mujeres y hombres son resultado de, y se encuentran sujetas a, diferentes *niveles de poder de negociación*. Estos planteamientos se han traducido en una gran contribución para la construcción de enfoques alternativos, pues permiten un mayor entendimiento de los factores que afectan la capacidad de negociación y acción de las

²³ Según Benería (2005), el trabajo no remunerado se suscribe a cuatro sectores: sector de subsistencia, sector informal, economía doméstica y voluntariado

mujeres, y de los factores que se ocultan tras la subordinación y la vulnerabilidad de género.

Carrasco (1991) se interesó por vislumbrar los aportes que dichos estudios realizan a la conformación de las teorías sobre el origen de la subordinación de las mujeres, y encontró que podía organizarlos en dos grandes grupos según su enfoque principal:

- a. Por una parte se encuentra el llamado *argumento de la familia*. Éste sostiene que la razón de la opresión de la mujer debe buscarse en la familia, ya que la situación de la mujer al interior de ella es la que puede explicar "... su exclusión (total o parcial) del trabajo social y la vida política. *Es la familia y, en particular, la división del trabajo dentro de esta, la raíz fundamental de la problemática de la mujer*²⁴. Así, la exclusión respondería al funcionamiento de un sistema patriarcal, descrito como un sistema social particular caracterizado por establecer la dominación del hombre sobre la mujer, a través del desarrollo de "...un conjunto de relaciones sociales que tienen una base material en el que hay unas relaciones jerárquicas y una solidaridad entre los hombres que les permitan dominar a las mujeres" (Hartmann referenciado por Carrasco, 1991:160); a su vez, este enfoque asegura que *las relaciones entre los sexos y las relaciones de producción* son las que de manera conjunta determinan el *orden social*, estableciendo un paralelismo entre los fenómenos de clase y de sexo.

- b. Por otra parte, se presenta el llamado *argumento de la producción social*, el cual sostiene que "...la opresión de las mujeres tiene sus raíces en el *lugar que ocupa la mujer dentro de la producción social. Aquí la relación fundamental es la mujer respecto al sistema económico y no la mujer respecto al hombre*²⁵" (Carrasco, 1991:161). Habría entonces que identificar

²⁴ El énfasis es mío

²⁵ El énfasis es mío

inicialmente el modo de producción dominante, dentro del cual se realiza la división sexual del trabajo, que históricamente ha asignado a las mujeres "... la responsabilidad de los procesos relacionados con la reproducción de la fuerza de trabajo en tanto que mercancía" (Carrasco, 1991:161). Así, se establece que "...la 'lucha de clases' en el ámbito de la producción social representa la dinámica central de toda evolución social" (Carrasco, 1991:161).

Todos estos estudios, realizados a lo largo de los últimos 80 años, han permitido enriquecer los esfuerzos por definir el término Trabajo Doméstico (dinámico como los conceptos Género y Trabajo, por ejemplo), que considera bienes, servicios, actividades, relaciones y valores vinculados con la satisfacción de las necesidades más básicas y relevantes para la existencia y reproducción de las personas, es decir que incluye todo aquello que les permite alimentarse, crecer y aprender, estar sanas y vivir en un hábitat propicio. Se considera necesario porque contribuye con la mantención y reproducción de la fuerza de trabajo, e involucra las actividades de crianza de niños, preparación de alimentos y limpieza, mantenimiento general del hogar y cuidado de enfermos o discapacitados, entre otros; igualmente se ha evidenciado que es realizado y asumido principalmente por las mujeres. Según Picchio, "La reproducción social de las personas es un proceso material y moral. Requiere bienes, mercancías, servicios, trabajo y amor. Está engastada en un conjunto de convenciones sociales y marcos institucionales que se configuran para regular la división social de las responsabilidades con respecto a los niveles de vida de la sociedad en su conjunto y en sus diferentes sectores". (Citada por Rodríguez, 2005:3-4).

El trabajo doméstico además de caracterizarse por ser realizado al interior del hogar, por el tipo de actividades que comprende, o el hecho de no ser remunerado, representa una forma de control derivada de las relaciones familiares personales. Es una actividad desde la cual las mujeres construyen su *identidad genérica* (Rodríguez, 2005:5). Así, vemos que el trabajo doméstico presenta múltiples dimensiones:

- a) Encierra actividades enmarcadas por las relaciones interpersonales que se establecen entre el proveedor del bien o servicio de cuidado y quien lo recibe. Siguiendo a Gardiner, Rodríguez afirma que estas relaciones pueden ser de varios tipos: "...i) relaciones de cuidado de personas que podrían por sus medios proveerse de los servicios de cuidado, pero que los exigen de otras personas por cuestiones sociales, culturales y hasta económicas; ii) relaciones de cuidado donde la persona cuidada no puede proveerse autónomamente los servicios de cuidado por ser demasiado joven, demasiado mayor, o por estar enferma o discapacitada; iii) relaciones de cuidado recíproca, donde los servicios de cuidado se ofrecen espontáneamente, y donde no existe un patrón de continuidad". (Rodríguez, 2005:9)
- b) Generalmente se cree que las mujeres están naturalmente mejor dotadas para asumir las tareas de cuidado de niños y niñas, lo que las coloca en situación de *ventaja* para proveer de cuidado a otras personas, incluyendo a personas mayores y enfermas, y de paso, a los demás adultos del hogar. Puesto así, se supone la realización del trabajo doméstico por parte de las mujeres como un simple proceso de especialización que conllevaría a la eficiencia, a la vez que las lleva a depender de sus padres y esposos, en detrimento de su propio bienestar.
- c) Este proceso social y cultural de especialización de las mujeres en las tareas domésticas, se caracteriza, por una parte, por la organización del mercado de trabajo en torno a un trabajador ideal ocupado tiempo completo y cuya disponibilidad para tareas domésticas es mínimo; y por otra parte, la marginalización de quienes desarrollan las tareas de provisión de servicios de cuidado. (Rodríguez, 2005:9)

Así, el trabajo doméstico responde a dos sentidos: uno, como trabajo de cuidado prestado "...con/por amor, por dinero o a cambio de cualquier otro tipo de bienes materiales o simbólicos" y que cubre las diferentes dimensiones de la vida familiar –

material, moral, afectivo²⁶- (Martín, sin fecha:10-11); dos, como estrategia de sobrevivencia, al actuar como punto de equilibrio entre el trabajo asalariado en el hogar, el trabajo asalariado en los servicios públicos y privados, y el trabajo social voluntario, pues absorbe sus insuficiencias, a la vez que suministra servicios y productos de consumo que alivianan costes de la fuerza de trabajo, bajo la figura de la familia como grupo natural, unidad de análisis y de acción (Comas, 1995:30), sin escatimar en el reparto de las cargas internas que principalmente recaen sobre las mujeres.

²⁶ Sobre estas dimensiones se profundiza en los capítulos IV y V

CAPÍTULO II Fue posible así... aquí...

2.1 De cómo se hizo esto...



“Yo creo que es estudiar
la textura de la vida cotidiana
y entender lo cotidiano y lo global desde
sentidos muy propios...”

Joanne Rappaport
En entrevista inédita a
estudiantes de la Maestría en
Antropología de la Universidad
Nacional de Colombia,
Bogotá, 2007

Tarde de juegos. Parque de la Escuela Veredal

Retomando las palabras de Joanne Rappaport, considero que este documento ha sido escrito desde *sentidos muy propios*, aun cuando algunos apartes del mismo puedan sentirse muy lejanos y algo *ladrilludos*... incluso ellos han sido escritos procurando establecer una distancia *objetivante* entre las mujeres de la vereda Santa Bárbara y yo, distancia que solo me ha demostrado que dicha objetividad tiende a ser en alguna proporción incierta en las ciencias sociales, pues puede decirse que en distintos niveles los análisis se encuentran *contaminados* por las propias consideraciones, e incluso mi interés por el tema central de esta tesis –las mujeres rurales- ya responde a intereses previos e hipótesis propias. No por ello este documento pierde su validez, solo deseo

hacer énfasis en que todo aquello que hago se encuentra sencillamente impregnado de mi.

Para el desarrollo de este estudio he considerado el análisis cualitativo como el más pertinente, ya que, como afirman Bonilla y Rodríguez (1997:47), permite “(...) conceptualizar sobre la realidad con base en el comportamiento, los conocimientos, las actitudes y los valores que guían el comportamiento de las personas estudiadas”. Todo el proceso de definición del problema y de diseño metodológico para la recolección de la información requerida encontró momentos de transformación guiados principalmente por los acentos que me pareció interesantes introducir en el estudio, de acuerdo con las particularidades que se fueron presentando durante el proceso mismo de recolección de dicha información, e incluso afectados por los obstáculos que no permitieron ahondar en temas que inicialmente consideré.

Así, la información requerida se obtuvo a partir de dos fuentes:

- a) Fuentes secundarias: material bibliográfico
- b) Fuentes primarias: relatos de mujeres y hombres habitantes de la vereda, y observación de sus vidas cotidianas

Las herramientas de recolección de información fueron definidas a partir de su pertinencia para responder a los distintos interrogantes y necesidades del problema:

- a) Observación etnográfica: realizada durante varias visitas mediante la participación directa en actividades cotidianas propias de las fincas con las mujeres, como preparar las comidas, apartar terneros, alimentar aves de patio y cuidar a las y los niños, entre otras. Con ello se logró un acercamiento al conocimiento de las acciones cotidianas y a las condiciones en que se realizan, además de permitir un contacto directo con las reflexiones, pensamientos y sentimientos de las mujeres frente a

su papel en las familias y en la comunidad, ayer y hoy, y su percepción sobre el papel que, consideran ellas, deberán jugar en el futuro al interior de la vereda.

- b) Diario de campo: en él se registraron las jornadas de observación, inquietudes, nuevos interrogantes, interpretaciones y demás, que surgieron durante dichas jornadas y durante la aplicación de encuestas y la realización de entrevistas. Permitieron ir dando contenido y complejidad al problema de investigación.

- c) Entrevistas semiestructuradas: se realizaron 8 entrevistas, a 7 Mujeres y 1 hombre, habitantes de la vereda Santa Bárbara. En ellas exploré principalmente los temas de proyecto de vida, cultura rural local, cambios generacionales en la asignación de tareas, y empleo de tecnología para la realización de las actividades domésticas. Trabajando a profundidad el tema de la asignación sexual de roles, y la percepción sobre lo que ello implica para hombres y mujeres, en el pasado, presente y futuro. Durante la realización de las entrevistas, la principal dificultad fue encontrar la forma de abordar, especialmente con las mujeres, las sensibilidades que se despiertan durante el proceso de reflexión sobre los proyectos de vida, ya que para ellas representó hablar de hechos dolorosos como el abandono de los sueños de estudiar tras contraer matrimonio y maternar, y como escenas de violencia conyugal ligadas a la visión masculina sobre la mujer y su lugar en la familia y la comunidad. La realización de estas entrevistas fue posible gracias a la relación cercana que Flor y Milena han tenido con las demás entrevistadas y conmigo; ellas fueron el canal de entrada.

Entrevista No. 1 María

Entrevista No. 2 Flor

- Entrevista No. 3 Luz
- Entrevista No. 4 Edilma
- Entrevista No. 5 Milena
- Entrevista No. 6 Sandra
- Entrevista No. 7 Paola

- d) Ficha veredal: se diseñó para la recolección básica de información sobre la vereda, número de familias y viviendas, medios de comunicación y conectividad con Bogotá, organización social, acceso a servicios públicos y sociales, presencia institucional, entre otros.

- e) Encuesta de Uso del Tiempo²⁷: esta herramienta permitió, a través de la recolección de información cuantitativa (tiempos dedicados a cada actividad), juntar elementos fundamentales para el análisis de los efectos que los roles asignados a las mujeres, en particular a las rurales, tienen sobre sus proyecciones de vida. El formato de encuesta aplicado para este estudio, se diseñó a partir de la revisión de varios modelos aplicados en países como España, Chile y México. Fue aplicada a 14 mujeres de la vereda Santa Bárbara. Con ella se buscó recolectar información puntual sobre participación y dedicación en tiempo de las/los integrantes de la familia al trabajo doméstico, espacios en los que se realiza, asignación intrafamiliar de roles y responsabilidades según sexo/género y edad, entre otros. Se basó fundamentalmente en la elaboración de un reloj de actividades durante dos días a la semana, uno ordinario y otro festivo.

Durante el proceso de aplicación de las distintas herramientas, los hombres se manifestaron cuestionados por el hecho de que “sus” mujeres accedieran al diligenciamiento de las EUT, y por el carácter “constructivo” de un trabajo como este.

²⁷ Ver Anexo IIIA, breve reseña sobre las Encuestas de Uso del Tiempo (EUT)

Otras mujeres se cuestionaron frente a la conveniencia de participar en las entrevistas semiestructuradas, especialmente por la reacción que esto podría generar en sus esposos o padres, e incluso en la opinión de otras mujeres sobre ellas.

La interacción con las mujeres y hombres de la vereda, con sus inquietudes, interrogantes, opiniones, visiones de la vida, el mundo y las relaciones humanas, especialmente las relaciones de género, me han permitido adentrarme en mis propias preguntas, miedos e incertidumbres sobre mi ser mujer, mi papel en la sociedad, y especialmente sobre mis alcances como estudiosa de los temas de género y como activista en los mismos.

Así fue

Este documento ha sido posible gracias a la amistad establecida hace casi 10 años con una de las familias que habita la vereda Santa Bárbara, especialmente con sus mujeres. Las bases de la relación con estas mujeres han sido el afecto y la confianza, lo que nos ha permitido contar con espacios para narrar nuestras vidas, sueños, alcances y frustraciones. De estas conversaciones y de la reflexión sobre mis propias vivencias, surgió el interés tanto por la Maestría en Estudios en Género, como por el tema de este documento con el que pretendo el alcanzar el título en dicha maestría. En nuestras conversaciones surgían constantemente temas como la dedicación del tiempo de las mujeres, de nosotras mismas y otras mujeres de nuestras familias o grupos de amistades, a los oficios de la casa y a la atención a los demás miembros de nuestras familias; hablamos de los sueños enredados en las cotidianidades del hogar y la carencia de recursos, y de las esperanzas conservadas frente a un posible futuro mejor... Entonces comencé a preguntarme sobre el significado de la proclamación de *un futuro mejor*, los elementos que lo componen y de dónde provienen dichos elementos, entre otras cuestiones. A la vez, estos interrogantes fueron tomando forma inicial relacionándose con la sociología rural, tal vez la línea que más me gusta de mi formación.

Así, reflexionando el tema con mis amigas y buscando hacer frente a la necesidad de encontrar el espacio para la elaboración de esta tesis, decidí proponerles que me permitieran *trabajar* sobre ellas, sobre sus vidas, y que me ayudaran a darle forma a este documento. Ellas aportaron sus vidas, reflexiones, sueños, anhelos, frustraciones, amores y rencores, y yo procuro regresarles un documento que les permita ver su historia de otra manera: compartida con otras mujeres, en el marco de unas condiciones que las superan a ellas mismas, que las sitúa en el contexto de una ciudad, una región, un país que nos abarca y nos supera a todas las mujeres, todas tan distintas pero aún así conectadas.

Los hombres del hogar lo tomaron aparentemente bien, es decir que no manifestaron objeción frente a mi incursión en su vida privada, porque además de pedirle a las mujeres del hogar que me contaran más profundamente sus vidas, haciendo énfasis en temas que inspeccionaban las relaciones con los hombres (en sus distintos roles), les pedí a ellos que también me permitieran entrevistarles. Sin embargo, este mismo ejercicio no fue igual de tranquilo con otras mujeres de la vereda: se requirió realizar las entrevistas un día entre semana con el fin de asegurar que los hombres no se encontraran en casa, y tengo entendido que ninguna de ellas comentó ante sus respectivos esposos el hecho de mi visita, a excepción de una mujer mayor, que supera los 70 años, a quien entrevisté en un espacio privado, pero que manifestó que no tenía inconveniente en que su esposo supiera de la entrevista (en términos generales, no de manera detallada) porque "...a esta edad ya no se tiene nada que perder".

En todo caso, manifesté a las mujeres que nadie conocería sus verdaderos nombres, por lo que han sido cambiados en este documento, y que los temas tratados con ellas no serían comentados con nadie más por fuera del interés mismo de este estudio. En últimas, creo que varias de ellas no procuraron comprender a plenitud lo que yo pretendía hacer con la información recolectada, pero en la mayoría de los casos siento que narrar su historia les permitió recrear los contenidos de su pasado y preguntarse por el presente y el futuro; a otras les sirvió como espacio para desahogarse...

Teniendo en cuenta que yo era una completa extraña, les resultó aparentemente mucho más sencillo.

La elaboración de este documento ha sido una de las experiencias más interesantes de mi vida, porque me ha removido el corazón de mujer, la óptica, la postura frente a la vida. Este es un estudio sobre como las condiciones socioeconómicas, geográficas, sociológicas, políticas, culturales, y demás, intervienen en la vida de las mujeres, modelándoles los cuerpos, las caras, las manos, el corazón y el alma.

2.2 Vereda Santa Bárbara en Ciudad Bolívar: Tan Cerca, Tan Lejos...

"Parecería que la cartografía reflejase y alimentase el desconocimiento que tenemos los habitantes urbanos de Bogotá, quienes nos negamos a reconocer nuestra ruralidad"

Otty Patiño

Sumapaz: el páramo más grande del mundo, es una localidad de Bogotá
Boletín Ciudad Viva, Marzo de 2009

Descripción general de la vereda Santa Bárbara

Deseo, antes de iniciar con el contenido de este aparte, llamar la atención en un tema, que contribuyó a definir este trabajo, específicamente la escogencia de esta vereda de Bogotá particularmente:

Sobre la zona rural de Bogotá pueden tenerse por lo menos un par de mitos teóricos: uno, que su cercanía con la Bogotá urbana le permite gozar de una integración con la misma, supuesta por la posibilidad que ofrecen las "cortas distancias"; dos, que la cobertura en servicios públicos es condición suficiente para lograr un nivel alto en calidad de vida.

Por lo anterior, deseo retomar algunos de los elementos que constituyen la realidad física de la vereda y que ayudan a modelar su realidad cotidiana, dinámica; entre ellas,

población que la habita, oferta de servicios públicos y sociales, vías de acceso, proyectos que se desarrollan en la zona, entre otros.

Santa Bárbara es una de las nueve veredas que componen la zona rural de la localidad Ciudad Bolívar (No. 19), unidad territorial ubicada hacia el sur de Bogotá D.C., municipio al cual pertenece. Limita hacia el sur con el Río Mugroso, la vereda Argentina (Sumapaz) y la represa La Regadera; hacia el norte con la vereda Pasquillita (Ciudad Bolívar); por el occidente con la vereda Santa Rosa (Ciudad Bolívar); y por el oriente con la vereda El Destino (Usme), y su territorio registra alturas entre los 2300 y 3450 msnm.

Los 148 habitantes con los que cuenta actualmente²⁸ (2008) corresponden a menos de 4% de la población estimada para la zona rural de Ciudad Bolívar, y no representan ni el 1%²⁹ del total de la población estimada para la localidad (668.393 habitantes); se encuentran distribuidos en 37 familias, 4 personas promedio por familia, y habitan 37 viviendas. Si bien no se ha presentado el caso de familias que hayan emigrado de la vereda en los últimos 3 años, si se han registrado nuevas familias por la conformación de uniones y por la llegada de grupos familiares de cuidanderos y jornaleros a las fincas de la zona. Además, se registran 4 familias de arrendatarios que se trasladan, según la oferta, por diferentes fincas de la vereda. Santa Bárbara comprende 384 hectáreas que equivalen al 3% del territorio de la localidad (12.998,46 Ha), y al 4% de la zona rural de la misma (9.555,94 Ha).

Estos habitantes se consideran como campesinos ligados a la producción agropecuaria abastecedora de la Bogotá urbana, de la cual dependen fundamentalmente, caracterizada principalmente por los cultivos de papa, arveja y haba, y el abastecimiento de leche de vaca sin procesar. Además, suelen producir para el autoconsumo familiar lechuga, cilantro, zanahoria, manzana, cebolla larga, cebolla

²⁸ Dato tomado de la Ficha Veredal aplicada por la autora para este estudio.

²⁹ Proyección de población por localidades para 2008, tomado de www.bogota.gov.co

cabezona, ajo, coles, algunas plantas aromáticas y medicinales como caléndula, manzanilla, yerbabuena e hinojo, entre otras, elaboran quesos, y manejan una producción mínima de huevos y carne de pollo. Los habitantes de Santa Bárbara son principalmente las familias propietarias de las tierras, quienes las trabajan directamente; son descendientes de las familias propietarias y sus nuevos núcleos familiares, que actúan como jornaleros o participan en codillo³⁰, y que tienden a mantenerse en la zona como arrendatarios; y familias de cuidanderos, quienes se encargan del manejo de las fincas cuyos dueños viven principalmente en la Bogotá urbana (la población más joven de estas familias tiende a trabajar en el jornaleo).



Actividades productivas desarrolladas en la zona

Los habitantes de la vereda cuentan con un acueducto veredal que presta el servicio, con distribución de agua tratada, al 100% de las viviendas (además presta el servicio a las veredas Las Mercedes de Ciudad Bolívar y El Hato de Usme). Este acueducto se abastece de la quebrada Guaduas, es administrado por la Asociación ACUAVIDA, y cobra una tarifa fija de \$6.000 por llave instalada. La red del acueducto se encuentra dispuesta sobre terreno inestable lo que ocasionalmente ha generado, entre otras dificultades, la interrupción del servicio. Como fuentes de agua alternativas los habitantes de la vereda cuentan con más de 50 ojos de agua (nacimientos o brotes).

³⁰ Forma de asociación para el trabajo productivo en donde uno de los socios aporta las semillas y el abono, mientras que la tierra y el trabajo son aportados por un segundo socio.

No cuentan con sistema de alcantarillado, por lo que el manejo de las aguas residuales debe realizarse de manera individual por vivienda, lo que generalmente consiste en el vertimiento a campo abierto y a pozos sépticos. Las aguas lluvias van por tubería subterránea por la carretera principal.

El manejo de residuos sólidos se realiza igualmente de manera particular por vivienda, y generalmente consiste en la quema y disposición a campo abierto de los residuos no orgánicos, y elaboración de abonos con los residuos orgánicos, o su empleo como alimento para los animales.

El servicio de energía eléctrica lo presta Codensa, con una cobertura del 100% de las viviendas. En la vereda no se cuenta con servicio de telefonía fija, y ya que la cobertura de la señal celular de todos los operadores es del 100%, este se convierte en bien de primera necesidad.

No obstante, como se planteó anteriormente, el mejoramiento de la calidad de vida que implica el acceso a los servicios públicos por parte de la población, las limitaciones en el acceso a servicios sociales tienden a debilitar el ritmo de un mejoramiento real en la calidad de vida de la comunidad, estableciéndose más bien como obstáculo para el mismo, y para las posibilidades de desarrollo de la zona.

En la vereda no existe centro o puesto de salud, por lo que los habitantes de la zona deben asistir a las UBA (Unidad Básica de Atención) de Ciudad Bolívar (se encuentra muy retirada, en la zona urbana) y de la vereda El Destino en Usme. La principal enfermedad que afecta a la población es la gripa, que se presenta como una constante en los niños.

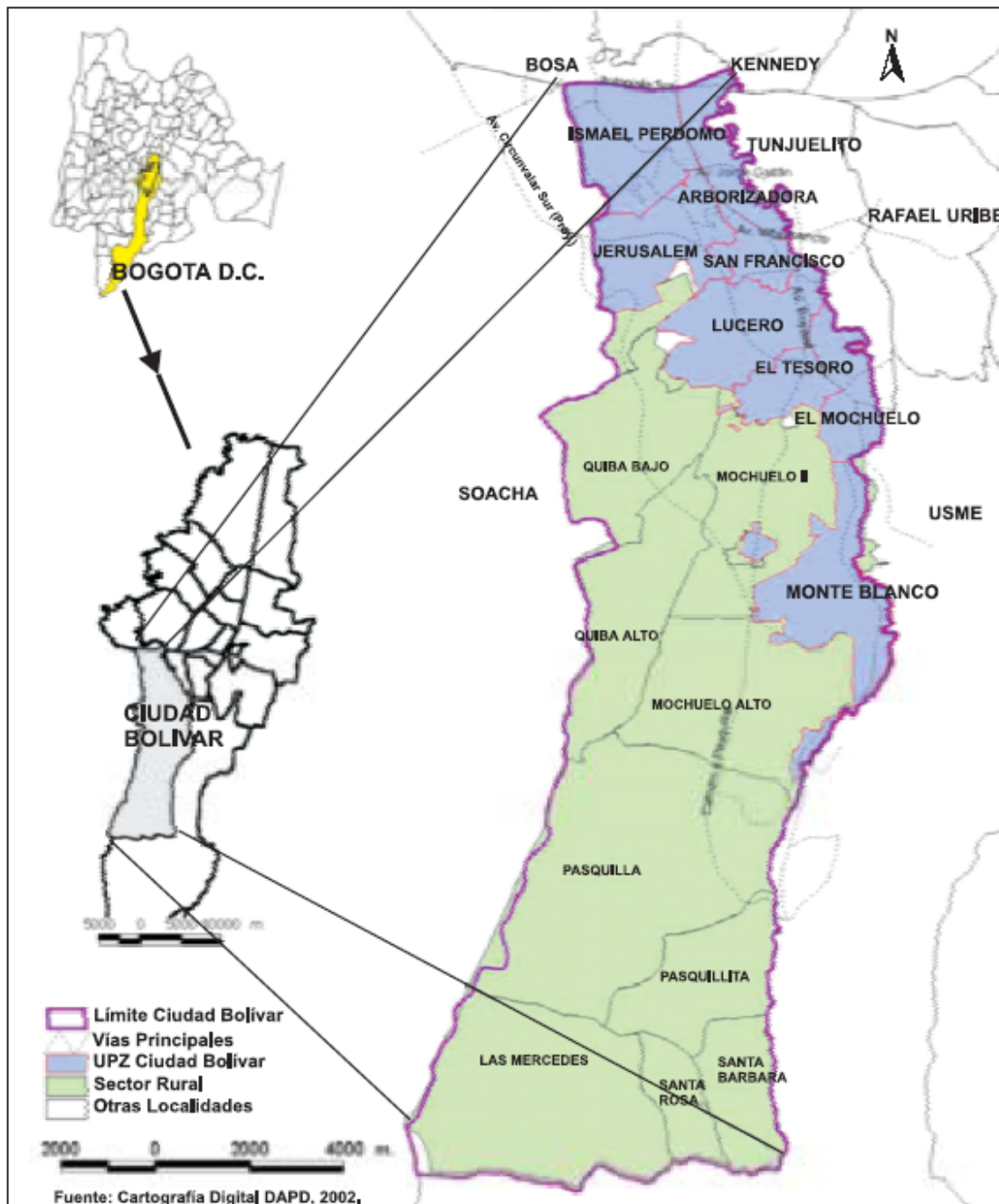
En la Escuela Mixta Anexa se imparten la educación básica primaria y preescolar, y se cuenta con una cancha deportiva. La escuela es la única infraestructura con la que los

habitantes de Santa Bárbara cuentan para el desarrollo de las actividades comunitarias, aunque debieron enfrentarse a la dirección del núcleo que regula el funcionamiento de la institución educativa porque prohibió el uso de las infraestructuras educativas para el desarrollo de otras actividades “no educativas o pedagógicas”, como aquellas relacionadas con actividades organizativas como la realización de reuniones para la discusión de problemáticas generales de la vereda o de bazares y similares, que generalmente se realizan para recaudar fondos para distintos fines, todos ellos comunitarios.

Para acceder a la educación secundaria, los jóvenes deben trasladarse al Centro Educativo de Pasquilla o al Centro Educativo de El Destino; a este último asisten principalmente e implica recorridos de mínimo 40 minutos a pie. No obstante, finalizados sus estudios las posibilidades de acceder a educación técnica o superior se ven muy restringidas ya que, al no contar en la zona con sede alguna de centros de formación técnica, tecnológica o universitaria, las familias deben contar con un capital³¹ adicional para el sostenimiento del estudiante en la zona urbana de Bogotá, más los gastos que la continuación de estudios exige.

³¹ De dicho capital regularmente carecen, o suele ser destinado para amortiguar las deudas financieras que han adquirido y acrecentado durante las últimas dos décadas mientras buscan invertir en las fincas para recuperar la producción.

Ubicación de la Vereda Santa Bárbara en la localidad Ciudad Bolívar.



Fuente: Diagnóstico Local con Participación Social. Ciudad Bolívar: Localidad 19. Pág. 34.

La JAC se encuentra actualmente inactiva; el Consejo Directivo de la escuela es el encargado de realizar reuniones de padres de familia y otras actividades como la celebración del día de la familia, el día de la madre, el día de los niños y navidad. Se reconocen algunos liderazgos individuales, pero estos tienen incidencia en temas particulares, por lo que no logran hacerse extensivos a toda la comunidad, cuya participación en los programas y proyectos que ocasionalmente se realizan, en general se considera baja.

En la zona se celebra la fiesta del campesino cuando la alcaldía local destina recursos para ello, pero por lo general los habitantes de Santa Bárbara y las veredas cercanas asisten a las fiestas que se realizan en el centro poblado de Usme y la vereda El Destino.

Lo que se espera de la zona rural de Bogotá y de la vereda Santa Bárbara

En general, la zona rural de Bogotá es considerada reserva de fuentes hídricas y otros ecosistemas estratégicos, que ambientalmente conforman tres zonas, según sus *características biofísicas y localización* (Rojas, 2003): a) los Cerros Orientales; b) la localidad de Sumapaz (con el páramo más grande del mundo); y, c) la Cuenca del río Tunjuelo; esta última funciona como zona de amortiguación del sistema Sumapaz y comprende las zonas rurales de Usme y Ciudad Bolívar.

De allí la importancia atribuida a Ciudad Bolívar (y a las demás localidades que cuentan con una zona rural) como reserva ambiental y área de amortiguación entre las zonas de protección y aquellas aptas para la producción agropecuaria en el territorio del Distrito Capital, es decir, como proveedores de ciertos recursos como agua y aire para la Bogotá urbana; el 73% de la zona rural de la localidad ha sido declarada de suelos de protección³² (como la reserva de páramo Las Mercedes-Pasquilla, Sierra Morena,

³² Las áreas de protección son consideradas patrimonio natural del Distrito, de la región o de la Nación, gracias a sus características geográficas, paisajísticas o ambientales (zonas de utilidad pública donde se sitúa la infraestructura que

Encenillales del Mochuelo, Parque Arborizadora Alta, Santa Bárbara, Los Andes, Pantanos Colgantes, entre otros). Estas características geoambientales son consideradas de vital importancia para el municipio de Bogotá, especialmente para su área urbana, y han sido denominadas en los distintos documentos gubernamentales sobre la zona³³ como potencialidades ambientales, cuya descripción es el manifiesto del valor real que para Bogotá D.C. tienen, y que perfila la intervención, inversión y proyección que se realiza sobre ellas.

Así mismo, interviene en la proyección política de la localidad el desarrollo del proyecto del Parque Industrial Minero de Mochuelo (desde el extremo urbano suroccidental de Ciudad Bolívar hasta la vereda de Mochuelo Alto y entre el límite con el municipio de Soacha hasta el camino de Pasquilla) para la explotación de arena, recebo, piedra y arcilla, el funcionamiento de plantas productoras de ladrillo; y la destinación de zonas reservadas para la ampliación del relleno sanitario de Doña Juana. Estos proyectos se plantean en una zona que si bien se ha pretendido manejar de manera fragmentada, a partir de las divisiones político-administrativas, conforman un solo bloque, que se interrelaciona a su manera con una Bogotá urbana que la desconoce como sujeto, y que se ve obligada (aparentemente sin más) a asumir los planteamientos y directrices que desde la metrópoli se dictan para ella y sus pobladores, contemplados ambos en planos distintos, como si la realidad de la gente pudiera desprenderse por arte de magia del territorio en el que habita y transita.

Esta situación lleva a los pobladores de la vereda Santa Bárbara, y vecinos con similares características, a enfrentarse a las dificultades y obstáculos que implican, no solo el problema estructural del desarrollo y la búsqueda de su sobrevivencia, sino la recurrente necesidad de procurar "...conjugar de manera armónica y equilibrada la

provee los servicios públicos domiciliarios o por ser áreas de amenaza y riesgo), y presentan restricción frente a la posibilidad de urbanizar (Rojas, 2003).

³³ Diagnóstico Local con Participación Social de Ciudad Bolívar, Actualización 2005; Localidad 19: Ciudad Bolívar – Ficha Ambiental- 2003; Recorriendo Ciudad Bolívar. Diagnóstico físico y socioeconómico de las localidades de Bogotá, D.C, 2004; entre otros.

dimensión ambiental mediante el aprovechamiento sostenible de los recursos naturales, [y] la dimensión económica a través del uso eficiente y rentable de los recursos” (Rojas, 2003), lo que la gran mayoría de las veces les lleva a realizar inmensos esfuerzos frente al tema ambiental, a la vez que deben asumir los riesgos típicos de la producción de perecederos, principalmente alimentos, y los problemas por los ritmos propios y desregulados del mercado. Todo ello se traduce “...en un constante desmejoramiento de la calidad de vida en el campo y el uso intensivo de los recursos, especialmente del suelo, agua y vegetación natural” (Rojas, 2003) por la ampliación de la frontera agrícola y, entre otros, el uso de agroquímicos que, frente a los costos de producción limpia, abaratan la producción. A esto se agrega la precariedad del diseño y aplicación de políticas públicas destinadas a apoyar a los pobladores rurales en el cumplimiento de su papel de productores-protectores.

No obstante la importancia que adquieren el territorio y los pobladores de la zona, incluidos los de la vereda Santa Bárbara, por el papel que cumplen (productores agropecuarios, de alimentos) y el que se *espera* que cumplan (como guardianes ambientales), y la cercanía física con la Bogotá urbana, su conexión real con ella es casi nula:

El acceso a la vereda se puede realizar por las vías Usme – Sumapaz y Ciudad Bolívar – Sumapaz, acceso que, especialmente en el último caso, se dificulta significativamente debido a la no existencia de rutas de transporte público que permitan una conectividad real entre la zona rural y la urbana de la localidad, por lo que quienes habitan no sólo en Santa Bárbara sino en dos veredas más (Santa Rosa, Las Mercedes, y algunos habitantes de Pasquillita) que conforman el área rural de Ciudad Bolívar deben acceder a través de la localidad de Usme lo que implica hacer recorridos a pie de mínimo 30 minutos desde las veredas El Destino (cruzando por la Represa La Regadera de la EAAB) y El Tesoro, cuestión insospechable cuando nos referimos a una inmediatez geográfica como la que caracteriza a la Bogotá urbana y la rural.



Represa La Regadera

La vía Ciudad Bolívar – Sumapaz cruza la vereda con aproximadamente 3 kms en afirmado en regular estado³⁴, cuenta también con algunos trazados carreteables al interior de la vereda igualmente en regular estado, evidenciando la falta de mantenimiento. Además, los habitantes de esta vereda no cuentan con transporte público, por lo que deben movilizarse en carro particular, a pie o en bestia. Cuando requieren trasladarse al sector urbano, deben realizar recorridos que oscilan entre 20 minutos y hasta 2 horas y media a pie hasta la vereda El Destino, de Usme, para poder tomar transporte público. Sólo cuentan con una ruta en colectivos en mal estado, que llega hasta la vereda, los domingos a las 6 am y 4 pm, y que cobra una tarifa de \$4.000 desde el paradero ubicado en Monte Blanco hasta el desvío para la escuela de la vereda.

³⁴ Según afirmaciones de habitantes de la vereda ésta vía ha recibido presupuesto para su pavimentación en varias ocasiones, e inclusive en algunos informes sobre inversión y ejecución de presupuesto de administraciones anteriores de la localidad, se registran nueve eventos de pavimentación (Entrevistas realizadas por la autora para este estudio, 2008).



Vía local de acceso a la escuela

En cuanto a presencia institucional en la zona, se registra la participación del IDEA de la Universidad Nacional, la ULATA y la CAR con el desarrollo de proyectos y programas (a veces de manera conjunta para las localidades de Ciudad Bolívar y Usme), inscritos en la temática ambiental, y productiva (producción limpia y planeación predial). La participación de entidades privadas se ha restringido a la presencia de la UniMinuto, que vinculó algunas personas de Santa Bárbara a un proyecto de cultivos orgánicos que se implementó en algunas veredas de la localidad de Usme. No obstante, en términos generales los proyectos relacionados con el tema de producción orgánica se han visto notablemente limitados debido al poco énfasis realizado en el tema de la comercialización, y la carencia de convenios económicamente viables para la salida de los productos, por lo que varias de las personas que participaron (se vincularon principalmente mujeres), terminaron abandonando la producción limpia.

No hay presencia permanente en la zona de instituciones de educación³⁵ técnica o superior públicas o privadas que permita a los jóvenes acceder a dicho nivel educativo y permanecer en la zona. Como se enunció anteriormente, quienes deseen estudiar

³⁵ La Universidad Antonio Nariño tiene una finca en la zona, en donde los estudiantes de las sedes urbanas realizan ocasionalmente prácticas a puerta cerrada.

deben trasladarse de manera permanente a la zona urbana, ya que por la falta de rutas de transporte y otros recursos, resulta imposible movilizarse diariamente de regreso a la vereda. Esta situación, y los niveles de desempleo en la zona, estimulan la salida permanente de la población joven, que se traslada a la ciudad en busca de mejores, o sencillamente otras, condiciones de vida y acceso a recursos con los que esperan poder contribuir económicamente a sus familias.

A lo anterior, se unen como síntomas y reflejos de la invisibilidad histórica de las zonas rurales de Bogotá frente a los gobiernos distritales, la supresión de estos territorios en los mapas del distrito, la falta de información actualizada y discriminadas para las localidades que cuentan con zona rural, de realización de estudios y monitoreos frente a las condiciones de la población rural, o el desarrollo de proyectos económicos y educativos que se constituyan como alternativas reales para el crecimiento económico, el mejoramiento de la calidad de vida de los habitantes rurales, y la conexión real entre la Bogotá urbana y la rural, entre otros temas.

Parte II

CAPÍTULO III

Cocinar, limpiar, arreglar, soñar: actividades realizadas por las mujeres y sus tiempos

¿Qué papel juegan las mujeres y los hombres, de distintas edades, en las funciones de los espacios rurales? ¿Cómo las transformaciones del mundo rural están afectando a la población por género y grupos etáreos? ¿Quiénes están asumiendo y disfrutando los costos y beneficios de las transformaciones y nuevas funciones? ¿Los hombres? ¿Las mujeres? Ambos, pero de manera diferenciada? ¿De manera equitativa?

María Adelaida Farah y Edelmira Pérez ³⁶



Mujeres preparando el ordeño

³⁶ Farah, et al, 2004: 153.

Para poder comprender el papel que juegan las mujeres en la dinámica campesina –y que la dinámica campesina juega en ellas y sus proyectos de vida-, y el trabajo que ellas desarrollan allí, es necesario primero retomar lo que entendemos por familia campesina, pues ella adquiere una connotación particular por las funciones que comprende, y que han sido la base en la práctica para la división del trabajo entre sus integrantes. Así, para Casós³⁷, “La familia campesina se define como una unidad de *producción y consumo* y, por consiguiente, las actividades que la mujer realiza abarcan ambos aspectos. Sin embargo, *estas familias no son autosuficientes o autónomas*. Su *producción y reproducción* se garantizan no sólo desde la familia nuclear, sino desde las *relaciones sociales y de trabajo* que establece con otras familias (...) La familia campesina organiza sus recursos naturales y humanos en función de la satisfacción de sus necesidades productivas y reproductivas. Para esto cuenta con la mano de obra familiar que se divide internamente en base al sexo y a la edad de sus componentes” (1990:19-20).

Se proponen tres elementos del concepto necesarios para el análisis de las dinámicas de la familia campesina (Whatmore, en Sampedro, 1996: 92):

- a. Como unidad de producción y consumo, para Whatmore, las familias campesinas, en una ruralidad *eminente* agrícola³⁸, trabajan en cuatro circuitos que permiten su subsistencia y la reproducción de la *empresa agrícola*:

El trabajo agrícola, agropecuario en el caso de la vereda Santa Bárbara, en donde se producen principalmente papa, arveja, y otras verduras de clima frío, y leche cuya producción se vende principalmente a

³⁷ Los énfasis son míos.

³⁸ Si bien es necesario recordar que ésta vereda no corresponde de manera estricta a una ruralidad eminentemente agrícola, pues los elementos urbanizadores que se encuentran presentes la recomponen constantemente y tienden a distanciarla de dicho tipo de ruralidad.

comercializadoras de lácteos como Colanta, aunque las familias suelen dejar lo necesario para el autoconsumo diario.

El trabajo doméstico y de cuidado, que consiste en la prestación de servicios para la reproducción y el cuidado de la fuerza de trabajo, realizado principalmente por las mujeres, cuya distribución se realiza entre los integrantes de la familia según el sexo y la edad de cada uno de ellos.

Un trabajo no agrícola dentro de la explotación, como la confección de artesanías o la preparación de quesos y otros productos artesanales para el autoconsumo y la venta.

Finalmente, el trabajo remunerado fuera de la explotación, principalmente el jornaleo, y la venta de otros servicios, es la búsqueda de obtención de recursos monetarios a través de la inserción en el mercado de trabajo: más personas de un mismo hogar buscando ingresos (Aguirre, 2005:12).

Estos circuitos componen la estrategia de sobrevivencia de la familia, que como se anotó anteriormente, no logra ser autónoma ni autosuficiente, y que por lo tanto requiere además la modificación en las pautas de consumo, en los hábitos de compra, en las pautas dietéticas, en hábitos de preparación de alimentos y en la distribución intrafamiliar de los mismos (Aguirre, 2005: 12), para lograr ajustarse a las condiciones que les generan los cambios en las dinámicas del mercado.

- b. Como familia nuclear, en ella se manifiestan la identidad entre roles y jerarquías familiares, estructura de la organización del trabajo, unidad de poder, y se desarrolla *la gestión doméstica de los sentimientos* (Bruner referenciado por Lipszyc, 1996:37); "... es el primer agente socializador. Como tal es el primer espacio donde se articula lo individual con lo social general a través de la internalización de representaciones, roles y pautas

construidos por el conjunto social. La familia es el primer transmisor y reproductor de las jerarquías sociales, de la autoridad y de la desigualdad” (Lipszyc, 1996:36-37); las reglas que ordenan su funcionamiento interno son más bien rígidas y controladas familiar y comunitariamente. Estas formas familiares campesinas se caracterizan por dejar un mínimo margen al individualismo económico y por la inexistencia de una división clara entre lo que es público/común y privado/personal al ejercer, y ser objeto de un profundo control social sobre las conductas personales, a partir de un marco moral basado en consideraciones sexuales o familiares (Sampedro, 1996:70).

- c. Las relaciones sociales y de trabajo con otras familias permiten el sostenimiento de la familia campesina, a través de la participación en relaciones de intercambio y reciprocidad como redes de apoyo vecinal, la generación de respuestas grupales, trabajos voluntarios o al servicio de la comunidad, vitales para lograr la satisfacción de las necesidades cotidianas. Así mismo, puede incluirse aquí la realización de arreglos de convivencia que les han permitido optimizar el uso de los recursos existentes, manifiesto en el incremento de la complejidad de las estructuras familiares -monoparentales, filioparentales, trigeracionales-, aumentando aquellas asociaciones que permiten integrar en un mismo grupo el peso de personas dependientes (Aguirre, 2005: 12)

3.1 División del trabajo al interior de las familias de la vereda Santa Bárbara

Se ha referido anteriormente que la división del trabajo al interior de las familias campesinas se realiza a partir de la consideración de dos variables: sexo y edad. Así,

respondiendo al modelo de división sexual del trabajo *tradicional*, los hombres asumen aquellas actividades productivas consideradas como principales y fuertes, mientras que las mujeres asumen las tareas domésticas y de cuidado, y aquellas productivas consideradas *complementarias*, vistas en su mayoría como tareas livianas. Igualmente, esta distribución de actividades está relacionada con la edad, ligada a su vez con el estado civil y momento de formación como fuerza de trabajo: no se asume la misma responsabilidad y cargas sobre las tareas y actividades asignadas si se considera que no se está en la edad adecuada para ello.

Con el fin de evidenciar en qué consiste la división sexual local del trabajo, se realizó una clasificación inicial de las actividades relacionadas en las encuestas aplicadas en la vereda Santa Bárbara, en cuatro grupos:

- Trabajo de mercado: incluye las actividades que generan una remuneración incluyendo la venta de la fuerza de trabajo y aquellos dirigidos a la producción agropecuaria para la venta.
- Trabajo doméstico y de cuidado: actividades destinadas a la reproducción y cuidado de la fuerza de trabajo familiar.
- Estudio y formación: actividades relacionadas con la formación intelectual y técnica.
- Recreación, deporte y ocio: actividades destinadas al descanso y el sostenimiento de las relaciones sociales y familiares.

Esta clasificación inicial se realizó con el ánimo de recoger información acerca de la división sexual del trabajo al interior de las familias, que además permitiera vislumbrar su relación con variables como la edad y el estado civil y captar consideraciones sobre cuáles son las actividades principales, y sobre el grado de responsabilidad de cada uno de los integrantes de la familia sobre todas ellas.

Así, encontramos que las actividades anotadas por las mujeres como más usuales, se relacionan principalmente con el trabajo doméstico y de cuidado, entendidas como todas aquellas requeridas para la preparación de alimentos, mantenimiento de la casa, cuidado de niños y niñas, adultos mayores, personas enfermas, discapacitadas y otras dependientes. En cambio, para los hombres la participación en este tipo de trabajo se reduce a hacerlo *ocasionalmente* con tareas puntuales como lavar la loza de la comida consumida, trabajar en la huerta casera, y rajar la leña, esta última considerada como una tarea fuerte correspondiente a los hombres. Tanto para mujeres como hombres sin pareja y sin hijos, la participación en la realización de tareas de trabajo doméstico y de cuidado es menor, consideradas como ayudas, lo que evidencia que la responsabilidad sobre las mismas no se asume directamente, aún cuando están relacionadas con el mantenimiento y la organización de sus propios espacios y pertenencias (habitaciones, camas, ropa). En el caso de los hombres, el asumir ciertas tareas domésticas y de cuidado, como la preparación de alimentos y realizar otras actividades consideradas como propias de las mujeres, sólo tiene lugar cuando las mujeres no están³⁹ - aunque se evidenció que ellas procuran en lo posible dejar dichas tareas realizadas según las circunstancias, pues las reconocen como *su* responsabilidad- (ver Cuadro 4.1-1).

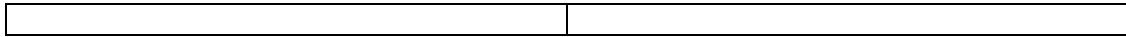
Han sido las mujeres, especialmente aquellas con pareja y/o hijos, quienes han asumido la responsabilidad de responder, como afirma Carrasco (2003:9), al llamado de las necesidades de la naturaleza humana, no en el momento en el que las tareas requeridas son más fáciles de realizar, sino cuando las necesidades mismas aparecen.

Cuadro 4.1-1 Listado de actividades cotidianas generales realizadas por mujeres y hombres, con pareja y/o hijos, y sin pareja y sin hijos

Mujer con pareja y/o hijos	Mujer sin pareja y sin hijos
<u>Trabajo doméstico y de cuidado:</u> Preparar alimentos Recoger leña Mantener la huerta	<u>Trabajo doméstico y de cuidado:</u> Arreglar habitación Ayudar a preparar comida-onces Ayudar a arreglar casa

³⁹ Situación referenciada igualmente por Carrasco: 2003,9.

<p>Lavar loza Lavar ropa Planchar Organizar uniformes Arreglar casa Cuidar niños Cuidar adulto mayor o discapacitado Alimentar animales pequeños (perros, gatos, gallinas)</p> <p><u>Trabajo de mercado:</u></p>	<p><u>Trabajo de mercado:</u> Separar terneros</p> <p><u>Estudio y formación:</u> Asistir al colegio Estudiar-hacer tareas</p>
Mujer con pareja y/o hijos	Mujer sin pareja y sin hijos
<p>Apartar terneros Entregar leche Ordeñar y poner pastos al ganado Alimentar animales pequeños (gallinas) Sacara ovejas Hilar Llevar almuerzo a trabajadores</p>	
Hombre con pareja y/o hijos	Hombre sin pareja y sin hijos
<p><u>Trabajo doméstico y de cuidado:</u> Ayudar en la cocina Trabajar en la huerta Rajar leña</p> <p><u>Trabajo de mercado:</u> Ir a trabajar (se refiere al trabajo agropecuario remunerado) Ordeñar Poner pastos al ganado Apartar terneros Lavar cantinas Hacer y mantener cercados</p>	<p>• Estudiantes: <u>Trabajo doméstico y de cuidado:</u> Lavar su ropa Recoger y rajar leña Ayudar a trabajar en la huerta Arreglar habitación Ayudar a arreglar casa y tender camas</p> <p><u>Trabajo de mercado:</u> Ordeñar Ayudar a separar terneros Ayudar al papá (a <i>trabajar</i>)</p> <p><u>Educación y formación:</u> Asistir al colegio Estudiar-hacer tareas</p> <p>• Jornaleros: <u>Trabajo doméstico y de cuidado:</u>Preparación de alimentos*</p> <p><u>Trabajo de mercado:</u> Ordeñar Ir a trabajar Separa terneros* Mantenimiento del ganado*</p> <p>* Estas tareas las realiza sólo cuando no se encuentran trabajando como jornaleros</p>



En cuanto al trabajo de mercado parece existir *uno sólo* en el consenso general, correspondiente a aquel que implica una vinculación laboral (se refiere a la contratación de la fuerza de trabajo generalmente realizada por acuerdo verbal) o que está inscrito como actividad principal –fuente principal de ingresos familiares-, cuya ejecución es denominada concretamente *Ir a trabajar*. De manera separada se relaciona la realización de tareas que, aun siendo igualmente fuente de ingresos familiares, se consideran como complementarias. En ellas, principalmente en la producción lechera, parecen participar mujeres y hombres de una manera más *igualitaria*, aunque para hombres y mujeres sin pareja y sin hijos la responsabilidad sobre estas tareas es menor, y se identifica como una ayuda.

Otras actividades que corresponden al trabajo de mercado, consideradas como complementarias, y que son asumidas por las mujeres, particularmente aquellas con pareja y/o hijos, son la elaboración de tejidos artesanales -incluye el proceso de cuidado y sostenimiento de las ovejas- y la recolección y venta de huevos y gallinas; así mismo se anota el transporte de alimentos a trabajadores, quienes contratan el servicio con las mujeres de la explotación donde trabajan, y que representa prácticamente el único ingreso que ellas identifican como propio⁴⁰.

Sólo hombres y mujeres sin pareja y sin hijos registran como actividades –principales, por demás- aquellas destinadas a su formación intelectual y técnica, y que corresponden en todos los casos a los estudios de secundaria.

Al indagar sobre las actividades que cada quien, dentro del universo de mujeres y hombres considerados hasta el momento en este aparte, realiza en el tiempo libre, relacionadas con actividades de recreación y ocio, y la práctica de deportes, se

⁴⁰ Aún cuando se destina a cubrir gastos relacionados especialmente con los hijos, como compra de ropa o utensilios escolares.

encontró que algunas mujeres y hombres con pareja y/o hijos afirmaron no contar con tiempo libre. En general, los y las entrevistados inscribieron alguna actividad de recreación, deporte y tiempo de ocio, varias de las cuales corresponden a tareas relacionadas con el trabajo doméstico y de cuidado o el trabajo de mercado –, en los casos de las mujeres y hombres con pareja y/o hijos. Por el contrario, mujeres y hombres sin pareja y sin hijos relacionaron solo actividades recreativas como ver t.v., realizar visitas, practicar algún deporte –las actividades de este tipo registradas por las mujeres son de tipo familiar o realizables dentro del ámbito doméstico, mientras que aquellas registradas por los hombres de este grupo, son realizadas fuera del ámbito doméstico e implican menor contacto familiar-. Dentro de las actividades registradas por las mujeres de este último grupo, se encuentra el jugar con hermanos, actividad que puede ser igualmente identificada como trabajo de cuidado al considerar las diferencias en edad entre los hermanos que participan en el juego y la intención con la que se realiza la misma actividad, pues el juego puede funcionar como medio para el cuidado, para el trabajo de cuidado⁴¹ (ver Cuadro 4.1-2).

Igualmente, dentro de las actividades recreativas registradas por los hombres con pareja y/o hijos, se encuentra realizar viajes a la Bogotá urbana, aun cuando estas visitas suelen tener como fin hacer mercado, realizar compra de ropa para los integrantes de la familia, y pocas veces comprende realmente un viaje recreativo.

Cuadro 4.1-2 Listado de actividades consideradas como de recreación, deporte y tiempo de ocio, realizadas por mujeres y hombres, con pareja y/o hijos, y sin pareja y sin hijos

Mujer con pareja y/o hijos	Mujer sin pareja y sin hijos
Sin tiempo libre <u>Trabajo doméstico y de cuidado:</u> Jardinear Jugar con hijos Trabajar en la huerta Hacer tareas con hijos	<u>Recreación, deporte y ocio:</u> Pintarse las uñas Leer Ver t.v. Visitar familiares Jugar baloncesto Jugar con hermanos

⁴¹ Sin que ello signifique que no median en la actividad los lazos sentimentales existentes entre los hermanos- u otros familiares.

<u>Trabajo de mercado:</u> Tejer <u>Recreación, deporte y ocio:</u> Dormir Leer Ver el paisaje Visitar familiares	
Mujer con pareja y/o hijos	Mujer sin pareja y sin hijos
Caminar Campeonato de tejo Ver t.v.	
Hombre con pareja y/o hijos	Hombre sin pareja y sin hijos
Sin tiempo libre Ir a Bogotá <u>Trabajo doméstico y de cuidado:</u> Revisar cuadernos de los niños <u>Recreación, deporte y ocio</u> Escuchar música Ver t.v. Descansar Visitar familiares Ver el paisaje Tomar cerveza Pasar el tiempo Caminar Ir a pescar	<u>Recreación, deporte y ocio</u> Ver t.v. Salir con amigos Jugar billar o tejo Tomar cerveza Jugar fútbol Montar bicicleta Ir a pescar

Existen varias circunstancias que tienden a volver más difícil y compleja la clasificación de ciertas actividades como trabajo –doméstico y de cuidado, particularmente-, por considerar que esta clasificación significa desconocer, o desvalorizar, la existencia de lazos sentimentales, la unión del amor, su contenido de amor filial; por otra parte, la realización simultánea de trabajo doméstico y de cuidado, conlleva a que este último tienda a desaparecer por no ser realizado de manera *concreta*, en exclusiva. Esta última situación tiende a agudizarse especialmente durante el día domingo, día de descanso, pues el trabajo de cuidado no se percibe al considerar que el estar con los

niños y otros dependientes, hace parte del *estar*, porque ellos *sencillamente forman parte del hogar* (Carrasco, 2003:11).

Tamaño de las familias, composición según sexo y edad

Las 14 familias campesinas registradas para este estudio están integradas por 28 mujeres y 31 hombres, que conforman 11 familias nucleares⁴² (de las cuales 2 están compuestas sólo por la pareja de conyugues, 1 compuesta por madre e hijo), y 3 familias extensas⁴³; en donde el promedio de integrantes por familia es de 4 personas, si bien su número varía entre 2 y 9 personas.

Están conformadas principalmente por personas en edad adulta (de 25 a 64 años: 11 mujeres y 12 hombres), seguidas por niños y niñas (de 5 a 12 años: 6 mujeres y 5 hombres), mientras que los grupos menos representativos son los de tercera edad o adultos mayores (de 65 y más años: 2 mujeres y 3 hombres), infantes (de 0 a 4 años: 2 mujeres, 4 hombres), adolescentes (de 13 a 18 años: 4 mujeres y 4 hombres) y jóvenes (de 18 a 24 años: 3 mujeres y 3 hombres). Es probable que la menor participación de los grupos de adolescentes y jóvenes se relacione con su migración hacia la Bogotá urbana con el fin de participar en el mercado laboral y acceder a otros niveles de educación, pues no es posible hacerlo en la zona; aunado al proceso de desvalorización de la actividad agraria que les impulsa a buscar una nueva identidad a través de la ruptura con ella y *con el medio rural* (Sampedro, 1996:80).

Al interior de estas familias, extensas y nucleares, se registran entre una y tres personas dependientes, sean estas niñas/os, adultos mayores o discapacitados, y una familia está compuesta por una pareja de adultos mayores quienes a pesar de recibir ayudas económicas por parte de sus descendientes, deben buscar formas de complementar la cobertura de ciertas necesidades, especialmente de cuidado, para lo cual se apoyan en algunas familias vecinas. En estas familias, son las generaciones mayores o intermedias quienes asumen el sustento. Sólo tres familias no registran aparentemente personas dependientes a su cargo, afirmación que no resulta del todo

⁴² Generalmente comprende padres e hijos.

⁴³ Corresponden a aquellas cuyos integrantes pertenecen a más de dos generaciones, por lo general tres. Llamadas también trigeracionales.

cierta si consideramos la propuesta de Carrasco (2003 y 2005) de asumir que los hombres, más allá de la edad o situaciones de enfermedad o discapacidad, se comportan como personas dependientes al exigir y esperar para ellos cierta prestación de servicios de cuidado. La carga de personas dependientes al interior de la familia determina la disponibilidad y distribución del tiempo por parte de aquellas personas que asumen las responsabilidades del cuidado: “El hecho de tener niñas/os pequeñas, o personas mayores o enfermas que cuidar, naturalmente limita las posibilidades de disponer de tiempo para otras actividades, en particular, si estas actividades tienen horarios o jornadas poco compatibles con las tareas de cuidado” (Carrasco, 2005:55-56), lo que ha restringido principalmente la movilidad de las mujeres. Esta es posible (aún cuando limitada) sólo por un corto período, el “...de su vida potencialmente activa, aquella que transcurre antes del matrimonio, momento en el que las obligaciones domésticas y toda una serie de sanciones morales asociadas a las mismas actúan para anclar a la mujer en el entorno local” (Sampedro, 1996:201).

Dicha composición familiar –número de personas, sexo y edad- determina, entre otros aspectos, las cargas de actividades a desarrollar y las responsabilidades sobre las mismas: “...el tamaño del hogar –dado por el número de miembros que lo integran- ejerce también una influencia considerable sobre la forma como las personas distribuyen su tiempo. Esta influencia se ejerce (...) en conjunción con otros factores, como son: la composición por sexo y edad del grupo familiar, el nivel de ingreso de la familia, la dotación relativa de aparatos electrodomésticos, etc.” (OIT, 1984:26). Visto así encontramos entonces que, siguiendo a Sampedro, “La familia campesina, que se suponía ideológicamente un espacio social de colaboración y complementariedad frente a las fuerzas ‘externas’ del mercado, se revela ahora como lugar de relaciones fuertemente jerarquizadas según categorías de edad y sexo” (Sampedro, 1996:76):

Las tareas domésticas y de cuidado se distribuyen –porque así corresponde a la norma- entre el total de mujeres, cuyos alcances y responsabilidades se establecen según su edad y su actividad principal, y así cada una de ellas debe distribuir su tiempo para la

realización de las distintas tareas que le corresponden y aquellas que *desea* hacer. Si bien los hombres en edad escolar suelen asumir la realización de ciertas actividades domésticas relacionadas directamente con el mantenimiento de su espacio (habitación) y pertenencias -y ocasionalmente algunas labores adicionales prestadas como *ayuda*-, no asumen tareas de cuidado, y a medida que van creciendo y que se integran al trabajo agropecuario u otro trabajo remunerado van disminuyendo su participación en dichas actividades domésticas, que pasan a ser asumidas principalmente por las madres, quienes son mayoritariamente las mujeres cuidadoras. Esto no implica que los hombres no lleguen a realizar trabajo de cuidado, pero en términos generales lo desarrollan cuando llegan a ser adultos mayores⁴⁴ y salen del trabajo de mercado (lo sustituyen), mientras que las mujeres realizan todos los trabajos de manera paralela: el doméstico, de cuidado, y de mercado aun cuando su vinculación sea temporal (Carrasco, 2003:9).

Así mismo, la composición determina la capacidad familiar de asumir con mayor o menor participación de mano de obra familiar las tareas que componen la actividad agropecuaria⁴⁵, y la necesidad de contratar jornaleros adicionales o de generar estrategias de participación en la producción agropecuaria con vecinos u otros familiares presentes en la zona. La mano de obra familiar no suele contemplar el pago del día de trabajo o jornal, sino que asume la producción y los ingresos como familiares, destinados para reabastecer los insumos de la actividad, la ampliación de la misma (compra de terrenos, compra de ganado, por ejemplo), pago de deudas, inversiones en infraestructura para la finca, y gastos familiares generales, entre otros. Así mismo, la vinculación de terceros (vecinos u otros familiares) en la producción agropecuaria adquiere variadas formas y niveles de participación determinadas por los recursos de

⁴⁴ Los adultos mayores son considerados como inactivos en todo sentido, al igual que las personas discapacitadas, no obstante ambos grupos suelen realizar trabajo de cuidado donde las responsabilidades adjudicadas corresponden al nivel de sus capacidades físicas y mentales, lo que implica casi *siempre estar pendientes* de los niños, alimentar animales domésticos o *vigilar* la comida mientras está en cocción.

⁴⁵ Lo que implica el menor pago en jornales. Estas son asumidas principalmente por los hombres si corresponden a la actividad económica principal, mientras que las mujeres entran a participar, o intensifican su participación, si las condiciones económicas de la explotación así lo exigen.

los que disponen los participantes: una de esas formas es llamada *codillo*, en la que una parte pone la tierra y el trabajo, y la otra parte pone la semilla y el abono.

Los jóvenes que no migran hacia la Bogotá urbana buscan participar de estas formas de asociación para lograr ingresos individuales, de los que participan en menor porcentaje a su familia, como forma de construir su propio capital para el momento en que ellos mismo conformen nuevas familias. Para las mujeres, lograr estos ingresos individuales resulta más complicado pues su participación en tareas remuneradas es mínima, y se restringe básicamente a actividades de tipo doméstico como la preparación de alimentos para trabajadores o el aseo de sus ropas, y cuya remuneración es limitada en comparación con los ingresos masculinos en las otras actividades. No obstante, la familia campesina no da un gran margen a los ingresos individuales, pues los ingresos de cada integrante de la familia suelen considerarse parte de los recursos totales tanto para sostener la *empresa* como para el mismo sustento familiar.

Estado civil

El hecho de encontrarse casado/a o en unión libre, de estar viudo/a o soltero/a, si bien afecta la distribución individual del tiempo entre actividades, lo hace principalmente por el tema de la responsabilidad: "...el estado civil tiende a estar asociado a un conjunto diferenciado de responsabilidades u obligaciones para consigo mismo y para con la familia o el grupo social en el cual se interactúa" (OIT, 1984:24). Dichas obligaciones y responsabilidades no solo se refieren al *cumplimiento* a través de la realización de tareas y actividades determinadas, sino también al sostenimiento de una imagen a través del respeto y sumisión a los modelos preestablecidos social y culturalmente.

Las mujeres jóvenes solteras⁴⁶ (de las 15 mujeres solteras registradas, 2 son madres solas⁴⁷) deben dedicar algún tiempo a las actividades domésticas y de cuidado – dedicación que va en aumento conforme crecen pero que en todo caso encuentra un límite pues la responsabilidad principal recae sobre su propia madre-, y pueden destinar su tiempo libre a otras actividades como prácticas de deporte, reunirse con algunas amigas, ir de visita. Estas actividades muestran un gran contraste con las realizadas por los hombres solteros (17) para quienes el tiempo libre, y su liberación de tareas domésticas, van en aumento a medida que crecen y se vinculan a trabajos remunerados o a la actividad principal de la explotación familiar, lo que siempre implica una mayor apertura en cuanto a las posibles actividades por realizar y espacios en los cuales estar. Van a jugar billar o tejo, a tomar cerveza con los amigos con los cuales se ausentan varias horas y hasta días sin que ello ponga en peligro su buen nombre o su honor, van de pesca o a jugar fútbol a otras veredas, actividades que implican una mayor integración e interacción social frente a las realizadas por las mujeres que se encuentran aparentemente en condiciones similares.

Las mujeres casadas (5) o en unión libre (6) se encargan de tiempo completo del funcionamiento del hogar, tengan hijos o no, de satisfacer las necesidades de cuidado de los integrantes de su familia (el bienestar de su familia es *su* responsabilidad...), por lo tanto la disponibilidad de tiempo libre o la oportunidad de realizar trabajos o tareas remuneradas se encuentran muy limitadas por el cumplimiento de las obligaciones domésticas y de cuidado, entre las que se cuenta además sostener la imagen de un hogar respetable, basado en el honor de la mujer *casera*; todas ellas constituyen las demandas de la vida familiar (Aguirre, 2005:10). *Ser* esposa –quien suele ocuparse

⁴⁶ Excepto aquellas que son madres solas para quienes las responsabilidades las determina el hecho de su maternidad, y cuyo nivel de responsabilidad y obligaciones se equiparan al de las mujeres casadas o en unión libre, y aún cuando no cuentan con esposo o compañero, deben *rendir cuentas* al padre o jefe del hogar correspondiente, especialmente porque en general conviven con sus progenitores y componen las familias extensas de la zona.

⁴⁷ En este documento se empleará el término *madre sola* para referir a aquellas mujeres que asumen solas a sus hijos, en lugar del comúnmente empleado *madre soltera*, por considerar que éste busca hacer referencia explícitamente al estado civil de la madre, expresamente al estar *casada* como situación deseable y esperable, según los modelos o normas tradicionales sobre familia, para la llegada de la maternidad, y que por lo tanto tiende a condicionar aquellos elementos que se desean resaltar más allá.

como ama de casa- implica socioculturalmente en este tipo de contextos, ser madre –o *buscar serlo-*, asumir la responsabilidad de la unidad de producción y de consumo familiar, y de la construcción social del ser mujer. Asumir la dirección de una familia desde la vida doméstica pareciera ser la máxima expresión de sus roles, pues este *ser* tiende a sentirse y vivirse como el cumplimiento del papel para la complementariedad mutua que destina a la pareja mujer-hombre como guardianes de la reproducción social y económica de la familia, a través del cumplimiento de los roles asignados tradicionalmente (Casós, 1990:20).

Mientras tanto, las responsabilidades de los hombres casados (5), en unión libre (6) e incluso separados (1) radican en gestionar los ingresos familiares *principales* para el sostenimiento de la *empresa agropecuaria* y de la familia. De tal atribución se deriva una mayor disposición de tiempo libre que siempre es posible emplear en la realización de actividades que estimulan la interacción e integración social como las reuniones con amigos, y la mayor disponibilidad de tiempo para realizar actividades deportivas o descansar. Su trabajo cuenta con un horario y una valoración social que justifican el acceso a tiempo libre para descansar y a los cuidados y a atenciones brindadas por las mujeres, y demás integrantes considerados dependientes, de su familia.

En cuanto a las mujeres (2) y hombres (2) viudos registrados, estos corresponden a adultos mayores cuyas labores principales están relacionadas con brindar apoyo a la realización de ciertas tareas domésticas y de cuidado como la preparación de alimentos o el cuidado de los niños, especialmente cuando estos se encuentran muy pequeños y son más fácilmente *controlables*. Sobre ellas y ellos ya no recaen las obligaciones de las personas casadas, en unión libre o separadas –como responsables principales de las familias- pero representan una fuente importante de autoridad y experiencia frente a los más jóvenes y otros dependientes.

Las mujeres registran como nivel educativo principal la secundaria incompleta (10), seguido por primaria completa (6) y preescolar (5), tan sólo 2 mujeres cuentan con secundaria completa, ninguna ha realizado estudios técnicos o superiores, y 3 nunca recibieron educación formal. Mientras que para los hombres la primaria completa es el nivel educativo principal (9), seguido por secundaria incompleta (7) y primaria incompleta (6), 4 cursan preescolar (uno de ellos, es menor de un año), mientras 3 han realizado estudios secundarios completos, ninguno ha realizado estudios técnicos o superiores, y 2 nunca accedieron a la educación formal.

Estas cifras evidencian un cambio en la mentalidad local frente a la valoración de la educación formal –como fuente de oportunidades- y el acceso a la misma en básica primaria y secundaria; pero también las limitaciones insuperables frente al acceso a niveles de educación superior y técnico.

Las personas que no recibieron ningún nivel de formación en instituciones de educación formal cuentan con más de 65 años -a excepción de una mujer de 30 años que sufre un tipo de discapacidad mental-, relacionado esto con la ausencia generalizada de centros educativos en las distintas zonas rurales de las cuales provenían sus familias, y con las dificultades económicas que representaba el acceso a los centros educativos de las zonas urbanas.

Actualmente, para las y los jóvenes y adolescentes el acceso a la educación secundaria es relativamente fácil debido a la ubicación de un colegio en la vereda El Destino, localidad de Usme; sin embargo, económicamente⁴⁸ no siempre resulta viable su sostenimiento. El aumento en el nivel educativo se valora como una posibilidad para el mejoramiento de los ingresos familiares, en cuanto tiende a favorecer el conseguir

⁴⁸ En términos generales, los estudiantes suelen asumir otros costos que implica la asistencia a este centro educativo, como los largos recorridos a pie que deben realizar.

trabajos mejor remunerados, aún cuando esto significa migrar, el abandono de la actividad agropecuaria y la disminución de mano de obra disponible en la localidad. Con la intención de continuar estudiando, y en busca de mejores condiciones, los jóvenes se trasladan a la Bogotá urbana, a vivir donde algún familiar, respaldados por el esfuerzo que para lograr su manutención realiza su familia. En algunos casos ni los jóvenes ni sus familias logran resistir y se produce el retorno a la vereda y al trabajo agropecuario y doméstico; mientras que en los casos en que los jóvenes se sostienen en la Bogotá urbana, lo hacen a través de la vinculación a trabajos no calificados.

Ocupación principal

El grupo de estudiantes, compuesto por 12 mujeres y 10 hombres, es el más grande en cuanto al tema de ocupación principal. Estos dependen económicamente de los padres y están sujetos a su autoridad; su tiempo debe ser principalmente destinado a asistir al centro educativo y a la realización de las tareas fuera de los horarios de clases, ya que la principal responsabilidad es responder en ese campo cuya efectividad se evalúa a través de las notas. Esta tendencia a que los estudiantes dediquen su tiempo principalmente a la formación, ha incrementado el trabajo de las mujeres – madres- (Farah, et al, 2004:146), no solo el doméstico y de cuidado, sino también el de mercado, pues al disminuir el nivel de participación de este grupo en las actividades generales requeridas en la explotación agropecuaria familiar, la carga global de trabajo de la mujeres tiende a intensificarse, pues resultan ser ellas quienes absorben la responsabilidad de realizar todas aquellas tareas que no incluye el trabajo de mercado realizado por los hombres, pero que requiere ser ejecutado.

Como amas de casa se inscribieron 12 mujeres, lo cual no significa necesariamente que ellas se encuentren desvinculadas del trabajo agrario familiar, sino que más bien, como afirma Sampedro, esta autocalificación responda "...a una interiorización de una cierta imagen social" (1996:378), pues es cierto que de manera independiente al contenido de las actividades y tareas realizadas en especial por estas mujeres, ellas tienden a

considerarse como pertenecientes "...al orden de lo doméstico, y consecuentemente su estatus social y profesional tiende a percibirse como derivado de su condición familiar – de esposa o hija de agricultor- y no de su papel o cualificación laboral" (Sampedro, 1996:76). Para el ama de casa, su principal responsabilidad radica en la realización de tareas domésticas (entre las cuales se incluyen varias que en realidad corresponden a trabajo de mercado) y del trabajo de cuidado de los integrantes de su familia. El horario de su jornada de trabajo se extiende tanto como las necesidades de su familia y la realización de otro tipo de actividades se encuentra condicionada socio-familiarmente y se considera adicional a su responsabilidad principal. Su espacio de trabajo corresponde al ámbito doméstico, y modela fuertemente la identidad de las mujeres al superar las actividades para modelar el carácter, direccionar virtudes y vincularlas a través del fortalecimiento de los lazos afectivos.

Entre las mujeres se registraron una líder comunitaria, que participa activamente en los diferentes procesos organizativos de su localidad, y una "generadora de aseo", vinculada laboralmente a una empresa. Para estas mujeres la apropiación de la autocalificación de *amas de casa* se desvirtúa, aún cuando ello no signifique dejar de asumir la responsabilidad principal sobre las tareas domésticas y de cuidado realizadas por quienes se autocalificaron como *amas de casa*. Si bien esto significa cambios en su estatus social, dicho cambio no logra ser permanente. Así sucede en el caso de la generadora de aseo, para quien su actual estatus depende de su vinculación laboral: si pierde el empleo y no consigue otro, seguramente se autocalificará como *ama de casa*, y no se reconocerá ni siquiera como *desempleada* aun cuando se encuentre buscando empleo.

Esto no ocurre con la líder comunitaria, para quien su ocupación principal está ligada a su disposición para participar en los procesos organizativos de su comunidad y en aquellos que de manera constante buscan transformar las condiciones de su entorno, como el proyecto de declarar la zona como área de protección ambiental, lo que eliminaría toda posibilidad local de producción agropecuaria y pondría fin al medio de

subsistencia de sus habitantes. Así, mientras el interés por participar de dichos procesos se mantenga, su estatus social se mantendrá también, estatus que por cierto ha sido difícil de adquirir pues se trata de un *asumirse* poco común y casi revolucionario entre las mujeres de la zona, quienes suelen responder a un modelo tradicional que las asigna a roles domésticos.

Para los hombres jóvenes y adultos que no se encuentran estudiando, la principal ocupación está relacionada con la producción agropecuaria -considerada fuente principal de ingresos- ya sea como agricultores (3), jornaleros (8) o comerciantes pecuarios (1). La distinción entre agricultores y jornales radica en la forma de tenencia sobre la explotación familiar: agricultores no son sólo aquellos que cultivan la tierra, sino que su denominación indican que son propietarios de la tierra que trabajan, mientras que los jornaleros son aquellos que no son dueños de la tierra y que venden su fuerza de trabajo. Entre ellos se cuentan hijos de propietarios, cuidanderos y arrendatarios.

Agricultores, jornaleros y comerciantes pecuarios, realizan su trabajo en potreros y lotes de la finca o de otras fincas, su horario de trabajo lo determina el ciclo natural del día y la noche, que puede tornarse más o menos exigente según la época productiva del año (ciclo de los cultivos), pero que al finalizar entrega al hombre la posibilidad de descansar. Son quienes reciben y destinan los ingresos familiares, distribuyéndolos entre los gastos para la sobrevivencia de la empresa y la familia, con un margen destinado a sus gastos personales, aun cuando las mujeres, esposas y madres particularmente, participan activamente en el control de los recursos, en la organización, obtención y distribución de la producción familiar.

Dentro del grupo de personas registradas se encuentran adultos mayores (1 mujer y 2 hombres), personas con algún tipo de discapacidad (1 mujer y 1 hombre) e infantes (4 hombres), considerados como inactivos en todos los sentidos.

La pertenencia y el autoreconocimiento frente a estas ocupaciones principales, permiten ver más allá de las tareas que implican, pues evidencian la relación que el individuo mantiene con los medios de producción, supone una distribución de tiempos, e incluso pone sobre la mesa la jerarquización que cada persona –aunque socialmente construida- aplica a las tareas que desarrolla ligada a la valoración sociocultural de las mismas y que ubica a la persona, contribuyendo a la construcción de su identidad.

Tenencia de la tierra

De las 14 familias a las que venimos refiriéndonos, 6 son propietarias de las tierras en las que viven y trabajan, mientras que 8 aparecen como arrendatarias o cuidanderas. Estas formas de tenencia de las familias sobre la tierra, determinan su capacidad de maniobra sobre ella como medio de producción, y condicionan el acceso a otros recursos e incluso la división del trabajo al interior de la familia. Las familias propietarias, e inclusive las arrendatarias, pueden planificar las actividades productivas con mayor autonomía y tomar decisiones sobre las mismas. En las familias de cuidanderos los integrantes de la familia deben buscar trabajo fuera de la explotación y no tienen autonomía en la toma de decisiones frente a la actividad económica. Cuidanderos y arrendatarios están sujetos a las decisiones de los dueños de la finca, deben salir en el momento en el que se les indique, presentan mayor movilidad. Dentro de la vereda estas familias se rotan según la disponibilidad de las tierras y los arreglos logrados con los dueños.

3.2 Clasificación de las actividades y tiempos de las mujeres

Clarificar qué actividades componen al trabajo doméstico y al de cuidado, y cuáles corresponderían a otro tipo de clasificación de actividades, es una de las mayores dificultades sobre la que debe trabajarse al concentrarnos en las mujeres y la distribución de sus tiempos. No son pocas las propuestas realizadas sobre este tema, particularmente por economistas feministas que se han interesado por las Encuestas de

Uso del Tiempo (EUT), diseñadas con el fin de incluir en términos monetarios los cálculos sobre los aportes realizados por los distintos trabajos no remunerados en las cuentas nacionales.

No obstante, estas propuestas (tomadas individualmente) no parecen responder a las necesidades evidenciadas en el uso del tiempo por parte de las mujeres de la vereda Santa Bárbara, así que a continuación, me permito presentar una propuesta de clasificación de actividades basada principalmente en el trabajo de Carrasco (2005:65), cuya descripción se nutrió con las propuestas de autoras como Aguirre (2005), Araya (2005), Carrasco (2005), García (2005), OIT (1984) y Rueda (1986), entre otras, y alimentada a modo de complementación con tareas que inicialmente las otras propuestas no contemplan, y que resultan particulares del contexto rural, en este caso campesino con vocación agropecuaria.

Cuadro 4.2-1 Clasificación de actividades y descripción de cada grupo

Clasificación de las actividades	Descripción
Necesidades y cuidados personales	Todas aquellas actividades de cuidado personal que se realizan de manera autónoma: bañarse, vestirse, alimentarse, asearse, dormir, etc.
Trabajo de mercado	Se refiere al trabajo remunerado desarrollado en los ámbitos doméstico y extradoméstico, por lo que incluye además del trabajo con vinculación laboral (VL), e incluso de contratación informal de la fuerza de trabajo (CI), aquellas actividades realizadas para la elaboración de productos destinados a la venta y generadoras de ingresos consideradas como complementarias a la actividad económica principal y que se suelen realizarse dentro del ámbito doméstico, dentro de los límites de la unidad de explotación (PA)
Estudio y formación	Actividades realizadas en primera persona destinadas a la formación intelectual y técnica
Participación comunitaria y trabajos voluntarios	Voluntariados (prestados a no familiares a través de una organización laica o religiosa), trabajos gratuitos y altruistas, al servicio de la comunidad, reuniones de organizaciones comunitarias, otros similares
Trabajo doméstico	Trabajo dirigido a la alimentación: compra y arreglo de víveres, cultivo y mantenimiento de la huerta casera, preparación de

Clasificación de las actividades	Descripción
	<p>alimentos y tareas requeridas, aseo de loza, ollas, comedor, cocina y demás relacionados. Recoger y rajar leña, comprar gas (u otro combustible destinado a la preparación de alimentos)</p> <p>Trabajo dirigido al mantenimiento de la vivienda: barrer, trapear, encerar, limpiar el polvo, tender camas, arreglar cuartos, lavar baños, arreglos locativos, mantenimiento de instalaciones como tanque para almacenamiento de agua y canales de aguas lluvias, cuidado de animales domésticos, jardinear, sacar o tirar la basura, acarrear agua</p> <p>Trabajo dirigido al arreglo de ropas: lavar, planchar, doblar, guardar, remendar, limpieza de zapatos</p>
Trabajo de cuidados	<p>Dirigido a niños, enfermos, discapacitados y adultos mayores: alimentación, cuidado y vigilancia, arreglo de uniformes, visitas al médico, llevarlos y recogerlos de la guardería y escuela, reuniones de padres de familia, jugar, llevarlos a pasear, ayudarles con el aseo personal</p> <p>Cuidado de las tareas escolares</p> <p>Toda tarea de socialización</p>
Tiempo libre, ocio y de relaciones sociales	<p>Recibir y hacer visitas de todo orden, con el fin de mantener en <i>buena forma</i> las relaciones familiares y el círculo de amistades de la familia y sus integrantes</p> <p>Otras actividades de recreación y descanso realizadas de manera exclusiva⁴⁹: ver t.v., escuchar radio, música, caminar, practicar deporte, entre otras</p> <p>Participación en actividades religiosas y culturales, como misas, cultos, fiestas religiosas, bazares, festivales, etc.</p>
Desplazamiento al trabajo de mercado	<p>Incluye tiempos de espera del medio de transporte y recorridos, el tiempo empleado en recorridos a pie destinados a llegar o regresar del sitio donde se realiza el trabajo remunerado y donde se espera el medio de transporte</p>
Otros desplazamientos	<p>Incluye tiempos de recorrido hacia y desde los paraderos, espera del medio de transporte y el tiempo empleado en recorridos a pie para la realización de otras actividades</p>
Gestiones del hogar	<p>Planificar, gestionar servicios, pagar servicios públicos y otros, manejo del presupuesto familiar</p>
Otras actividades no específicas	<p>No especificadas</p>

⁴⁹ Algunas de estas actividades se realizan de manera simultánea a trabajos domésticos o de cuidado, por ejemplo.

Concretar la descripción de esta clasificación de actividades, implicó asumir la dificultad que genera el hecho de que en los contextos de vida rural, como afirma Sampedro, la "...vida familiar y laboral se desarrollan en un único espacio social, en el que los límites entre lo 'productivo' y lo 'reproductivo' son sumamente difusos, cuando no improcedentes" (1996:65). Esto se hace evidente en los casos en que, por ejemplo, las mujeres venden el alimento a los jornaleros vinculados temporalmente a la explotación familiar, cuya preparación se hace junto con los alimentos destinados a la familia; o cuando la leche que se ordeña provee tanto a la familia como a la venta de leche contratada; y entro otros similares, lo que implica que la mujer participe '*reproductivamente*' en la esfera de la producción (Sampedro, 1996:94-95).

Con base en la clasificación ya expuesta, se realizó la sistematización de los tiempos reportados por las mujeres en los relojes incluidos en las encuestas. Durante este proceso se evidenciaron varias cuestiones:

- a. Simultaneidad: la ejecución de varias tareas al mismo tiempo, empleando tiempos cortos y turnados en cada una de ellas, anula la percepción de estar realizando la totalidad de tareas, y le da visibilidad sólo a una. Entonces es necesario diferenciar entre el tiempo que requiere el proceso de ejecución de una actividad y el tiempo que se requiere de intervención personal para realizarla (OTI, 1984:10).
- b. Trabajo invisible o actividades no contempladas: algunas de las actividades que efectivamente las mujeres realizan no se incluyeron en los registros, dada por ejemplo su ejecución ocasional o temporal, aun cuando periódica, como la participación en trabajo comunitario o en espacios de organización social, e incluso los tiempos empleados para realizar gestiones del hogar.

- c. El trabajo de cuidado: cuando una tarea de cuidado no se realiza de manera exclusiva se pierde la noción de estar cuidando; se presenta cierta dificultad para asumir la realización de tareas de cuidado como trabajo, probablemente porque tienden a ser identificadas como acciones naturales originadas en el amor; cuando el trabajo de cuidado se realiza simultáneamente con el doméstico, tiende a desaparecer.

De lunes a viernes las mujeres inician su jornada entre las 4:40 am y las 6:20 am, condicionadas por la presencia o ausencia de hijos, y por sus edades y horarios escolares. Así, las mujeres con hijos en edad escolar inician su jornada entre las 4:40 am y las 5:20 am, mientras aquellas que tienen hijos que han superado ya la edad escolar, o que no tienen hijos, inician su jornada entre 5:40 am y 6:20 am con el fin de realizar las tareas de ordeño y de transporte de la leche al punto en donde el camión lechero la recoge. En cambio los fines de semana, particularmente los domingos, la jornada inicia entre las 6 am y las 8 am ante la posibilidad de posponer un poco la hora del ordeño. Las mujeres que registraron en el reloj el inicio de su jornada el domingo a las 5:00 am, registraron igualmente que se movilizaron ese día hacia la Bogotá urbana, lo que exige que la familia se encuentre lista en el paradero del colectivo antes de las 7:00 am.

En términos generales las mujeres registran en promedio 8 horas diarias destinadas al sueño, en donde la hora de acostarse está entre las 8:00 pm y las 9:00 pm, de lunes a domingo.

Cuadro 4.2-2 Actividades y tiempo promedio dedicado por las mujeres, día de semana y domingo

Clasificación de las actividades	Descripción	Día semana ⁵⁰		Domingo	
		Parcial	Total	Parcial	Total
Necesidades y cuidados	Comer Arreglo personal	1hr 40min 20min	2hr	3hr 30min	3hr 30min

⁵⁰ De lunes a sábado, pues durante estos días realizan básicamente las mismas actividades con similar distribución de tiempo

Clasificación de las actividades	Descripción	Día semana ⁵⁰		Domingo	
		Parcial	Total	Parcial	Total
personales					
Trabajo de mercado*	PA Producción lechera PA Artículos de lana** VL**	2hr 2hr 30min 7hr	2hr	2hr 40min	2hr 40min
Estudio y formación					
Participación comunitaria y trabajos voluntarios					
Trabajo doméstico	Dirigido al arreglo de ropas Dirigido al mantenimiento de la vivienda Dirigido a la alimentación	2hr 1hr 7hr	10hr	40min 1hr 7hr	8hr 40min
Trabajo de cuidados	Cuidado de niños, enfermos, adultos mayores Cuidado de las tareas escolares	3hr 10min 40min	3hr 50min	40min	40min
Tiempo libre, ocio y de relaciones sociales**	Viaje a Bogotá Visitas en la localidad Descansar Ver t.v.	1hr 30min	1hr 30min	6hr 30min 2hr 40min 1hr 30min 4 hr	**
Desplazamiento al trabajo de mercado	Transporte de alimentos vendidos a trabajadores A la escuela**	2hr 40min	2hr		
Otros desplazamientos	Traslado hacia y desde Bogotá urbana Llevar y recoger a niños de escuela	20min	20min	2hr	2hr
Gestiones del hogar					
Otras actividades no específicas					

* Trabajo de mercado con vinculación laboral (VL), de contratación informal (CI), producción artesanal para la venta (PA)

** Tareas o tipo de actividades que no fueron registradas por todas las mujeres, por lo que no fueron incluidas en el promedio de horas

Dentro de las 16 horas que comprende, como mínimo, la jornada de trabajo de las mujeres, la principal inversión de tiempo va dirigida a la realización de trabajo doméstico para el cual disponen en promedio de 10 horas diarias, particularmente el dirigido a la alimentación, lo que implica arreglar y preparar alimentos, limpiar ollas, loza y demás utensilios empleados, recoger y rajar leña, y realizar mantenimientos mínimos a la

huerta casera. Cuando en la explotación se encuentran trabajando jornaleros y estos contratan la alimentación allí mismo, las jornadas de preparación de alimentos pueden llegar a extenderse hasta 3 o 4 horas más, pues el requisito de cumplir con horarios y porciones abundantes exige a las mujeres pasar varias horas pelando papas y dejando listos otros alimentos; además, dichas cantidades requieren pasar más tiempo sobre el fogón de leña que por lo tanto debe ser encendido más temprano de lo acostumbrado (la preparación de alimentos para trabajadores se unifica con la familiar). Durante las temporadas en que hay que cumplir con las contratas de alimentación para jornaleros, suelen acumularse otras tareas como las dirigidas al arreglo de ropas⁵¹ y vivienda, tareas a las cuales no suele dedicárseles en todo caso más de 3 horas diarias promedio.

Durante los domingos, el tiempo destinado a tareas domésticas dirigidas a la alimentación se mantiene (7 horas), excepto para aquellas mujeres que se movilizaron hacia la Bogotá urbana con sus familias. Sin embargo, para ellas la disminución de tiempo dedicado a esta actividad no logra representar más de 2 o 3 horas, pues sólo el almuerzo es consumido fuera, mientras que el desayuno, la comida y la merienda de la tarde son preparadas en casa, lo que incluye obviamente el arreglo de la cocina y de los utensilios empleados, como mínimo. Así mismo, se ve una pequeña disminución en el tiempo destinado al arreglo de ropas (de 2 horas a 40 minutos aproximadamente), mientras que el tiempo para el arreglo de la vivienda se mantiene constante (1 hora), lo que lleva a que en domingo el tiempo destinado a trabajo doméstico pase a 8 horas y 40 minutos, es decir 1 hora y 20 minutos menos que lo invertido los demás días de la semana.

⁵¹ EL tiempo dirigido al arreglo de ropas ha disminuido en términos generales en la vereda, gracias a que algunas familias (6 en total) han podido adquirir máquinas lavadoras, que se convierten de uso compartido entre las unidades familiares. Así, los tiempos destinados al lavado de ropas han disminuido de 9 horas promedio a la semana (3 horas cada 2 días) a 4 horas promedio a la semana, permitiendo la realización de otras actividades mientras la máquina culmina los ciclos de lavado.

El trabajo de cuidado sería entonces el segundo grupo de actividades que mayor tiempo exige a las mujeres. Si bien las mujeres sólo registraron los tiempos dedicados de manera exclusiva a tareas dirigidas a atender a otros dependientes -niños, adultos mayores o discapacitados- como darles de comer y ayudarles a asearse y arreglarse (3 horas 10 minutos en promedio), y apoyarlos en tareas escolares (40 minutos), estas actividades se desarrollan de manera constante y simultánea con respecto a otras consideradas como principales, mientras el dependiente se encuentre al alcance de la proveedora de cuidados, y cada vez que las distintas necesidades surjan, llevando a las mujeres a apartarse momentáneamente de las actividades que se encontraran realizando. Esto implica que el trabajo de cuidado se realiza de manera constante durante cada segundo del día, e incluso en la noche en tiempo de descanso, exigiendo presencia, atención, cuidado del cuerpo (Guillaumin, 2005). Así, el tiempo real de realización del trabajo de cuidado superaría las 3 horas 10 minutos registradas de lunes a sábado, y los 40 minutos de los domingos, para alcanzar en términos reales una exigencia de disponibilidad mínima de 16 horas, hasta las 24 horas del día.

El hecho de que esta disponibilidad no sea conscientemente registrada, puede estar determinado por su no exigencia de exclusividad –que limitaría la realización de otras actividades-, pero además por la mediación que sobre ella realiza el amor; así, el cuidado se refiere tanto a emociones como a, siguiendo a Nussbaum, “...complejos patrones de comportamiento, mediados no solamente por el deseo, sino también por hábitos y normas sociales” (2002:347), que colocan a las mujeres como proveedoras naturales de cuidado por su *capacidad maternal* y un supuesto instinto que les permitiría desempeñar este papel de *mejor* manera, y adelantarse incluso a la aparición de las necesidades de los demás integrantes de la familia⁵². Esta situación es aún más evidente durante el domingo, día de descanso, en el cual el cuidado de adultos mayores y enfermos, y especialmente el cuidado de niños no es posible identificarlo

⁵² Se refiere a dos de las dimensiones propuestas por M.T. Martín-Palomo para el análisis del cuidado: la dimensión moral que le inviste de un sentido del deber y de responsabilidad, y la dimensión afectiva que afirma la vinculación, el lazo, a través de las emociones que componen, se gestan y circulan por las relaciones familiares (Legarreta, 2008:5)

como trabajo pues ellos hacen parte de la familia, están allí (Carrasco, 2003:11), y el juego, el cuidado y el pasar el tiempo con ellos hace parte del momento de encuentro de la familia y no del cumplimiento de ningún tipo de tarea⁵³.

Por otra parte, encontramos que las actividades en las que menos tiempo se invierte por parte de las mujeres, son aquellas relacionadas con los siguientes aspectos:

La satisfacción de necesidades y cuidados personales: dentro de este grupo el comer es la actividad que mayor tiempo registra, especialmente el domingo, día en el que casi se duplica la disponibilidad de tiempo, mientras que el dedicado al arreglo personal -que incluye bañarse, vestirse y arreglarse, como mínimo- tiende a aumentar apenas 10 minutos el domingo, día en el que todos los integrantes de la familia se muestran más flexibles frente a los tiempos invertidos en ciertas tareas y actividades. Así, y siguiendo a Guillaumin, tenemos que el poco tiempo destinado a este grupo de actividades por parte de las mujeres evidencia que la individualidad es *una frágil conquista*, que "...a menudo [es] rehusada a una clase entera a la que se le exige diluirse, material y concretamente, en otras individualidades"; ésta es la clase de las mujeres, cuya sujeción material a individualidades físicas responde a una realidad mental, psicológica (2005:37-38), a la apropiación de un modelo sociocultural que las ha modelado históricamente para ello.

⁵³ La cuestión está en la relación entre tareas/obligación contrapuesta a acciones/amor: las **tareas** parecen estar sujetas a un nivel de **obligatoriedad** que aparentemente implica una relación inversamente proporcional con el **amor**, así las acciones realizadas con amor no pueden considerarse como una tarea, porque desvirtúan la fuerza de los lazos afectivos. Aún cuando se realicen las mismas tareas de lunes a domingo, éstas adquieren un tono distinto de lunes a sábado en donde pueden ser consideradas más como tarea, con respecto al domingo, día en el que lo relevante son los lazos afectivos y todas las acciones aparecen como motivadas por el amor.



Mujer llevando la leche a borde de carretera

El trabajo de mercado: frente a este tipo de actividades las mujeres registraron menores periodos de tiempo invertido, excepto en el caso de una mujer que se encuentra vinculada laboralmente como generadora de aseo en la escuela de la vereda, trabajo que resulta ser una extensión del trabajo doméstico realizado para su familia. Para estas mujeres rurales el trabajo de mercado consiste en ordeñar, alimentar al ganado, separar a los terneros y llevar la leche al sitio en donde el camión lechero pasa a recogerla. Algunas veces producen quesos para el autoconsumo o para la venta local, algunas de ellas también confeccionan tejidos en lana. A estas actividades dedican entre 2 horas y 2 horas y media, aunque las tareas de hilar y tejer fueron descritas como actividades para el tiempo libre. Durante el domingo sólo se realizan las tareas relacionadas con la producción lechera, y se destina al autoconsumo familiar.

El tiempo libre, ocio y de relaciones sociales: comprenden principalmente la realización de viajes a la Bogotá urbana, visitas a familiares y amistades dentro de la localidad (Santa Bárbara o veredas vecinas), ver televisión y descansar. De lunes a sábado este tipo de actividades se traducen en dormir un poco después de la hora del almuerzo y en charlar con algunos de los integrantes de la familia después de cada una de las

comidas. Para el domingo, la realización de actividades de este tipo es más variada y la disponibilidad de tiempo depende en gran medida de la presencia de personas dependientes de cuidado. Los viajes a la Bogotá urbana, si bien son interpretados como actividad recreativa, realmente se emplean para realizar compras y realizar gestiones del hogar, mientras que la posibilidad de recrearse queda sujeta al tiempo que quede tras el cumplimiento de las otras obligaciones. En todos los casos, las mujeres se encuentran siempre realizando trabajo de cuidado, aun cuando éste, como se reseñó anteriormente, no logre ser leído como tal especialmente en los días de descanso.

En cuanto al tiempo destinado a realizar los distintos desplazamientos, tenemos que aquellos relacionados con el trabajo de mercado, que para la mayoría de las mujeres corresponde a llevar a los jornaleros los alimentos contratados hasta el lote en el que se encuentran trabajando, toma en promedio 2 horas diarias, sin contar el tiempo que ellas deben permanecer allí esperando que los alimentos sean consumidos para poder regresar a casa con las vasijas utilizadas. Para la mujer generadora de aseo el tiempo empleado en desplazarse hasta la escuela de la vereda es de 40 minutos diarios. Estos tiempos son empleados de lunes a sábado en el primer caso, durante ciertas temporadas de trabajo agrario, y no aplica los domingos, pues en todos los casos este se sostiene como día de descanso. En el segundo caso aplica de lunes a viernes de acuerdo con el calendario escolar.

Llevar y recoger de la escuela a los niños es otro de los desplazamientos que las mujeres realizan regularmente, de lunes a viernes. En promedio implica destinar 20 minutos diarios, y puede ser considerada como una tarea del trabajo de cuidado dados los beneficiarios de la misma. En cuanto a los viajes a la Bogotá urbana, se estima que en promedio se invierten 2 horas los domingos correspondientes, teniendo en cuenta que ese día es posible contar con el recorrido que un colectivo hace por la vereda dos veces, a las 7:00 am y a las 4:00 pm, y que reduce los tiempos de desplazamientos requeridos en comparación con los demás días de la semana (Ver Capítulo III).

Ninguna de las mujeres registró tiempo invertido en la realización de las siguientes actividades:

Educación y formación: las oportunidades de educación y formación más allá de la básica y media vocacional, se encuentran ligadas directamente a la realización de proyectos de distinta índole, aunque generalmente están direccionados a la producción agrícola (producción limpia u orgánica, y otras similares). A estos procesos de formación suelen asistir los hombres, aun cuando la participación de las mujeres se ha ido incrementando. Habría que investigar en qué se traduce este creciente acceso para ellas, pues pueden estar asumiendo nuevas responsabilidades sin que ello implique una redistribución familiar de las tareas asumidas por las mujeres, lo que les llevaría a realizar una redistribución de sus tiempos (casi siempre a través de la ampliación de su jornada), liberando aun más tiempo y trabajo de las cargas masculinas, ya de por sí más ligeras.

Para Farah y Pérez (2004) esto puede ser la manifestación de cambios en el orden del mundo rural, en los que las actividades agropecuarias de la explotación familiar se desplazan como actividades económicamente complementarias –y por lo tanto pasan a ser responsabilidad de las mujeres- ante la aparición de otras fuentes de ingresos a las que los hombres se trasladan. Este parece no ser el caso de la vereda Santa Bárbara en donde los proyectos agropecuarios aplicados a la zona no intentan superar por ahora el tamaño de las explotaciones presentes, no se registran en la localidad proyectos de industria agropecuaria ni similares captadoras de mano de obra local *no calificada*.

Participación comunitaria y trabajos voluntarios: una de las dificultades para registrar los tiempos invertidos en este tipo de actividades está relacionada con su carácter ocasional, es decir que al no requerir que de manera periódica se destine tiempo, tiende a ser excluida del registro de tiempos. Además, la participación en este tipo de actividades suele ser asumida principalmente por los hombres, mientras que las

mujeres acostumbran desempeñar el papel de acompañantes silenciosas. En el caso de la mujer que inscribió como actividad principal el liderazgo comunitario, el registro de tiempos no fue distinto, por lo que no es posible estimar qué porcentaje de su tiempo logra invertir en el desarrollo de estas actividades. Lo que sí permite ver este hecho, es que su participación en estas actividades no la exime de la realización de las tareas de trabajo doméstico, de cuidado, de mercado y demás relacionados, como las demás mujeres, lo que hace suponer que su participación comunitaria se realiza seguramente a partir de la ampliación de su jornada diaria.

En cuanto a las gestiones del hogar, ninguna de las mujeres registró tiempo destinado a estas actividades, frente a lo cual es posible suponer que al igual que con respecto a las actividades de participación comunitaria y trabajos voluntarios, corresponden a tareas ocasionales de difícil registro, especialmente si la aplicación de los formularios no coincidió con la realización de dichas gestiones, cuando éstas se refieren a la realización de pagos y trámites, por ejemplo. En cuanto a los tiempos destinados para planificar sobre ciertos temas al interior de la familia, éstos pueden encontrarse como tiempos de charla durante las comidas o simultáneos a la realización de otras actividades, es decir que no necesariamente requieren dedicación exclusiva, por lo que son difíciles de percibir. Así mismo tienen un carácter ocasional, lo que aumenta la imposibilidad de hacerlos visibles especialmente para quienes las realizan.

No se encontraron Otras actividades no específicas.

Este registro sobre las actividades realizadas por las mujeres y los tiempos empleados en las mismas, se constituye en un elemento de vital importancia para el análisis sobre los cambios que ellas han ido realizando sobre sus proyectos de vida, pues la disponibilidad o no disponibilidad de tiempos para la inscripción de otro tipo de actividades, tiende a estimular la inclusión o exclusión de las mismas, como puede

ocurrir por ejemplo con las intenciones de continuar estudiando. Lo anterior, enlazado igualmente con las condiciones limitantes propias de la zona y aquellos lineamientos dirigidos hacia las mujeres que buscan orientar su accionar.

Es precisamente este ejercicio el que permite abrir camino al siguiente capítulo, en el que el ritmo cotidiano de la vida -evidenciado aquí- se entrelaza con el compás diferenciado de los sueños y la memoria, y toman forma en las historias de las mujeres.

CAPÍTULO IV

De niña a esposa y madre... Se modelan los Proyectos de Vida de las mujeres rurales de Santa Bárbara

“... Tu eres todos los personajes del sueño –me explicó-. Eres la niña de doce años que todavía puede volar libremente. A esa edad se te acabó la inocencia, se murió la niña que tú eras, ingeriste la poción de la muerte que todas las mujeres bebemos tarde o temprano. ¿Has notado que en la pubertad se nos acaba la energía de amazonas que traemos desde la cuna y nos convertimos en seres castrados y llenos de dudas? La mujer que se queda atrapada en el sílo eres tú también, presa de las limitaciones de la vida adulta. La condición femenina es una desgracia, hija, es como tener piedras atadas a los tobillos, no se puede volar.”

Isabel Allende ⁵⁴

Notas iniciales

Dentro de las cuestiones que más dificultaron la realización de este documento, se encuentra el hecho de tener que enfrentarme con la mujer que soy, con aquella que quisieron inculcarme ya en el colegio de monjas, ya en el interior de mi propia familia, en esta sociedad; ha sido necesario mirarme al espejo y enfrentarme a aquellos modelos que siempre generaron en mí un sabor amargo y la terrible sensación de, como dice Isabel Allende, sentir piedras atadas a mis tobillos.

Cuando me propuse realizar este estudio en una zona rural, quizás creí que eso ayudaría a poner alguna distancia entre esos sentimientos que me han acompañado, y el tema central de mi interés; por meses me sentí acobardada frente al computador y mis materiales de consulta y recolección de información, esperando poder hacer real aquella distancia, y dejar de sentir que podía estar escribiendo sobre una Andrea que no fue, pero que habría podido ser, y que es en muchos otros nombres, de mujeres que

⁵⁴ ALLENDE, Isabel. 2009. Paula. Editorial Planeta. Bogotá. Pp.85.

amo y respeto, y de otras más de quienes intuyo la existencia. La frustración ha sido uno de los principales sentimientos que me han movilizado a hacer este documento e incluso a estudiar esta maestría; querer comprender la carga del discurso que me envía directo a la cocina incluso de casas que no conozco, y hacia la atención de los hombres presentes, como una reacción *normal* frente a una *naturaleza* que se supone tiende a formarme en ese espacio como uno de los lugares más significativos del ámbito doméstico, “por lo tanto femenino” en el imaginario social. Ahora comprendo con mayor claridad la expresión de desconcierto de las y los presentes cuando con el rostro encendido enarbolaba una serie de argumentos para rehuir las labores asignadas, tras los cuales daba media vuelta para salir con el alma en llamas y los ojos llenos de lágrimas por la indignación.

Este capítulo es para mí la oportunidad de plasmar el sentir de ciertas mujeres rurales con respecto a su ser mujer en dicho contexto, mujeres entre las cuales se cuentan amigas de años con quienes he podido compartir sueños y frustraciones, y frente a las cuales no puedo dejar de percibir las diferencias de posibilidades según los recursos disponibles, que contribuyen a que hayamos podido tejer caminos distintos, pero que a la vez me permite ver con mayor claridad la construcción de esquemas sociales que nos colocan en un lugar común. Espero haber podido plasmar aquí, más allá de un reflejo de la realidad de las mujeres, elementos que permitan contribuir de algún modo en la construcción de nuevos caminos para nosotras, mujeres rurales y urbanas.

Las mujeres entrevistadas

Con el fin de profundizar los temas de interés para este documento, realicé entrevistas a 7 mujeres cuyas edades oscilan entre los 25 y los 79 años, todas ellas de origen rural.

Las voy a presentar en orden de edad y otorgaré a cada una de ellas un nombre que no corresponde al verdadero (en respuesta a su petición):

María: mujer de 75 años, convive actualmente con su segundo esposo. Tuvo 10 hijos, 9 en el primer matrimonio, 1 con su compañero actual. Ha vivido siempre en el medio rural. Comparte con una de sus nietas la responsabilidad de la educación de su biznieto. Estudió hasta quinto de primaria.



Mujeres charlando

Flor: tiene 55 años, es casada desde hace casi 30 años, convive actualmente con su esposo y su hijo de 23 años, quien es soltero. Ha vivido en Santa Bárbara la mayoría de sus años aunque habitó durante algunas temporadas otras veredas que se encuentran ubicadas hacía el sur de Sumapaz. Estudió parte de la primaria y el bachillerato en la Bogotá urbana; cuando se casó cursaba el grado noveno de bachillerato. Es la madre de Milena.

Luz: cumplió 52 años, de los cuales lleva 33 casada, convive actualmente con su esposo (escogido por sus padres), sus cuatro hijos varones y una hija con sus 3 hijos respectivos (dos niñas y un niño). Se crió en el Tolima, vivió 20 años en la vereda Santa

Bárbara, luego se trasladó a la vereda de Andes en donde vivió 11 años, y regresó a Santa Bárbara hace 1 año. No cuenta con ningún grado de escolaridad y empezó a trabajar a los 11 años cuando sus padres la ubicaron como empleada interna en una casa en el Tolima. Es la madre de Sandra.

Edilma: cuenta 44 años, lleva 20 de casada. Actualmente convive con el esposo y sus cuatro hijos. Nació en la zona rural de Boyacá y hace 10 años que se trasladó a vivir con su familia a la vereda Santa Bárbara. Cuando cumplió 12 años perdió el año escolar y sus padres la retiraron de la escuela, no pudo regresar porque su familia era muy pobre y ellos se concentraron en darle estudio a sus 10 hermanos. Empezó a trabajar en actividades agrícolas a los 15 años.

Milena: cumplió 29 años, lleva 8 años de casada, convive actualmente con el esposo y tres hijas. Nació y creció en la vereda Santa Bárbara, vivió dos años en Bogotá, recién se casó, pero las condiciones no les fueron favorables y decidieron regresar a la vereda. Se graduó de bachiller.

Sandra: es una mujer de 28 años, lleva 9 años en unión libre con su actual compañero. Convive actualmente con éste, dos hijas y un hijo. Cuando cumplió 20 años nació su primera hija, y tuvo que asumirla sola porque el padre de la niña se fue. Tiempo después conoció a quién hoy es su compañero y con él tuvo una hija y un hijo. Ha vivido principalmente en la zona rural de Bogotá, aunque estudió algunos años de bachillerato en la zona urbana. Lleva viviendo aproximadamente 9 años en la vereda Santa Bárbara. Estudió hasta séptimo grado de bachillerato, se retiró voluntariamente.

Paola: tiene 29 años, es madre sola de 2 niñas y 1 niño que cuentan con 2 y 10 años. Vive actualmente con sus padres, cuatro hermanos varones y sus tres hijos. Ha vivido la mayor parte del tiempo en la zona rural de Bogotá en diferentes veredas, vivió dos años en Bogotá, cuando ya había nacido su hija mayor, y cuando quedó en embarazo

*Trabajo doméstico y mujer rural:
...ésta vida mía*

de la segunda hija decidió regresar a vivir con sus padres de nuevo en la vereda Santa Bárbara. Se graduó de bachiller.



Niña de la vereda Santa Bárbara

De niñas, todas las mujeres entrevistadas afirman haber realizado tareas domésticas: por una parte, desde pequeñas ellas comenzaron a asumir el aseo y arreglo de su propio cuarto (tender la cama, cambiar tendidos, organizar los cajones de la ropa, barrer y trapear el piso, limpiar el polvo), y el lavado y planchado de su ropa y zapatos; por otra parte, participaban de manera permanente –a diferencia de los hombres- en las tareas principalmente vinculadas con el aseo de los espacios comunes de la casa (barrer, trapear y lavar pisos de corredores, cocina, patios, comedor), la preparación de alimentos (las meriendas principalmente) y el arreglo de la cocina (barrer el piso, lavar la loza y limpiar la mesa). Sin embargo, no perciben que la realización de tareas domésticas significara para ellas una recarga de trabajo, pues la vida en el medio rural implica una lista importante de labores que han sido distribuidas entre hombres y mujeres. Así, tanto ellas como sus hermanos hombres debían cada uno encargarse de realizar las actividades destinadas al arreglo de su cuarto y ropas, incluso compartían lavar la loza, como se describió arriba, mientras que las demás tareas se distribuían de acuerdo con lo asignado tradicionalmente por género: las niñas se disponían junto a las

madres a realizar aquellas tareas en el área más cercana a la finca, particularmente las de trabajo doméstico, mientras los niños se disponían a trabajar con los padres en las zonas de cultivo o en el traslado de ganado.

Además, tanto hijas como hijos debían encargarse juiciosamente de los deberes escolares pues en términos generales las familias de las mujeres entrevistadas procuraron darles un nivel mínimo de escolaridad, de allí que no resulte extraño que para todas ellas, a pesar de la diferencia tan significativa de edades que presentan (especialmente entre María que es la mayor de las entrevistadas, y Paola y Milena que son las menores), la aspiración más grande en su niñez fuera seguir estudiando. Ya sus padres desde aquella época introducían el tema con el argumento de que solo así podrían llegar "...a ser alguien en la vida" (expresión relacionada directamente con el imaginario de éxito económico: tener casa propia, carro, vivir cómodamente en el medio urbano). El estudio se presentaba desde entonces como la vía para salir del medio rural y lograr un mejor nivel de vida con mayores comodidades y un supuesto costo menor de esfuerzos. Para las madres de las mujeres entrevistadas resultaba vital pues con un mayor grado de escolaridad, ellas pretendían entregar a las hijas un importante elemento para que no repitieran su historia. El estudio es visto como la vía más importante de oportunidad para escapar a aquellas cuestiones que las habían obligado a someterse a un hombre y a su voluntad, como herramienta para enfrentarse a ellos o para acceder a hombres distintos a los que las madres habían podido conocer.

La excepción a esta situación fue María a quien el interés por el estudio no le fue inculcado por sus padres pues para ellos ese tema significaba perder el tiempo –lo importante era poder darles ropa para vestir-, por lo que María decidió marcharse de la casa a buscar trabajo para poder seguir estudiando. María logró culminar la básica primaria pues en los tiempos de su infancia incluso para los hombres de su familia (como para la gran mayoría de las familias rurales colombianas de mediados del siglo pasado) resultaba muy complicado pretender estudiar la secundaria dada la carencia de centros educativos cercanos, la falta de infraestructura vial y de servicio de transporte

público que les permitiera a los estudiantes trasladarse a los colegios a diario, y los altos costos económicos que implicaba para una familia el llevar a sus hijos a vivir a los centros poblados, ingresarlos a internados o encargarlos a familiares durante los años de estudio, cumpliendo con los gastos de su manutención.

Por su parte, Flor se atrevió a soñar con algo más: estimulada por su padre llegó a considerar la posibilidad de estudiar música tras finalizar la secundaria; igualmente ocurrió con Milena y Paola, quienes en sus años de adolescencia ya hacían planes para estudiar Ingeniería Ambiental y Sistemas. Ellas encontraron intenciones de apoyo económico en sus familias, que planeaban ubicarlas en casas de familiares dispuestos a recibirles en la zona urbana, pero la "...picada del bichito del amor" como manifiesta Flor, terminaría cambiando el rumbo de las cosas.

Mientras tanto Luz debió enfrentarse a una realidad menos prometedora, pues sus padres la llevaron a ella y a sus hermanas –a medida que cada una iba cumpliendo 11 años de edad- a la ciudad y las fueron ubicando en distintas casas para que trabajaran como empleadas domésticas internas, por lo que debió dejar atrás el sueño de continuar estudiando. Sandra fue la única de las mujeres entrevistadas que abandonó la escuela por gusto propio, porque consideraba desde entonces que el estudio no le gustaba y que solo si trabaja duro podría otorgarse los recursos que requería para vivir. Quería colocar su propio negocio de venta de ropa y zapatos.

... a esposa: matrimonio y relación de pareja, reconfiguración de los sueños

- "- Ellos pueden tener el anillo antes que la novia, hasta pueden elegir una novia que le haga juego al anillo. En cambio, nosotras sólo tenemos que esperar. Hay quienes esperan durante toda su vida, y quienes cargan para siempre con un anillo que les disgusta, ¿no crees? – Le preguntó a su madre durante la comida.
- Ya no te pelees con los hombres, Cristina –dijo su madre- ¿quién va a ver por tí cuándo me muera?
- Yo, mamá, no te preocupes. Yo voy a ver por mí."

Pero a todas les llegó la edad del amor y la llegada de la pareja fue contundente: María conoció a su primer esposo después de haberse marchado de casa, se casó y se fue a vivir al campo con él; Flor vivía en Bogotá, estaba terminando el bachillerato, y durante una semana santa se enamoró y se casó, después del matrimonio regresó a la zona rural a vivir con él; Milena inició su relación de noviazgo poco después de haber culminado el bachillerato, quedó embarazada y al poco tiempo se casó; Paola conoció al padre de sus hijos cuando aún se encontraba estudiando el bachillerato y enamorada ha mantenido una relación intermitente con él, pero no se han casado; Sandra se enamoró y cuando quedó en embarazo el novio se fue, años después conoció a su actual esposo y se trasladó de vereda para vivir con él.

Aquellas que se casaron, se vieron internadas en sus hogares con el refuerzo de las actividades de trabajo doméstico que ya asumían desde niñas, pero con mayor intensidad pues la responsabilidad pasó a ser toda suya. Cuando cada una de ellas compartía el hogar con padres y hermanos, los deberes eran distribuidos entre todos (aunque las mujeres se encargaban del trabajo doméstico principalmente, como se evidenció en el capítulo anterior) y la responsabilidad final del cumplimiento recaía principalmente sobre la madre, pero ahora ellas pasaban a ser las *señoras* del hogar con todo lo que ello significa: preparar lo necesario para que el esposo iniciara su jornada y estar prestas a atenderle al final de la misma, hacer los oficios de la casa, cocinar para los obreros, ordeñar, hacer el queso, atender la huerta casera, y esperar pacientemente a que llegara el primer hijo con la esperanza de que así los celos del esposo disminuyeran y pudieran volver a salir de la casa a realizar visitas ocasionales a la familia o alguna amiga sin que ello fuese mal visto por el esposo y generara comentarios malintencionados en los vecinos.

⁵⁵ MASTRETTA, Ángeles. 2009. Mujeres de ojos grandes. Editorial Planeta. Bogotá. Pp.24.

Para las madres solas las responsabilidades en la casa paterna se duplicaron: debían atender una mayor cantidad de tareas de trabajo doméstico, pero además debían buscar la forma de conseguir un trabajo remunerado que les permitiera asumir los gastos propios y del bebé. Ahora las tareas domésticas eran asumidas en proporciones muy similares por la madre sola y la abuela.

Si bien las mujeres que se encontraban estudiando o que deseaban seguir haciéndolo en la época en la que se casaron, consideraron en un primer momento que el matrimonio sería compatible con este objetivo, la importante demanda de tiempo del trabajo doméstico y demás actividades a realizar por las mujeres en el predio, las condiciones de aislamiento relativo de la vereda con respecto a la Bogotá urbana y su oferta educativa, y las exigencias y restricciones implantadas por los respectivos esposos, les indicaron otra cosa. Poco a poco fueron abandonando el sueño de continuar estudiando, y algunas de ellas ni siquiera se han arriesgado a tomar los cursos y capacitaciones que temporalmente ofertan algunas instituciones en el marco de la producción agropecuaria, por ejemplo, por temor a las reacciones de los cónyuges, especialmente estimulados por los comentarios y opiniones de otros hombres de la vereda, que aseguran que estos espacios son para los hombres y que las mujeres no son capaces de entender y asimilar la información que se les da.

Igualmente, la única de las mujeres entrevistadas que se ha vinculado a procesos organizativos y de formación, relata años de enfrentamientos con su esposo, quien finalmente admitió que esos procesos les pueden permitir el mejoramiento de la calidad de vida y el aumento de los ingresos (algunos de los proyectos se encuentran en marcha y arrojan sus primeros resultados), especialmente después de una crisis económica que les ha afectado durante los últimos años, y que se encuentra relacionada con la crisis general que ha vivido el agro en las dos últimas décadas debido a la falta de políticas reales de apoyo al campesinado en Colombia y al proceso de designación de estas zonas de montaña como áreas de reserva, lo que ha limitado su desarrollo productivo (Entrevista No. 2).

Ya pueden verse materializados los modelos de mujer y hombre que circulan por la vereda Santa Bárbara. Como se referenció en el capítulo I, este modelo contiene pautas que tienden a regular el comportamiento de las mujeres y que hacen permisivos ciertos comportamientos de los hombres. Por ejemplo, con el matrimonio y/o la convivencia con la pareja, se asume que la autoridad sobre el cuerpo de la mujer pasa de los padres al esposo. Para Guillaumin (2005:26) esta nueva autoridad corresponde realmente a la apropiación que el grupo de los hombres hace sobre el grupo de las mujeres, sobre el cuerpo individual de cada una de ellas a través de:

- a) La apropiación del tiempo: el tiempo de las mujeres es empleado en la realización de actividades de trabajo doméstico destinadas al cuidado de los miembros del hogar y la atención de los esposos, todo ello sin que apliquen horarios límites de ningún tipo;
- b) La apropiación de los productos del cuerpo: los hijos son del esposo aun cuando en algunas ocasiones puedan llegar a negarlos con el fin de negar la obligación económica y el compromiso familiar durante las discusiones familiares;
- c) La obligación sexual: bajo el supuesto de que las mujeres deben siempre estar dispuestas a los deseos del esposo aún cuando ellos cometan faltas,

“...entonces yo le dije que no lo volvía a recibir en la cama y me dijo *entonces yo voy y la demando y verá que usted tiene que darme posada en su seno, y yo le dije vaya y demándeme (...)* y yo le dije *saque su cama a donde quiera, porque usted no vuelve a dormir conmigo*” (Entrevista No. 4);
- d) La carga física de los miembros inválidos del grupo y de los mismos válidos de sexo masculino: las actividades de cuidado se extienden a todos los

miembros del grupo familiar sin importar, para el caso de los hombres presentes, la edad de estos y si sufren de algún tipo de enfermedad o no; igualmente recae sobre las mujeres de la casa, especialmente de la madre, el cuidado de ancianos, niños pequeños (aún cuando no son sean sus hijos), enfermos e inválidos.

Esta apropiación no registra límites y tampoco una retribución monetaria como compensación por el trabajo de la esposa, del grupo de las mujeres.

Igualmente, dicha apropiación se evidencia y busca ser conservada a través de ejercicios como la violencia física y verbal contra las mujeres, con la cual los hombres pretenden mantener control y corrección de los comportamientos y acciones femeninas en beneficio del honor del hombre y de la familia, corresponde llanamente a un ejercicio de poder. Sin excepciones, las 7 mujeres entrevistadas han sufrido en algún momento de sus vidas el maltrato físico y verbal de sus esposos quienes han encontrado en el huevo frito de más o en los efectos de la borrachera semanal una excusa para ello, y que con el correr de los años de convivencia dejó de requerir excusas:

“...por ejemplo, mi papá: él siempre llegaba borracho a golpear a mi mamá y pues no le podía decir mi mamá nada porque ahí mismo le pegaba por cualquier cosa, o así estuviera en sano juicio; también ya cuando fuimos creciendo, también llegaba a maltratarla y pues ya era más difícil porque nosotros ya estábamos grandes y pues obvio que ya la defendíamos, y ya ahí se complicaron más las cosas” (Entrevista No. 7)

“Siempre él ha sido muy agresivo, conmigo (...) él antes no era así, cuando vivíamos en Boyacá, pero conforme me sacó de donde mi papá él se volvió grosero, muy grosero conmigo, y lo trata a uno mal, eso no se puede hacer nada (...) y se me botó a pegarme y le dije *pégume a mí, por su grandísima suerte pégume a mí*, porque primero ese me pegaba y yo me le dejaba todo, eso me pegaba me halaba de esas mechas, ese me pateaba, que era

lo que no hacía, y yo me le dejaba; pero entonces ahora yo lo demandé”
(Entrevista No. 4)

“...llegué al colmo de apuntarle con la escopeta y decir *o se acaba esta vaina o nos morimos los dos*, y desde allí dejó de pegarme y de celarme”
(Entrevista No. 2)

Algunas de estas mujeres han logrado que la violencia física en contra suya pare, o que por lo menos sus maridos a la hora de aplicarla se lo piensen más, tras amenazarles de abandonarlos si insisten en el maltrato. No obstante, según ellas, esto les ha significado a la vez a sus esposos tener que enfrentarse con los comentarios que realizan otros hombres de la vereda para quienes no golpear a la esposa es dejar espacio a que ellas *se les salgan de las manos*; hombres y mujeres reciben fuertes críticas a través de chismes y comentarios que circulan por la vereda, pues estos cambios suelen ser considerados como anormales, al permitir un cierto nivel de autonomía en las mujeres. Incluso Paola, quién es madre sola, se ha enfrentado a las distintas formas de control ejercidas por parte del padre y los hermanos que en algún momento le han ayudado a solventar las necesidades propias y de sus hijos. Esto ocurre indudablemente porque consideran que su aporte económico los autoriza; hay una apropiación de su cuerpo -aun cuando ésta no incluya la obligación sexual-. Esta situación no se presenta con Luz -su madre- quien por el contrario considera que el apoyo a su hija y nietos se justifica desde los lazos de parentesco sin que ello implique que puede gobernar sobre la vida de Paola o sobre la disposición de su tiempo.

Durante el corto tiempo que las mujeres estuvieron solas con sus esposos, antes de la llegada de los hijos, se dedicaron a las actividades del trabajo doméstico, y ocasionalmente realizaban algunas actividades complementarias para la obtención de recursos adicionales. Estos no siempre resultaban necesarios para la sobrevivencia misma, sino que se empleaban para la compra de ganado o la inversión en cultivos, lo

que constituyó de cierto modo el arranque económico del nuevo grupo familiar en formación.

...a madre: la maternidad como vía para la 'completud' femenina



“La donación de tiempo en el ámbito doméstico tiene un fuerte componente moral y una densa carga emocional que, si muchas veces se vive como una experiencia (muy) satisfactoria, se conjuga con sentimientos cruzados de sacrificio y culpabilidad, derivados del incumplimiento de expectativas tanto en el ámbito laboral como en la vida personal y familiar”
Lagarreta (2008:19)

Las abuelas suelen apoyar el cuidado de nietas y nietos

La llegada del primer hijo/a –que incluso en algunos casos ha sido la causa de concretar la unión conyugal-, y tras él la de todos los demás, es quizás el acontecimiento más importante en la vida de las mujeres entrevistadas, pues ellos terminaron de transformar sus sueños y pasaron a ser el centro, el móvil, el proyecto en sí mismo. La atención de las necesidades del bebé acaparan buena parte del tiempo de la madre, que generalmente, cuando se trata del primer hijo, cuenta con el apoyo permanente de su madre y su suegra. No obstante, deben mantener el cumplimiento de las tareas domésticas y la atención al esposo, lo que implica que después de superar la dieta (periodo de relativo descanso en el que la madre se recupera del parto, por lo que intensifica el consumo de ciertos alimentos, se cura de las heridas generadas por el parto y no puede realizar tareas de esfuerzo), su jornada tiende a duplicarse. Cuando ya se tienen más hijos, particularmente hijas, estas pasan a asumir temporalmente la realización de ciertas tareas domésticas y pasan a compartir junto con la madre el cuidado del nuevo bebé. Inclusive si se les considera muy pequeñas aún, ellas siempre podrán verificar que el beb se encuentra bien mientras la madre está ocupada en otro lugar de la casa, cuidar que no caiga de la cama y sostener el tetero.

Los oficios domésticos ocupan la mayor parte del día de las mujeres, especialmente cuando corresponde el día de lavar ropa, pues en la mayoría de los casos el lavado debe realizarse a mano, lo que generalmente implica dedicar jornadas de 4 a 5 horas dos días a la semana, y para familias numerosas hasta tres días. Aún cuando las madres desplazan esta tarea a hijas e hijos (cada uno se encarga de lavar su propia ropa) a medida que cumplen una edad adecuada (cerca a los 13 años), la madre continúa encargada de la ropa del esposo, de la suya, y de tendidos de camas, cobijas, sábanas, manteles y demás similares. Si bien algunas de las mujeres entrevistadas han logrado adquirir máquina lavadora lo que les ha significado, más allá de la reducción del tiempo de dedicación a esta labor, una disminución significativa del cansancio físico que ésta les generaba. No obstante, la máquina lavadora no es precisamente el electrodoméstico más difundido en la vereda, como la plancha y la licuadora, que no representan ningún aporte en cuanto a liberación de tiempos y cargas para las mujeres.

Desde el momento en el que los hijos llegan, las mujeres se han dedicado plenamente a ellos y su objetivo principal, especialmente frente a las hijas mujeres, ha sido brindarles los medios que ellas consideran necesarios para que puedan forjarse un futuro diferente. Como se referenciaba en párrafos anteriores, éste consiste básicamente en contar con las herramientas (formación para el trabajo principalmente) para que las mujeres puedan mantener un nivel de autonomía ante su pareja, es más, que accedan a parejas diferentes a aquellas con las que convivieron sus madres y que les generaron sufrimiento:

“Pues, de pronto mi mami quería que siguiéramos estudiando, que no fuéramos a encargar hijos tan pronto, que miráramos la vida que ella había llevado que no fue una buena vida, porque mi papá la maltrató mucho, entonces pues eso era lo que ella no quería para nosotros, como mujeres, porque somos cuatro” (Entrevista No. 7)

“...más que todo mi mamá que siempre me decía *tiene que estudiar, no puede quedar así como yo, y estudia porque estudia*. Mi papi también nos decía, pero no era el mismo empeño. Mi mami cuando me gradué del bachillerato de una vez me mandó a matricularme, aunque yo ya sabía que no iba a estudiar porque estaba en embarazo, fui para que no molestaran (...) igual me lo reprochan mucho y me dicen que si tuvieran la plata me pondrían a estudiar” (Entrevista No. 5)

“Pues... yo le hablaba a la grande pues que yo quisiera que ella pudiera estudiar, o sea terminar todo y poderle dar un estudio mejor que el mío, que día le dije *yo quisiera que usted estudiara en una universidad ya que su mamá no pudo le dije, pues si yo consigo trabajo yo quisiera ayudarles en lo que yo más pudiera, para que no pase las que pasó su abuelita, sus tías, lo que pasé yo y encargar hijos temprano y después tener que sufrir para sacarlos adelante*” (Entrevista No. 7)

Para Milena, ni el matrimonio ni la maternidad, por lo menos inicialmente, significaban necesariamente el fin del sueño de seguir estudiando, pero después de tener a sus dos primeras hijas ella cuenta con que le tocaría limitar su tiempo con ellas, lo que resulta ser un gran obstáculo:

“Pensaba en entrar a la universidad, con mi papá fui y me matriculé en el SENA, pero ya no seguí porque apareció el que hoy es mi esposo y quedé embarazada de mi primera hija. Me matriculé en ingeniería ambiental pero quede embarazada, tuve la niña y fui a retirar la matrícula porque me iba a casar. Luego fui y me matriculé otra vez y me retiré otra vez. Tenía expectativas de estudiar pero volví a quedar en embarazo y así cómo iba a entrar a estudiar. Ya me casé y hasta ahí llegué, pero quiero seguir estudiando. Y es que al entrar a estudiar sé que me tocaría descuidarlas un poquito a ellas...” (Entrevista No.5)

No obstante, a pesar de las condiciones a las que se encuentran sujetas, las mujeres, especialmente las más jóvenes, desearían seguir estudiando porque consideran que con ello podrían hacer mayores aportes a sus hijos e hijas. Frente a los hijos hombres también se teje un propósito firme: evidenciar los errores del padre o padrastro con el fin de estimular en ellos cambios en el modelo de masculinidad.

En el modelo familiar imperante en este medio rural, la relación conyugal entre el hombre y la mujer, implica una obligación aportante (en términos monetarios) por parte del hombre que no siempre se hace efectiva, pues en generalmente, los hombres tienden a ver lo que *dan* a esposas e hijos como *aporte voluntario* y no como el cumplimiento de parte del rol que se supone les corresponde en la división sexual del trabajo. Del otro lado, se encuentra el trabajo doméstico y de cuidado que las mujeres realizan en beneficio de las necesidades generales del hogar, y que no es visto como un *aporte voluntario* sino como una obligación.

Además, el aporte de las mujeres no se limita a la realización de trabajo doméstico y de cuidado no remunerados. También han realizado trabajo doméstico remunerado como la preparación de los alimentos para los jornaleros, e incluso ellas mismas han trabajado como obreras o jornaleras en los cultivos del esposo o de los vecinos según las necesidades económicas del hogar lo exigieran y la demanda de trabajo en la vereda lo permitiera. Esta participación en el mundo laboral, como lo manifiesta Pineda (2008:3-4), ha permitido a las mujeres ejercer mayor autonomía frente a sí mismas, a la vez que les ha posibilitado participar en la toma de decisiones dentro del hogar. Sin embargo, para algunas de ellas esta ha sido la única vía de sobrevivencia pues la realización de trabajo remunerado se convierte en una necesidad imperante frente a la irresponsabilidad económica de un esposo generalmente alcohólico y/o mujeriego que exige de ellas el cumplimiento de supuestas obligaciones conyugales (sexo, atención) mientras ellos no cumplen con las obligaciones conyugales que les correspondería (sostenimiento económico):

“Es que ahorita en lo que estamos viviendo, de verdad (...) si no fuera por la canasta que nos están dando, que por lo menos son unos doscientos y pucho lo que nos están dando, buen mercado nos dan, y este tipo solo está esperando que nos den esa canasta porque de lo que él trabaja nunca se le ve nada, en la casa no se ve nada” (Entrevista No. 4)

“... por acá le pagaban a uno un buen sueldo, no como por allá en Boyacá que pagaban mucho barato, no alcanzaba para nada, en cambio aquí uno trabajaba y allí pagaban bien, yo ordeñaba y me llegaba buena plata para mi, para ayudarle a mis chinos (...) el proyecto que yo tengo ahorita, y le he dado muchas vueltas y me gustaría, es ese de los telares que nos enseñaron allá arriba, porque ahora se viene la confirmación de mi chino, el mayor, y pues no tengo con qué darle nada para ese día... eso me gustaría” (Entrevista No. 4)

“...yo trabajaba pues, no en trabajo material, no de trabajar en azadón sino en aserrar madera, en llevar madera en bestias, eso se veía buena plata, y si no yo cómo había levantado esos hijos... si él si trabajaba, pero todo lo que el ganaba era para él, para echar pola... eso él no me los dejó ni casi estudiar a los chinos... porque yo si anhelaba, uno piensa por lo que a uno le pasa, porque yo anhelo mucho el estudio y pues así quise a hacer con los hijos, y él no los dejó estudiar” (Entrevista No. 1)

"Pues cuando me fui fue muy complicado porque es que la niña yo la dejé de un añito, tenía de un año a dos añitos, pues todavía no le quitaba el pecho y pues siempre sufrió mucho y ya cuando regresé, regresé cuando estaba en embarazo de la niña y se complicó más las cosas porque ya me echaban en cara [mis padres] que yo no había hecho nada que en dos años que había durado en Bogotá y que no había hecho nada, pues que lo único que había

sacado era quedar otra vez en embarazo y que tenían ellos que ayudarme por que el papá de las niñas desafortunadamente no me ayuda, y pues de ahí para acá ha venido así porque ya ahorita tuve el otro y tampoco me ayuda con él y pues eso ha sido difícil para mí” (Entrevista No. 7)

Tal y como lo plantea Pineda (2008:12), este aporte económico realizado por las mujeres es generalmente subvalorado, ya que suele responder a trabajo por pedido, con un alcance puntual y temporal, y es invertido por las mujeres en atender las necesidades diarias más apremiantes del hogar como comprar ropa nueva a los niños, hacer algunas compras adicionales al mercado y adquirir utensilios escolares.

Las mujeres de Santa Bárbara, sus sueños y las condiciones en la zona

*“El feminismo no me alcanzó para repartir las tareas domésticas,
en verdad esa idea no me pasó por la cabeza,
creía que la liberación consistía en salir al mundo
y echarme encima los deberes masculinos,
pero no pensé que también se trataba de delegar parte de mi carga.
El resultado fue mucho cansancio,
como le pasó a millones de mujeres de mi generación
que hoy cuestionan los movimientos feministas.”*

Isabel Allende⁵⁶

Cuando les pregunté a cada una de las mujeres entrevistadas qué significaba para ellas *ser mujer*, las respuestas fueron “...es muy duro” “...se vive mucho sufrimiento”. Para ellas, ser mujer ha significado sujetarse, y a la vez luchar contra un modelo que quiere mantenerlas al interior de la casa, que las califica de desvergonzadas si se atreven a salir sin la compañía del esposo, que las coloca en función de las necesidades del esposo y de los demás integrantes de la familia, que las hace señoras del oficio, y que las obliga a abandonar sus sueños propios para amoldarlos a algo más cercano a las necesidades de la familia.

⁵⁶ ALLENDE, Isabel. 2009. Paula. Editorial Planeta. Bogotá. Pp.164.

Lograr un mayor nivel académico representa para ellas la oportunidad de alcanzar un nivel de vida distinto, pero en realidad ninguna de las entrevistadas ha logrado comprobar la veracidad de esta hipótesis. Alrededor de este tema se entretiene también el imaginario sobre que la vida en la ciudad, zona en la que podrían estudiar y ejercer su formación, resulta más sencilla pues no implica los rigores del trabajo físico y la carencia de recursos a la que deben enfrentarse los habitantes de la zona rural, aun cuando su vereda haga parte del Distrito Capital. En la vereda Santa Bárbara, y en general en la zona rural, las posibilidades de formación se encuentran ligadas a temas productivos, como cultivos orgánicos y otras propuestas de producción agropecuaria que responden a las proyecciones que la región plantea sobre ellos, y que carece de elementos fundamentales como la comercialización, tema vital para que programas de formación y proyectos productivos se constituyan en una realidad viable y sostenible para las familias campesinas.

Si bien para varias de las mujeres entrevistadas, la producción agropecuaria no constituye un tema real de su interés, o sencillamente lo consideran asunto de hombres, por lo que su participación en estos espacios no suele ser muy alta, ellas manifiestan que sus posibilidades de vinculación y participación en espacios de formación han aumentado pues los hombres empiezan a considerarlos como potencialmente benéficos para la economía familiar, y desde allí la resistencia que presentan es menor.

En términos generales, los sueños de las mujeres muestran una forma similar según el momento de ciclo vital en el que se encuentren: así, cuando se están saliendo de la adolescencia y finalizan el bachillerato, su sueño es continuar estudiando, trasladarse a la Bogotá urbana y conseguir un buen empleo que les permita aportar para la continuidad de sus estudios y ubicarse laboralmente. Cuando se casan, si bien el sueño de estudiar se mantiene, éste aparece difuso; cuando llegan a la maternidad el sueño del estudio es trasladado a sus hijos e hijas, y el nuevo sueño, o por lo menos el que adquiere más fuerza, es el de concretar algún tipo de negocio o trabajo que les permita

contar con ingresos más estables de tal forma que ellas puedan asegurar los recursos para la continuidad del estudio de sus hijos e hijas.

Sin embargo, para quienes han logrado trasladarse hacia la Bogotá urbana, la realidad no resulta muy estimulante: pocas mujeres de la vereda han logrado continuar estudiando, y generalmente se han visto vinculadas a trabajos con bajas remuneraciones y con poca disponibilidad de tiempo libre, como trabajo doméstico remunerado, venta de servicios y otros similares. A su vez, los hombres se vinculan laboralmente a empleos de bajas remuneraciones y nulas posibilidades de aprovechamiento del escaso tiempo libre, pues generalmente terminan trabajando en empresas de vigilancia con horarios laborales irregulares. En varios casos mujeres y hombres han terminado regresando a la vida en Santa Bárbara, ante el desgastante ritmo citadino.

La familia rural ha funcionado siempre como una importante red de apoyo, en donde los jóvenes que regresan de la ciudad, los matrimonios jóvenes y las madres solas encuentran ayuda económica para su sobrevivencia y la de su descendencia. Los padres-abuelos que consideraban que había culminado el tiempo de su obligación procreadora, pasan a asumir una buena parte de la responsabilidad sobre las nuevas generaciones, como María, que después de sacar adelante a sus 10 hijos, se encargó de sostener y educar tres nietas y un biznieto, a quienes se ha esforzado por darles el estudio que ella no logró tener, por estar entre rajadas de madres, vacas lecheras, ollas y cucharones, pañales, ropa jabonosa, y un marido con sus mil y una exigencias.

Conclusiones

Al referirnos a los habitantes de la vereda Santa Bárbara, resulta equivocado caracterizarles como practicante de una cultura rural tradicional, ya que la interrelación entre los ámbitos rural y urbano en todas las dimensiones y niveles ha generado la configuración de una nueva cultura *mixta*, por así decirlo.

De ella hacen parte cuestiones que aparecen como *promesas*, que generan expectativas a partir de la pertenencia territorial a Bogotá D.C., y que supuestamente equivaldrían a mejorar las condiciones de vida de mujeres y hombres mediante el acceso a educación técnica y profesional, a recursos financieros, al mercado laboral, la atención en salud, la proyección del negocio familiar, pautas urbanizadas de consumo, entre otros. Dichas expectativas se materializan en la presencia y estímulo progresivo en el tiempo y en las generaciones, del ideal de alcanzar mayores niveles educativos, situación que muestra un cambio en los modelos tradicionales de la vida para el trabajo tan presentes en el medio rural. Dicho ideal es inculcado muy fuertemente en las generaciones más jóvenes de mujeres, porque se considera que así las mujeres pueden alcanzar no solo cierto nivel de autonomía a través del trabajo y los ingresos propios, sino que inclusive pueden acceder a otro tipo de relaciones y parejas que, se cree, no ejercerán violencia física y verbal contra ellas.

Sin embargo, dicha pertenencia resulta siendo un espejismo: las características actuales de la zona, especialmente en lo referente a su conexión con la Bogotá urbana, no permiten un relacionamiento recíproco con la misma. Los habitantes de Santa Bárbara, y demás veredas vecinas, deben someterse a largas jornadas de desplazamiento para la realización de cualquier diligencia. No hay posibilidad de continuar estudiando más allá de la educación media vocacional, pues la carencia de centros educativos para tal fin obliga al traslado permanente hacia la urbe de quien desee y cuente con los medios económicos y el apoyo para su sostenimiento en ella. Esta situación se torna más difícil para las mujeres debido al hecho de que generalmente quedan en embarazo muy tempranamente obstaculizando su desplazamiento hacia la Bogotá urbana aún cuando sus padres pudieran inicialmente responder a la exigencia económica. Así, el sueño educativo se limita a capacitaciones

y talleres de formación que cada tanto abren en la zona instituciones de educación superior y entidades para el desarrollo rural, que a través de convenios interinstitucionales buscan adelantar proyectos principalmente de producción agropecuaria. Estos proyectos no suelen representar una alternativa real para los ingresos familiares pues carecen de ciertos elementos como disponibilidad de canales de transporte y mercadeo.

Si bien las mujeres entrevistadas manifestaron de forma generalizada y permanente un deseo de lograr trasladarse a la urbe, con el fin acceder a un mejor nivel y calidad de vida con ingresos estables, según el imaginario que sobre la vida urbana se tiene, también es cierto que buena parte de ellas ya cuentan con la experiencia de haber vivido en la Bogotá urbana y decidieron regresar al medio rural por considerar que allí tienen tranquilidad y que los lazos de solidaridad social son más fuertes.

Así, la vida de las mujeres en la vereda y sus proyectos se ven modelados en buena medida por el papel que asumen en la división sexual del trabajo, y por la interiorización de las identidades de género que se recrean en la cotidianidad. Estas mujeres invierten un componente importante de sus jornadas en trabajo (doméstico, de cuidado, artesanal y remunerado) que no presenta límites de horario y cuyo aporte además es subvalorado o invisibilizado, tanto al interior de la familia como socialmente. La disponibilidad de tiempo para dedicar a otro tipo de actividades (de formación, lúdicas o de descanso), resulta mínima, ya que las tareas asignadas a las mujeres son en su mayoría dispendiosas, y el uso de electrodomésticos, a pesar de la creencia generalizada de que pueden facilitar y disminuir los tiempos que se invierten en trabajo doméstico, no representa una contribución real a la disminución de estas cargas, a excepción de la lavadora, elemento poco difundido en la vereda y que permite un ahorro de tiempo aproximado de entre 3 y 4 horas semanales, en la labor de lavado de ropa. Igualmente este tiempo suele ser empleado en la realización de otras actividades de cuidado.

De otra parte, cuando se presenta la apertura de espacios temporales de capacitación, generalmente se encuentran focalizados en temas agropecuarios, considerados por la mayoría de las mujeres como temas masculinos, por lo que se resisten a asistir al

tiempo que favorecen la persistencia del modelo de división sexual del trabajo tradicional.

Ante la frustración que este panorama genera a las mujeres de la vereda, la maternidad aparece como la oportunidad para redimirse frente a los sueños no alcanzados (aunque esta ha sido la más de las veces la causante de la actual situación) mediante el traslado de los mismos hacia sus descendientes especialmente hacia las hijas que se convierten en el proyecto de vida de las madres. El estudio o el trabajo ya no representan una posibilidad de autonomía para las madres sino el medio para asegurar el sostenimiento de la prole y la inversión de recursos en el ascenso y la movilidad social de sus hijas, ya que ellas no tuvieron acceso a éstos o los perdieron por la llegada del matrimonio o la maternidad.

Frente a las difíciles condiciones económicas que vive la población de Santa Bárbara, la reconfiguración de las formas familiares hacia aquella conocida como extensa aparece como solución, pues ésta tiende a consolidarse como una de las redes de apoyo más importantes, especialmente para las madres solas, para los hijos que deben regresar de la urbe al medio rural tras un periodo de trabajo extenuante y de frustración, e incluso para parejas jóvenes con y sin hijos que atraviesan una crisis económica. Para los abuelos, pareja fundadora de esta familia extensa, la obligación procreadora, manifiesta en la necesidad de sostener a los menores en la escuela y el colegio, y de asegurar la alimentación diaria, no para; se extiende a otras generaciones e incluso amplía su rango de parentesco abriendo la puerta a sobrinos y sobrinas.

Ahora, para que la situación de las mujeres rurales pueda transformarse realmente, y temas como la violencia, la frustración ante la insostenibilidad de la continuidad educativa y los bajos e irregulares ingresos, puedan ser superados, se requiere realizar cambios estructurales en la relación entre la Bogotá urbana y la rural, y realizar procesos de planeación, planificación y proyección del futuro de la ruralidad en el Distrito, que realmente incluya a los habitantes de dichas zonas. Igualmente, es necesario adelantar trabajo de sensibilización y formación sobre temas de género, participación y fortalecimiento comunitarios.

Se recomienda indagar sobre los proyectos de vida de los hombres rurales, profundizando en temas como intensiones de continuidad escolar, oportunidad laboral, relaciones de género, entre otros.

Bibliografía

AGUIRRE, Rosario. 2005. "Trabajo no remunerado y uso del tiempo. Fundamentos conceptuales y avances empíricos. La encuesta Montevideo 2003" en *El tiempo, los tiempos, una vara de desigualdad*. Serie Mujer y Desarrollo No. 65. Unidad Mujer y Desarrollo, CEPAL. Chile. Tomado del sitio www.presupuestoygenero.net

ARANGO, Luz Gabriela. 2006. "Género, discriminación étnico-racial y trabajo en el campo popular-urbano: experiencia de mujeres y hombres negros en Bogotá", ponencia presentada en el IX Congreso Nacional de Sociología. Bogotá.

ARAYA, María José. 2003. "Un acercamiento a las Encuestas sobre el Uso del Tiempo con orientación de género". Serie Mujer y Desarrollo No. 50. Unidad Mujer y Desarrollo, CEPAL. Chile. Tomado del sitio www.presupuestoygenero.net

ARRIAGADA, Irma. 2005. Los límites del uso del tiempo: dificultades para las políticas de conciliación familia y trabajo. Documento para la Reunión de Expertos. CEPAL.

BADINTER, Elisabeth. 1992. "La nueva madre" en *¿Existe el amor maternal? Historia del amor maternal Siglos XVII al XX*. Colección Padres e hijos. Editorial Paidós/Pomare. Barcelona.

BENERÍA, Lourdes. 2003. "La mujer y el género en la economía: un panorama general" en *Economía y Género*, Paloma De Villota (ed). Icaria Editorial S.A. España. Pp. 23-74.

-----, 2005. Género, desarrollo y globalización. Por una ciencia económica para todas las personas. Editorial Hacer. Barcelona.

-----, 2006. "Género y políticas públicas: desafíos a la equidad" en *Revista Nómadas* No. 24. Universidad Central. Bogotá. Pp. 8-21.

BOURDIEU, Pierre. 2003. La dominación masculina. Editorial Anagrama. España.

CAMPILLO, Fabiola. 1998. "El Trabajo Doméstico No Remunerado en la Economía" En *Macroeconomía, Género y Estado*, Departamento Nacional de Planeación DNP. Tercer Mundo Editores. Bogotá. Pp. 97-123.

CARRASCO, Cristina. 1991. El trabajo doméstico Un análisis económico. Ministerio de trabajo y seguridad social. Madrid.

-----, 2003. "Los tiempos de trabajo: entre la casa y el mercado. Nuevas aproximaciones de análisis de resultados". Universidad de Barcelona. Barcelona, España.

-----, 2005. "Tiempo de trabajo. Tiempo de vida. Las desigualdades de género en el uso del tiempo" en *El tiempo, los tiempos, una vara de desigualdad*. Serie Mujer y Desarrollo No. 65. Unidad Mujer y Desarrollo, CEPAL. Chile. Tomado del sitio www.presupuestoygenero.net

CASÓS H., Victoria. 1990. La mujer campesina en la familia y la comunidad. Ediciones Flora Tristán. Perú.

COBO BEDIA, Rosa. 1995. "Género" en *10 palabras clave sobre Mujer* Celia Amorós (directora). Editorial Verbo Divino. España.

COMAS D'ARGEMIR, Dolors. 1995. Trabajo, género, cultura. La construcción de desigualdades entre hombres y mujeres. Editorial Icaria. España.

CURIEL, Ochy. 2007. "Los aportes de las afrodescendientes a la teoría y la práctica feminista. Desuniversalizando el sujeto 'Mujeres'" en *Perfiles del Feminismo Iberoamericano* Vol. III. Editorial Catálogos. Argentina.

DÁVILA DÍAZ, Mónica. Sin fecha. "Una Aproximación a la Macroeconomía con Perspectiva de Género". Universidad Centroamericana. Nicaragua. Tomado del sitio www.uca.edu.ni

DEPARTAMENTO ADMINISTRATIVO DE PLANEACIÓN DISTRICTAL, SECRETARÍA DE HACIENDA DISTRICTAL, ALCALDÍA MAYOR DE BOGOTÁ, D.C. 2004. Recorriendo Ciudad Bolívar. Diagnóstico físico y socioeconómico de las localidades de Bogotá, D.C. Tomado del sitio www.bogota.gov.co

DÍAZ FLOREZ, Zulma; GUZMÁN, Margarita María. 1997. Mujer y liderazgo social. Instituto de Estudios Sociales Juan Pablo II. Bogotá.

FAGETTI, Antonella. 1995. "Los cambiantes significados de la maternidad en el México rural" en *Relaciones de género y transformaciones agrarias Estudios sobre el campo mexicano*, Soledad González Montes y Vania Salles (coords). El Colegio de México. México. Pp 301-337.

FALL, Yassine. 2003. "Género y Pobreza" en *Economía y Género*, Paloma De Villota (ed). Icaria Editorial S.A. España. Pp. 111-128.

FARAH Q., María Adelaida; PÉREZ C., Edelmira. 1998. "Género y desarrollo rural: de lo invisible a lo visible" en *Género, equidad y desarrollo*. Departamento Nacional de Planeación DNP. Tercer Mundo Editores. Bogotá.

-----, 2004. "Mujeres rurales y nueva ruralidad en Colombia" en Cuadernos de Desarrollo Rural, segundo semestre, No. 051. Pontificia Universidad Javeriana. Bogotá. Pp. 137-160.

- FLAQUER, Lluís. 1999. "Más allá del patriarcado" en *La estrella menguante del padre*. Editorial Ariel. Barcelona. Pp. 15-41
- GARCÍA SAINZ, Cristina. 2005. "Aspectos conceptuales y metodológicos de las encuestas del uso del tiempo en España" en *El tiempo, los tiempos, una vara de desigualdad*. Serie Mujer y Desarrollo No. 65. Unidad Mujer y Desarrollo, CEPAL. Chile. Tomado del sitio www.presupuestoygenero.net
- GIDDENS, Anthony. 1998. *La transformación de la intimidad Sexualidad, amor y erotismo en las sociedades modernas*. Cátedra Teorema. España.
- GINÉS, María Emilia. 1996. "Jerarquías de clase y género: aportes para la comprensión de las estrategias de subsistencia de las mujeres" en *Desprivatizando lo privado. Mujeres y trabajo*, Cecilia Lipszyc, María E. Ginés y Mabel Belluci. Catálogos Editora. Argentina. Pp 17-110.
- GOFFMAN, Irving. 2003. *Estigma La identidad deteriorada*. Amorrortu editores. Argentina.
- GÓMEZ, María Eugenia. 2004. "Macroeconomía y Trabajo No Remunerado" En *Economía y Género*, Paloma De Villota (ed). Icaria Editorial S.A. España. Pp. 159-208.
- GUILLAUMIN, Colette. 2005. "Práctica del poder e idea de Naturaleza" en *El patriarcado al desnudo. Tres feministas materialistas*, Ochy Curiel y Jules Falquet (comps). Brecha Lesbica. Buenos Aires, Argentina. Pp.19-56.
- INSTITUTO NACIONAL DE ESTADISTICA DE ESPAÑA. 2004. *Empleo del Tiempo 2002-2003. Metodología y resultados nacionales*. Tomo I. Madrid.
- KNIBIEHLER, Ivonne. 1994. "Padres, patriarcado, paternidad" en *Figuras del padre*, Silvia Tubert (ed.). Instituto de la mujer, Universidad de Valencia, Ediciones Cátedra. España. Pp. 117-135
- LAMAS, Martha. 1995. "Cuerpo e identidad" en *Género e Identidad. Ensayos sobre lo femenino y lo masculino*, Luz Gabriela Arango, Magdalena León y Mara Viveros (comps). TM Editores, Ediciones Uniandes, UN- Facultad de Ciencias Humanas. Colombia. Pp. 61-81
- LEGARRETA, Matxalen. 2008. "El tiempo en el ámbito doméstico. Reflexiones para el análisis del trabajo doméstico y los cuidados" en *Cuadernos de relaciones laborales*. Vol. 26 No. 2. País Vasco. Pp. 49-73
- LEÓN, Magdalena. 1995. "La familia nuclear: origen de las identidades hegemónicas femenina y masculina" en *Género e Identidad. Ensayos sobre lo femenino y lo*

masculino, Luz Gabriela Arango, Magdalena León y Mara Viveros (comps). TM Editores, Ediciones Uniandes, UN- Facultad de Ciencias Humanas. Colombia. Pp. 169-191.

LIPSYC, Cecilia. 1996. "Desprivatizando lo privado. Sobre las relaciones entre el trabajo doméstico y la acumulación capitalista" en *Desprivatizando lo privado. Mujeres y trabajo*, Cecilia Lipszyc, María E. Ginés y Mabel Belluci. Catálogos Editora. Argentina. Pp 17-110.

MACHADO, Absalón; CASTILLO, Luis Carlos; SUÁREZ, Isauro. 1993. Democracia con campesinos, o campesinos sin democracia. Fondo DRI, IICA, Universidad del Valle. Bogotá.

MACHADO, Absalón; TORRES, Jorge. 1987. *El sistema agroalimentario: una visión integral de la cuestión agraria en América Latina*. CEGA editores. Bogotá.

MARRONÍ, María da Gloria. 1995. "Trabajo rural femenino y relaciones de género" en *Relaciones de género y transformaciones agrarias Estudios sobre el campo mexicano*, Soledad González Montes y Vania Salles (coords). El Colegio de México. México. Pp135-162.

MARTÍN P., María Teresa. 2008. "Domesticar el trabajo: una reflexión a partir de los cuidados". Tomado de <http://revistas.ucm.es>

MC GEE, Rosemary. 1998. "Pobreza Rural y Género" En *Macroeconomía, Género y Estado*, Departamento Nacional de Planeación DNP. Bogotá: Tercer Mundo Editores, Pp. 145-166.

MILOSAVLJEVIC, Vivian; TACLA, Odette. 2007. Incorporando un módulo de uso del tiempo a las encuestas de hogares: restricciones y potencialidades. Serie Mujer y Desarrollo No. 83. Unidad Mujer y Desarrollo, CEPAL. Chile.

NICHOLSON, Linda. 1990. "Feminismo y Marx: integración de parentesco y economía" en Seyla Benhabib y Drucilla Cornell, Teoría feminista y teoría crítica. Ediciones Alfons el magnánim. Valencia, Pp. 30-48.

NUSSBAUM, Martha C. 2002. Las mujeres y el desarrollo humanos. Empresa editorial Herder S.A. Barcelona.

OFICINA NACIONAL DE ESTADÍSTICAS DE CUBA. Encuesta sobre el uso del tiempo. Tomado de www.one.cu

OIT. 1984. Mujeres en sus casas. Estudio sobre el trabajo no remunerado en el hogar. Lima.

PACHÓN, Ximena. Sin fecha. La Familia en Colombia a lo largo del siglo XX. Documento del archivo personal de la profesora Yolanda Puyana remitido en clase.

PÉREZ, Amaia. 2005. "Economía del Género y Economía Feminista ¿Conciliación o Ruptura?" *Revista Venezolana de Estudios de la Mujer. Género y Participación Económica. Centro de Estudios de la Mujer, Universidad Central de Venezuela* 10, 24: 43-64 (Caracas).

PINEDA, Javier. 2003. Masculinidades, género y desarrollo. Universidad de los Andes. Ediciones Uniandes. Bogotá.

PINEDA, Javier. 2008. Rastreado el trabajo de cuidado en las cifras oficiales. Ponencia. Seminario Internacional sobre el Trabajo de Cuidado, Universidad Nacional de Colombia. Bogotá.

PUYANA V., Yolanda. 2000. "¿Es lo mismo ser mujer que ser madre? Análisis de la maternidad con una perspectiva de género" en Ángela Inés Robledo y Yolanda Puyana Villamizar (comps) *Ética: masculinidades y feminidades*. Centro de Estudios Sociales, Universidad Nacional de Colombia. Bogotá. Pp.89-126.

----- . 2007. "El facilismo: una crítica desde la perspectiva de género y el feminismo" en *Familias, cambios y estrategias. Memorias Seminario internacional*. Universidad Nacional de Colombia. Bogotá.

RICO DE ALONSO, Ana. 1997. Indicadores de Equidad de Género: Una aproximación a la información, comprensión y construcción de medidas estadísticas que indiquen la situación de mujeres y hombres en la sociedad colombiana. Bogotá. Documento del archivo personal de Ana Rico de Alonso, remitido en clase.

ROBLES, Rosario. 2000. "El ajuste invisible" en *Tiempo de crisis, tiempo de mujeres*, Josefina Aranda, Carlota Botey y Rosario Robles. CEHCAM. México. Pp. 23-50.

RODRÍGUEZ ENRÍQUEZ, Corina. 2005. "Economía del cuidado y equidad de género, economía del cuidado y política económica: Una aproximación a sus interrelaciones". Ponencia. XXXVIII Reunión de la Mesa Directiva de la Conferencia Regional sobre la Mujer de América Latina y el Caribe. Mar del Plata, Argentina. Tomado del sitio www.eclac.cl

ROJAS ORTEGA, Jaime Andrés. 2003. "Modelo Alternativo de Desarrollo Reorientando Uso del Suelo: Centro De Gestión Ambiental En Ciudad Bolívar, en Área Rural de Bogotá D.C, Colombia". Ponencia. XII Congreso Forestal Mundial. Québec, Canadá. Tomado del sitio www.fao.org

ROSENZWEIG, Fernando. 1987. "Algunas reflexiones en torno de la economía campesina". Conferencia. ITAM, 68º Aniversario de la muerte de Emiliano Zapata. México. Tomado del sitio www.biblioteca.itam.mx

RUEDA, Elina. 1986. El trabajo doméstico como trabajo productivo. Trabajo de tesis, Departamento de Sociología. Universidad de Antioquia. Colombia.

SAMPEDRO G., Rosario. 1996. Género y ruralidad. Las mujeres ante el reto de la desagrarización. Instituto de la Mujer, Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales. España.

SANCHÍZ, Norma. 2005. "La Ceguera de Género de la Economía" en *Mujeres en Resistencia*, Irene León (ed). Agencia Latino Americana de Información. Quito. Pp. 95-106.

SCOTT, Joan. 1993. "La mujer trabajadora en el siglo XIX" en *Historia de las Mujeres, El siglo XIX: cuerpo, trabajo y modernidad*. Geroges Duby y Michelle Perrot. Editorial Taurus. Madrid. Pp. 99-130.

SECRETARÍA DISTRITAL DE SALUD. 2005. Diagnóstico Local con Participación Social. Ciudad Bolívar Localidad 19. Alcaldía Mayor de Bogotá. Bogotá. Tomado del sitio www.bogota.gov.co

SIKOSKA, Tatjana. 1998. "Medición y Valoración de la Producción del Hogar No Remunerada: Una Contribución Metodológica" en *Macroeconomía, Género y Estado*, Departamento Nacional de Planeación DNP. Tercer Mundo Editores. Bogotá. Pp. 185-209.

UEL DAMA. 2003. Localidad 19: Ciudad Bolívar – Ficha Ambiental-. Tomado del sitio www.bogota.gov.co

URDINOLA, Piedad. 1998a. "El Empleo Doméstico Femenino No Remunerado" En *Macroeconomía, Género y Estado*, Departamento Nacional de Planeación DNP. Tercer Mundo Editores. Bogotá. pp. 167-183.

------. 1998b. "Mujeres en sus casas: Población Económicamente Activa" en *Género, equidad y desarrollo*. Departamento Nacional de Planeación DNP. Tercer Mundo Editores. Bogotá.

VIVEROS VIGOYA, Mara. 2001. "Diversidades regionales y cambios generacionales en Colombia" en *Hombres e identidades de género*. CES Universidad Nacional de Colombia. Colombia. Pp. 35-152.

*Trabajo doméstico y mujer rural:
...ésta vida mía*

ANEXOS

IA. RESEÑA SOBRE LAS ENCUESTAS DE USO DEL TIEMPO

Si bien el objetivo principal de las EUT es la cuantificación de la producción del tiempo destinado a la realización de actividades no remuneradas –trabajo doméstico, trabajo de cuidado, tiempo de ocio y participación ciudadana-, esta investigación buscó realizar un análisis cualitativo del mismo tipo de información en cuanto a la forma en cómo afecta los proyectos de vida de las mujeres. Dada la particularidad del diseño de la EUT, me permito a continuación hacer una breve reseña de sus antecedentes y principales objetivos:

El uso de las EUT inició en el siglo XX, cuando según García Sainz “(...)en la emergente sociedad industrial surgió la preocupación por conocer y disponer de datos sobre la vida cotidiana de las familias urbanas, su dedicación a actividades económicas mercantiles y a actividades no remuneradas” (Aguirre, et. al., 2005: 36).

A mediados de los setenta, la UNESCO realizó un estudio conocido como Szalai, realizado en varias ciudades de 12 países: Bélgica, Francia, República Federal Alemana, República Democrática Alemana, URSS, Polonia, Bulgaria, Hungría, Checoslovaquia, Yugoslavia, Persia y EE.UU.; en él se propuso la primera clasificación de actividades y el empleo del diario para la recolección de información, bases de los modelos actuales. Así mismo, durante esa misma década se creó la International Association for Time Use Research –IATUR-, que buscó afianzar el tratamiento científico de las EUT con la unificación de criterios y metodologías para la recolección de la información (Aguirre, et. al., 2005: 36). Jugaron un papel vital igualmente, las reivindicaciones feministas que plantearon que el trabajo doméstico no remunerado al interior del hogar representa una parte importante de la producción económica de cada país, lo que llevó a demandar su inclusión en los Sistemas de Cuentas Nacionales (Araya, 2003:12).

A finales de la década de los ochenta, surgieron a nivel mundial organizaciones para el estudio del Uso del Tiempo con finalidades académicas, como la International Association for Time Use Research – IATUR- cuya iniciativa se dio en Hungría, durante la “Reunión Sociológica Internacional sobre Funcionamiento de los Presupuestos de Tiempo y Actividades Sociales”, y que buscó el avance en diseños metodológicos que aseguraran la comparabilidad entre países; así mismo, una iniciativa de la Universidad de Bath generó el Multinational Time Use Studies – MTUS-, que realizó la compilación de estudios de uso del tiempo para permitir la comparación de distintas variables estudiadas a nivel internacional; también están la Research Network on Time Use - RNTU- de la Universidad de Luenenburg –Alemania- que pretende la generación de un sistema de consulta completo, ágil y abierto virtual sobre EUT; el proyecto Harmonised European Time Use Surveys –HETUS- de la EUROSTAT, que busca la unificación del diseño metodológico y sus criterios de estudio; y la iniciativa del Departamento de Estadísticas de Naciones Unidas para la unificación de la clasificación de las actividades en las EUT (Araya, 2003:11-13). Es importante reconocer que los avances que se han presentado en la materia han sido impulsados por las recomendaciones de

ONU de mejorar los criterios “(...) y los instrumentos de recopilación de datos, sobre las actividades que realizan las mujeres (Naciones Unidas, 1988, 1991) y (...) por el impulso dado en la Conferencia de Beijing (1995) donde se encomendaba a los gobiernos tomar medidas para dar cuenta de las actividades desempeñadas por las mujeres en los sectores mercantil y no mercantil” (Aguirre, et. al., 2005: 37).

Hoy, se reconocen principalmente la sistematización de estudios de usos del tiempo con la aplicación EUT en países como Holanda y Dinamarca que la realizan cada 5 años, Gran Bretaña y Francia cada 10 y Canadá que la integró a la General Social Survey. Así mismo, países como Bélgica, Alemania, Italia y España han realizado EUT, pero no han logrado establecer una aplicación sistemática, periódica (Araya, 2003:11-13). Como iniciativas nuevas están la aplicación de EUT en Montevideo (2003), Nueva Zelanda (1998), México (1996 y 1998) y Cuba (2001)⁵⁷.

Según Aguirre y otras, los principales objetivos de las EUT, han sido (Aguirre, et. al., 2005:17):

1. Cuantificar la carga total de trabajo (trabajos remunerados y no remunerados) que la sociedad realiza para vivir en las condiciones actuales, a través del tiempo dedicado a él, y la división de esa carga global de trabajo entre hombres y mujeres.
2. Cuantificar la concentración de la carga de trabajo sobre las y los responsables del hogar.
3. Establecer el reparto del trabajo doméstico y de cuidados entre los miembros del hogar, según tipo de hogares y estratos socioeconómicos.
4. Estimar el tiempo destinado a cada uno de los grandes grupos de actividades que forman parte del trabajo no remunerado, especialmente el cuidado de niños y personas dependientes según sexo, edad, estratos socioeconómicos, composición y curso de vida de los hogares.
5. Analizar las interrelaciones entre el trabajo no remunerado y el trabajo remunerado.
6. De manera adicional, el modelo europeo de encuesta recoge información sobre estudios, actividades de ocio, trabajos voluntarios y otras actividades comunitarias.

Ello implica reelaborar el concepto de trabajo, de manera que su formulación responda a la diversidad de situaciones en las que intervienen mujeres y hombres; y reorganizar la jerarquización de categorías con criterios sociales y la orientación para la interpretación de resultados (Aguirre, et. al., 2005:38). Así mismo, se identifican cuatro problemas metodológicos para la aplicación de las EUT: los problemas del recuerdo y la dificultad de estimar el trabajo invisible, la dispersión de las respuestas, la superposición y la acumulación de tareas, y las dificultades de reconocimiento de los cuidados

⁵⁷ Cabe señalar que en Cuba se realizaron algunos estudios relacionados con usos del tiempo a partir de 1985 (Araya, 2003:15)

familiares como Trabajo (Aguirre, et. al., 2005: 30-31), además de los cuales se plantea un problema esencial: ¿cómo medir el valor de la producción de los servicios domésticos no pagados?

Además de los anteriores problemas metodológicos identificados, Araya reconoce algunas dificultades propias del contexto latinoamericano para la aplicación de la EUT: altos porcentajes de analfabetismo en la población, difícil acceso a sectores rurales, lo cual aumenta los costos de aplicación, en zonas rurales se presenta una difusa asimilación del tiempo en horas, acceso limitado a tecnología de punta y la limitación de recursos (Araya, 2003:57).

IIA. MODELO DE ENCUESTA DE USO DEL TIEMPO APLICADA

Encuesta sobre usos de Tiempos
Estudio cualitativo sobre trabajo doméstico y familia rural
Maestría en Estudios de Género – Área Mujer y Desarrollo-
Facultad de Ciencias Humanas
Universidad Nacional de Colombia

Encuesta No. _____

Datos personales (Persona Encuestada)

Nombre y Apellido _____ Documento No. _____

Vereda _____ Finca _____

Propietario SI ____ NO ____

Composición Familiar

Nombres	Parentesco	Edad	Escolaridad	Estado Civil	Ocupación

Parentesco: con respecto al jefe del hogar

Escolaridad: Primaria incompleta, Primaria completa, Secundaria incompleta, Secundaria completa, Técnica incompleta, Técnica completa, Superior incompleta, Superior completa

Estado civil: Soltero-a, Casado-a, Unión libre, Separado-a, Viudo-a

Observaciones:

ROL MUJER RURAL (responsable familia)	
Nombres y apellidos	
Edad	_____ años cumplidos
Parentesco	
Estado civil	
Estudios realizados	
Profesión /ocupación	
Actividades que realiza diariamente	
Actividades realizadas durante el tiempo libre	
Recreación y deportes	

ROL HOMBRE RURAL (responsable familia)	
Nombres y apellidos	
Edad	_____ años cumplidos
Parentesco	
Estado civil	
Estudios realizados	
Profesión /ocupación	
Actividades que realiza diariamente	
Actividades realizadas durante el tiempo libre	
Recreación y deportes	

ROL MUJER SOLTERA		ROL HOMBRE SOLTERO	
Nombres y apellidos		Nombres y apellidos	
Edad	_____ años cumplidos	Edad	_____ años cumplidos
Parentesco		Parentesco	
Estado civil		Estado civil	
Estudios realizados		Estudios realizados	
Profesión /ocupación		Profesión /ocupación	
Actividades que realiza diariamente		Actividades que realiza diariamente	
Actividades realizadas durante el tiempo libre		Actividades realizadas durante el tiempo libre	
Recreación y deportes		Recreación y deportes	

A continuación señale las actividades que realiza durante dos días a la semana, el primero deberá corresponder a un día entre lunes y viernes, el segundo a sábado o domingo:

Día 1: _____ Día 2: _____

Escala Día 1	Lugar donde las realiza	Señala la actividad, indicando con una raya la hora de inicio y la hora de finalización de cada actividad	Realiza otras actividades al mismo tiempo (por ejemplo, asistir niños, var (V., etc)	¿En presencia de quién las realiza?	Observaciones
4:00am					
20					
40					
5:00am					
20					
40					
6:00am					
20					
40					
7:00am					
20					
40					
8:00am					
20					
40					
9:00am					
20					
40					
10:00am					
20					
40					
11:00am					
00					
20					
40					

Introducción: La ruralidad y los estudios sobre mujer rural

Tarde Día 1	Lugar donde las realiza	Señala la actividad, indicando con una raya la hora de inicio y la hora de finalización de cada actividad	Realiza otras actividades al mismo tiempo (por ejemplo, seccchar maíces, ver TV, etc)	¿En provincia de qué las realiza?	Observaciones
12:00hs					
20					
40					
1:00pm					
20					
40					
2:00pm					
20					
40					
3:00pm					
20					
40					
4:00pm					
20					
40					
5:00pm					
20					
40					
6:00pm					
20					
40					
7:00pm					
20					
40					

Medias Día 1	Lugar donde las realiza	Señala la actividad, indicándolo con una raya la hora de inicio y la hora de finalización de cada actividad	Realiza otras actividades al mismo tiempo (por ejemplo, escuchar música, ver t.v., etc.)	¿En presencia de quién las realiza?	Observaciones
8:00pm					
20					
40					
9:00pm					
20					
40					
10:00pm					
20					
40					
11:00pm					
20					
40					
12:00pm					
20					
40					
1:00am					
20					
40					
2:00am					
20					
40					
3:00am					
20					
40					

Momento Día 2	Lugar donde las realiza	Señala la actividad, indicando con una raya la hora de inicio y la hora de finalización de cada actividad	Realiza otras actividades al mismo tiempo (por ejemplo, escuchar música, ver T.V., etc)	¿En provincia de quién las realiza?	Observaciones
4:00am					
20					
40					
5:00am					
20					
40					
6:00am					
20					
40					
7:00am					
20					
40					
8:00am					
20					
40					
9:00am					
20					
40					
10:00am					
20					
40					
11:00am					
20					
40					

Fecha Día 2	Lugar donde las realiza	Señala la actividad, indicando con una raya la hora de inicio y la hora de finalización de cada actividad	Realiza otras actividades al mismo tiempo (por ejemplo, escuchar música, ver T.V., etc.)	¿En presencia de quién las realiza?	Observaciones
12-His					
20					
40					
1:00pm					
20					
40					
2:00pm					
20					
40					
3:00pm					
20					
40					
4:00pm					
20					
40					
5:00pm					
20					
40					
6:00pm					
20					
40					
7:00pm					
20					
40					

Moche Día 2	Lugar donde las realiza	Señale la actividad, indicando con una raya la hora de inicio y la hora de finalización de cada actividad	Realiza otras actividades al mismo tiempo (por ejemplo, cocinar música, ver T.V., etc)	¿En presencia de quién las realiza?	Observaciones
8:00pm					
20					
40					
9:00pm					
20					
40					
10:00pm					
20					
40					
11:00pm					
20					
40					
12:00pm					
20					
40					
1:00pm					
20					
40					
2:00pm					
20					
40					
3:00pm					
20					
40					

IIIA. TABULACIÓN DE INFORMACIÓN OBTENIDA A TRAVÉS DE LAS ENCUESTAS APLICADAS

Tabla 1. Rango de edad de la población encuestada, según género

Rango de edad	No. mujeres	No. hombres
0-4	2	4
5-9	4	3
10-14	4	5
15-19	2	2
20-24	3	2
25-29	1	2
30-34	5	3
35-39	2	2
40-44	1	1
45-49	1	2
50-54	0	0
55-59	1	1
60-64	0	1
65-69	1	0
70 y más	1	3
Total	28	31

Tabla 2. Estado civil de la población encuestada, según género

Estado civil	No. de mujeres	No. de hombres
Casada	6	6
Unión libre	5	5
Separada	0	1
Viuda	2	2
Soltera	15*	17
Total	28	31

* 2 madres solas

Tabla 3. Grado de escolaridad de la población encuestada, según género

Grado de escolaridad	No. de mujeres	No. de hombres
Preescolar	5	4*
Primaria Incompleta	2	6
Primaria Completa	6	9
Secundaria Incompleta	10	7
Secundaria Completa	2	3
Estudios técnicos y superiores	0	0
Sin educación	3	2
Total	28	31

*1 tiene menos de un año

Tabla 4. Etapa del ciclo vital de la población encuestada, según género

Etapa del ciclo vital	Rango de edad	No. de mujeres	No. de hombres
Infancia	0 a 4 años	2	4
Niñez	5 a 12 años	6	5
Adolescencia	13 a 18 años	4	4
Juventud	18 a 24 años	3	3
Edad adulta	25 a 64 años	11	12
Tercera edad	65 y más años	2	3
Total		28	31

Tabla 5. Actividad principal de las mujeres encuestadas

Actividad principal	No. de mujeres
Ama de casa	12
Estudiante	12
Líder	1
Generadora de aseo	1
Adulto mayor	1
Discapacitada	1
Total	28

Tabla 6. Actividad principal de los hombres encuestados

Actividad principal	No. de hombres
Agricultor	3
Jornalero	8
Guarda seguridad	2
Comerciante pecuario	1
Estudiante	10
Bebe	4
Adulto mayor	2
Discapacitado	1
Total	31